

ENCICLOPEDIA

PORTATH,

NACIONAL Y ESTRANJERA

Sección recreativa.

Num. 1.

REVISADO.

REPOSICIÓN DE MATERIA Y VENTA

Edición de 1900

1900

ENCICLOPEDIA

PORTATIL

NACIONAL Y ESTRANJERA.

POESIAS

DEL CIUDADANO

JOSE M. HEREDIA,

MINISTRO DE LA AUDIENCIA DEL

ESTADO DE MÉXICO.



MÉXICO.

Tipografía de Rafael y Vilá, calle de Cadena núm. 13.

1852.

INDICE.



	PAG.
Advertencia.....	5.
A mi esposa.....	7.
A la Hermosura.....	7.
La partida.....	10.
La prenda de fidelidad.....	12.
A Elpino.....	14.
El rizo de pelo.....	16.
A mi caballo.....	17.
La inconstancia.....	19.
La cifra.....	22.
Misantropía.....	23.
Memorias.....	26.
A en el baile.....	28.
¡Ay de mí!.....	32.
El desamor.....	33.
A Lola, en sus dias.....	35.
Ausencia y recuerdos.....	38.
El ruego.....	41.
El convite.....	43.

	PAG.
El consuelo	44.
La estacion de los nortes.....	47.
Los recelos.....	49.
En mi cumpleaños.....	52.
A Rita L***.....	57.
La lágrima de piedad.....	59.
Para grabarse en un árbol.....	61.
Recuerdo.....	61.
Renunciando á la poes' a.....	62.
A la señora María Pautret.....	62.
En la representacion de Oscar.....	64.
A la estrella de Vénus.....	66.
Adios.....	69.
A mi amante.....	71.
La ausencia.....	73.
A mi esposa, en sus dias.....	75.
Atala.....	77.
La resolucion.....	80.
A mi querida.....	82.
Plan de estudios.....	85.
En el <i>Album</i> de una señorita.....	87.
El manzanillo.....	87.
La caida de las hojas.....	90.
Versos escritos en el golfo de Ambracia.....	92.
Recuerdos tristes.....	92.
La flor.....	94.
La novia de Corinto.....	95.
Melancolía.....	102.

	PAG.
Mérito de las mugeres.....	104.
Variante.....	120.
Placeres de la melancolía.....	123.
A la religion.....	137.
Poesía.....	142.
Al arco iris.....	147.
Al sol.....	150.
Contra los impíos.....	155.
A los griegos en 1821.....	157.
Al cometa de 1825.....	164.
En el Teocalli de Cholula.....	166.
La vision.....	172.
A mi padre encanecido.....	175.
Aténas y Palmira.....	176.
Carácter de mi padre.....	178.
A Sila.....	178.
En un retrato del autor.....	180.
En una tempestad.....	180.
En el sepulcro de un niño.....	183.
Contemplacion.....	183.
A mi padre en sus dias.....	185.
Progresos de las ciencias.....	188.
Inmortalidad.....	191.
Roma.....	192.
Caton.....	192.
Sócrates.....	193.
Napoleon.....	194.
A D. Diego María Garay.....	194.

	PAG.
Los sepulcros.....	195.
A la noche.....	198.
A Washington.....	203.
Calma en el mar.....	206.
A Napoleon.....	208.
Homero y Hesíodo.....	217.
Niágara.....	222.
Lord Byron.....	227.
Los compañeros de Colón.....	228.
Himno al sol.....	230.
Misantropía.....	233.
Canto del cosaco.....	236.
Muerte del toro.....	239.
Oina-Morul.....	241.
A la luna.....	147.
Morar.....	249.
Al sol.....	250.
En la apertura del Instituto mexicano... ..	252.
Libertad.....	257.
Proyecto.....	258.
Desengaños.....	260.
La estrella de Cuba.....	263.
A Emilia.....	265.
En la muerte de Riego.....	270.
En el aniversario del 4 de Julio.....	273.
Vuelta al Sur.....	275.
Himno del desterrado.....	278.
A Bolívar.....	282.

	PAG
Triunfo de la patria.....	289..
A los mexicanos en 1829.....	292.
A un amigo desterrado.....	396.
Al genio de libertad.....	398.
Al C. Andrés Quintana Roo.....	301.
La desesperacion.....	303.
Dios al hombre.....	306.
Al Santísimo Sacramento.....	308.



ADVERTENCIA.

En 1825 publiqué la primera edición de estas poesías, sin pretension alguna literaria. Mis amigos la deseaban, y sus instancias me distraían de los vastos designios que me inspiraban la exaltación y el amor de la gloria. Por este motivo, y como quien arroja de sí una carga, lancé al mundo mis versos, para que tuviesen su día de vida, en circunstancias muy desventajosas, pues la tormenta que me arrojó á las playas del Norte, me privó de los manuscritos, dejándome sin mas recurso que mi fatigada memoria.

Olvidé pronto aquel libro, y entré en la ardua carrera que me llamaba. Un concurso raro de circunstancias frustró mis proyectos, reduciéndome á ocupaciones sedentarias, que hicieron revivir mi gusto á la literatura. Entre tanto, mis poesías ha-

bían corrido con aceptación en América y Europa, y la reimpression de varias en Paris, Lóndres, Hamburgo y Filadelfia, el juicio favorable de literatos distinguidos (*), y la exaltacion literaria escitada en mi país por la discusion de su mérito, prorogaron el día de vida que yo les habia señalado.

Me veo, pues, en el caso de hacer esta nueva edición, en que ademas de haberse corregido con esmero las poesías ya publicadas, se incluyen las filosóficas y poéticas que faltan en la de 1825.

El torbellino revolucionario me ha hecho recorrer en poco tiempo una vasta carrera, y con mas ó menos fortuna, he sido abogado, soldado, viajero, profesor de lenguas, diplomático, periodista, magistrado, historiador y poeta á los veinticinco años. Todos mis escritos deben resentir la rara volubilidad de mi suerte. La nueva generacion gozará dias mas serenos, y los que en ella se consagren á las musas, deben ser mucho mas dichosos.

1 El célebre Lista se escedió hasta calificarme de un gran poeta.

NOTICIA

DE

D. JOSÉ M. HEREDIA.



Todos conocen cuán difícil y comprometido es redactar la biografía de un contemporáneo, pues los elogios que se le hagan pueden creerse adulaciones, y él puede recibir como ofensas los defectos que se le censuren. Convencidos íntimamente de esta verdad, y asimismo de nuestra falta de conocimientos para discutir el mérito de las poesías del Sr. Heredia, nos limitaremos á dar algunos apuntes acerca de su vida, y á insertar la siguiente carta del Sr. D. Alberto Lista.

“ Madrid 1.º de Enero de 1828.—Sr. D. Domingo del Monte.—Mi amigo y señor: He leído con sumo placer la poesía del señor Heredia, que vd. me cedió; mas no he aceptado con la misma satisfacción el encargo de manifestar mi juicio acerca

de ellas. Ni mi edad, ni las severas ocupaciones de mi profesion permiten que sea juez á propósito en materia de literatura quien ya solo conserva reminiscencias de las musas y de su arte divino. Mas al fin cumpliré este encargo, si no como debiera, á lo menos como me lo permita el sitio que me tienen puesto las fórmulas algebraicas y los teoremas de Euclídes. Yo juzgo en primer lugar por el sentimiento, anterior á toda crítica, que han escitado en mí las composiciones del Sr. Heredia. Este sentimiento decide del mérito de ellas. El fuego de su alma ha pasado á sus versos, y se transmite á los lectores: toman parte en sus penas y en sus placeres: ven los mismos objetos que el poeta, y los ven por el mismo aspecto que él. Siente y pinta, que son las dos prendas mas importantes de los discípulos del grande Homero: esto es decir que el Sr. Heredia es un poeta, y un gran poeta. Despues de este reconocimiento, espero que será lícito hacer una observacion importante, y que por desgracia suelen desdeñar las almas volcánicas, como es la del poeta que examinamos. No basta la grandeza de los pensamientos; no basta lo pintoresco de la espresion; no basta la fluidez y valentía de la versificacion: se exige ademas del poeta una correccion sostenida, una elocucion que jamas se roce con lo vulgar ó familiar; en fin, no basta que los pensamientos sean poéticos; es pre-

ciso que el idioma sea siempre correcto, propio, y que jamas se encuentren en él espresiones, que lastimando el oido, ó estraviando la imaginacion, impidan el efecto entero que el pensamiento debia producir.—No despreciamos, pues, las observaciones gramaticales: son mas filosóficas de lo que se cree comunmente: ellas contribuyen maravillosamente á la espresion del pensamiento: y cuando se ha concebido un pensamiento sublime ó bello, ¿qué resta que hacer al escritor, sino espresarlo debidamente?—El Sr. Heredia ha escrito arrebatado de su genio: mas de las composiciones que contienen su bella coleccion, hay muy pocas que hayan probado la severidad de la lima. Todo lo que hay bueno en ellas, que es lo mas, es hijo de la inspiracion: mas yo no quisiera encontrar en ellas incorreccion alguna, que pertubara el placer de su lectura. Yo me atrevo á aconsejarle el *multa litura* Horacio.—Descendamos ya á algunos ejemplos, que justifiquen mi crítica: al hombre de genio bastan las observaciones generales: por eso me detendré muy poco en los casos particulares. 1.º En cuanto al lenguaje, he notado algunas espresiones, cuyo origen francés les quita el derecho de penetrar en nuestra poesía: tales son: *¡salud!* por *salve*, como han dicho nuestros buenos poetas: *resorte*, *cavar el sepulcro* y alguna otra.—2.º En cuanto al lenguaje poético, he tropezado tambien

con locuciones que son muy cercanas á la prosa: tales son *apretar por estrechar*, y *cuento diez y siete años*, verso donde se reúne el prosaismo á la cacofonía: *que se partia*, en la oda la *prenda de fidelidad: que la calumnia se dispare; mis proyectos criminales; mi Lesbia me ama: por eso me huye etc.* Todas las construcciones de esta especie, vulgares ó de mal sonido, deben evitarse cuidadosamente en la poesía. *Judicium aurium superbum*, decía Quintiliano.—3. ° En los versos quisiera yo mas elasticidad y menos corriente.

“ Al lucir de tus ojos celestes
Y de tu habla divina el acento,
Se aliviaron mis penas un tanto.”
Estos versos son débiles.

“ Mi único placer y gloria
Es amar y ser amado.”

Son débiles y comunes.—4. ° Quisiera un poco de mas cuidado en las metáforas. *Cortar los dolores; el CANDOR celestial DE TU FIGURA: la ANGUSTIA y LLANTO del viento en las alas rápidos VUELAN: se suma entre dolor: á languidez y enfermedad ligado: armados de alta constancia: encargar herencia sangrienta: arrastrar pesares y amarguras: húmeda llama*, en el Mérito de las mujeres, y otras locuciones de esta especie, anuncian al discípulo de Cienfuegos, gran maestro de sentir y pensar; pero modelo muy peligroso por su osadía en el arte de espresar los pensamientos. Es

menester no olvidar que el idioma tiene derechos, con los cuales el genio tiene que transijir, pero que nunca puede violar.—No hablo de algunas locuciones duras y forzadas, ó de versos inarmoniosos, porque estoy seguro que la lima y correccion acabará fácilmente con ellos, cuando el autor emprenda la segunda edicion de sus poesías.—No he querido, de propósito, notar las bellezas, y sí los defectos, porque éstos son pocos, y las bellezas abundan en toda la coleccion. Basta decir, que á escepcion de los defectos ya notados, que no son muy comunes, y de los cuales están libres no solo trozos, sino tambien composiciones enteras, lo demas de la coleccion me ha parecido escelente. Si he sido demasiado severo, atribúyalo vd. á mis cincuenta y tres años, á la maldita hipotenusa, y mas que todo el deseo de destruir el pésimo efecto que las poesías de Cienfuegos han hecho en todas las almas ardientes, tanto en materias políticas como en literarias. Una exaltacion siempre permanente, quiere violar á un mismo tiempo las reglas del mundo social y las del Parnaso. Ya es ocasion de poner un freno saludable á esta licencia, que deslumbra los corazones incautos con el nombre de libertad.—Queda de vd. como siempre su afectísimo Q. S. M. B.—*Alberto Lista.*

El Sr. Lista llama al Sr. Heredia *un gran poeta*: creemos, pues, que nadie nos llevará á mal, el que

conformándonos enteramente con su respetable juicio, le juzguemos digno de que el público tenga algunas noticias acerca de su vida.

D. José María Heredia nació en Santiago de Cuba el 31 de Diciembre de 1803, siendo sus padres el Dr. D. José Francisco y Doña Merced de Heredia. ¶ De edad de dos años pasó con sus padres á la Florida, y de allí en 1810 á la Habana y Santo Domingo, y dos años despues á Valencia en Venezuela, de cuya audiencia era oidor su padre. Las vicisitudes de la guerra de independendencia le hicieron andar errante y perseguido por la desgracia en aquel país, hasta que en 1816 fué á Caracas, donde estudió filosofía. Al espirar el año de 1817 se embarcó para la Habana, de paso para México, á donde venia destinado su padre como alcalde del crimen; y habiéndose detenido allí mas de lo que creia, comenzó á estudiar jurisprudencia en aquella universidad. A principios de 1819 vino á México, adonde continuó sus estudios; pero su padre murió á fines de 1820, y se volvió á la Habana con su familia. Este golpe fué muy sensible para nuestro poeta, pues su padre era un padre tierno en extremo, y por otra parte poseia todo el amor y confianza de su hijo. Desde esta fecha residió el Sr. Heredia en Matanzas. En Junio de 1823 se recibió de abogado en Puerto Príncipe, y en Noviembre del mismo año tuvo que salir prófugo

para Boston, por hallarse implicado en una conspiracion para la independencia; por lo que al fin del año siguiente le condenó la audiencia de Cuba á estrañamiento perpetuo de aquella isla. Se puede considerar al Sr. Heredia como víctima de su amor á la libertad, pues este esfuerzo en favor de la independencia de su patria le ha acarreado los sinsabores y desgracias que han amargado el resto de sus dias. Durante su permanencia en los Estados-Unidos, en 1824, dirigió al Niágara estas palabras:

¡Qué poderosa mano
Hace que al recibirte
No rebose en la tierra el Océano?
Abrió el Señor su mano omnipotente,
Cubrió tu faz de nubes agitadas,
Dió su voz á tus aguas despeñadas,
Y ornó con su arco tu terrible frente.

En 1825 dió á luz la primera edicion de sus poesías en Nueva-York. En Agosto del mismo año volvió á ésta República, invitado en los términos mas lisonjeros por el presidente Victoria, quien á principios del año siguiente le nombró oficial 5.º de la 1.ª secretaría de Estado.—Por esta época publicó la traduccion del Sila de Jouy.—Sus relaciones amistosas con D. Lorenzo Zavala le indujeron luego á entrar al servicio del Estado de México en Mayo de 1827: fué nombrado juez de primera instancia de Cuernavaca, y se casó en Setiembre del mismo año. En él publicó el *Tiberio* de Chenier. En Diciembre del siguiente fué promovido á fiscal de la audiencia, en la que obtuvo plaza de magistrado por Enero de 1831. En 1829 publicó *Los últimos Romanos* y comenzó el *Miscelánea*, que concluyó en 1832, en que dió á luz las *Lecciones de Historia*. En 1833 fué electo di

putado á la legislatura de México, en la que solo estuvo unos cinco meses, pues renunció la diputación. En este año publicó en Toluca la segunda edición de sus poesías, 2 tomos. Volvió á la audiencia, y allí permaneció hasta Julio último, en que la suprema corte de justicia le dejó sin destino al formar el nuevo tribunal superior, por faltarle el requisito constitucional del nacimiento. En Noviembre de 1836 logró volver á su patria, aunque solo por pocos dias, y saludó su vuelta al mar con la ternura de un amigo:

¡Qué! ¡De las ondas el hervor insano
Mece por fin mi lecho estremecido!
¡Otra vez en el mar!... ¡Dulce á mi oído
Es tu sublime música, Océano!
¡Oh cuántas veces en ardientes sueños
Gozoso contemplaba
Tu ondulacion, y de tu fresca brisa
El aliento salubre respiraba!

¡Augusto primogénito del caos!
Al brillar ante Dios la luz primera,
En su cristal sereno
La reflejaba tu cerúleo seno:
Y al empezar el mundo su carrera
Fué su primer vagido,
De tus hirvientes olas agitadas
El solemne ruido.

Sin duda nuestro poeta ha visto en el mar una viva imájen de la inconstante fortuna de su vida, pues como él mismo dice en el Prólogo de la segunda edición de sus poesías: “A los veinticinco años habia sido ya abogado, soldado, viajero, profesor de lenguas, diplomático, periodista, magistrado, historiador y poeta.”

POESIAS AMATORIAS.

Scribere jussit Amor.

OVID.



A MI ESPOSA.

Cuando en mis venas férvidas ardia
La fiera juventud, en mis canciones
El tormentoso afan de mis pasiones
Con dolorosas lágrimas vertia.

Hoy á tí las dedico, ESPOSA mia,
Cuando el amor mas libre de ilusiones
Inflama nuestros puros corazones,
Y sereno y de paz me luce el dia.

Así perdido en turbulentos mares,
Mísero navegante al cielo implora,
Cuando le aqueja la tormenta grave;

Y del naufragio libre, en los altares
Consagra fiel á la deidad que adora
Las húmedas reliquias de su nave.

A LA HERMOSURA.

Dulce HERMOSURA, de los cielos hija,
Dón que los dioses á la tierra hicieron,
Oye benigna de mi tierno labio
Cántico puro.

La grata risa de tu linda boca
Es muy mas dulce que la miel hiblea:
Tu rostro tiñe con clavel y rosas
Cándido lirio.

Bien cual se mueve nacarada espuma
Del manso mar en los cerúleos campos,
Así los orbes del nevado seno
Leves ajitas.

El universo cual deidad te adora;
El hombre duro á tu mirar se amansa,
Y á dicha juzga que sus ansias tiernas
Blanda recibas.

De mil amantes el clamor fogoso,
Y los suspiros y gemir doliente,
Del viento leve las fugaces alas
Rápidas llevan.

Y de tu frente al rededor volando,
Tus dulces gracias y poder publican:
Clemencia piden; pero tú el oído
Bárbara niegas.

¿Por qué tu frente la dureza nubla?
¿El sentimiento la beldad afea!
No: vida, gracia y espresion divina
Préstala siempre.

Yo vi tambien tu seductor semblante,
Y apasionado su alabanza dije
En dulces himnos, que rompiendo el aire
Férvidos giran.

Mil y mil veces al tremendo carro
De amor me ataste, y con fatal perfidia
Mil y mil veces derramar me hiciste
Mísero llanto.

Y maldiciendo tu letal hechizo,
Su amor abjuro delirante y ciego;
Mas ¡ay! en vano, que tu bella imájen
Sígueme siempre.

Si al alto vuelvo la llorosa vista,
En la pureza del etéreo cielo
El bello azul de tus modestos ojos
Lánguido miro.

Si miro acaso en su veloz carrera
Al astro bello que la luz produce,
El fuego miro que en tus grandes ojos
Mórbido brilla.

Es de la palma la gallarda copa
Imájen viva de tu lindo talle;
Y el juramento que el furor dictóme
Fácil abjuro.

Lo abjuro fácil, y en amor ardiendo,
Caigo á tus plantas, y perdon te pido,
Y á suplicar y dirigirte votos
Tímido vuelvo.

¡Ay! de tus ojos el mirar sereno,
Y una somisa de tu boca pura,
Son de mi pecho, que tu amor abrasa,
Unico voto.

¡Dulce HERMOSURA! mi rogar humilde
Oye benigna, y con afable rostro
Tantos amores y tan fiel cariño
Págame justa.

(1820.)

LA PARTIDA.

¡Adios, amada, adios! llegó el momento
Del pavoroso adios. . . . mi sentimiento
Dígate a queste llanto. . . . ¡ay! el primero
Que me arranca el dolor! ¡Oh Lesbia mia!
No es tan solo el horror de abandonarte
Lo que me ajita, sino los temores
De perder tu cariño: sí; la ausencia
Mi imájen borraré, que en vivo fuego
Grabó en tu pecho amor. . . . ¡Eres hermosa,
Y yo soy infeliz . . . ! En mi destierro
Viviré entre dolor, y tú cercada,
En fiestas mil de juventud fogosa,
Que abrasará de tu beldad el brillo,
Me venderás perjura,
Y en nuevo amor palpitará tu seno,
Olvidando del mísero Fileno
La fé constante y el amor sencillo.

Sumido en pesares,
Y triste y lloroso,
Noticias ansioso

De tí pediré:
Y acaso diránme
Con voz dolorida:
Tu LESBIA te olvida,
Tu LESBIA es infiel.

Yo te ofendo, adorada: sí; perdona
A tu amante infeliz estos recelos.
¿Cuándo el que quiso bien no tuvo celos?
'Tú sabrás conservar con fiel cariño
De tu primer amante la memoria;
No perderás ese candor que te hace
Del cielo amor, y de tu sexo gloria.
Lloras ¡ay! ¡lloras. . . ! ¡Oh fatal momento
De dicha y de dolor. . . ! Aquese llanto,
Que tu amor me asegura,
Me rasga el corazon. . . . Tu hermosa vida
Anublan los pesares y amargura
Por mi funesto ardor. ¡El cielo sabe
Que con toda la sangre que me anima
Comprar quisiera tu inmortal ventura!
Mas desdichado soy. . . . ¡por qué te uniste
A mi suerte cruel, que ha emponzoñado
Le tus años la flor. . . ?

¡Adios, querida. . . !

¡Adios. . . ! ¡Ay! apuremos presuros
El cáliz del dolor. . . . Ese pañuelo
Con tus preciosas lágrimas regado,
Trueca por este mio.

Besándolo mil veces, y en sus hilos
 Mi llanto amargo uniendo con tu llanto,
 Daré á mis penas celestial consuelo.
LESBIA me ama, diré, y en mi partida
Este llanto vertió. . . . Tal vez ahora
Mi pañuelo feliz besa encendida,
Y le estrecha á su seno,
Y un amor inmortal jura á FILENO.

Piensa en mí, Lesbia divina;
 Y si algun amante osado,
 De tus hechizos prendado,
 Quiere robarme tu amor;
 Pon la vista en el pañuelo,
 Prenda fiel de la fé mia,
 Y dí: *Cuando se partia,*
¡Cuán grande fué su dolor. . . !

(1819.)

LA PRENDA DE FIDELIDAD.

Dulce memoria de la prenda mia,
 Tan grata un tiempo como triste ahora,
 Aureo cabello, misterioso nudo,

Ven á mi labio.

¡Ay! ven, y enjague su fervor el llanto
 En que tus hebras inundó mi hermosa,
 Cuando te daba al infeliz Fileno,

Mísero amante.

Lágrimas dulces, de mi amor consuelo,
Decidme siempre que mi Lesbia es firme;
Decid que nunca romperá su voto,
Pérfida y falsa.

¡Oh, cuánto el alma de dolor sentia,
Cuánto mi pecho la afliccion rasgaba,
Cuadno la hermosa con dolientes ojos
Viéndome, dijo:

“Siempre, Fileno, de mi amor te acuerda,
“Toma este rizo que mi frente adorna. . . .
“Toma esta prenda de constancia pura. . . .
“Guárdala fino!”

A donde quiera que la suerte cruda
Me arrastre, ¡oh rizo! seguirásme siempre,
Y de mi LESBIA la divina imájen
Pon á mis ojos.

Tú me recuerda los felices dias
De paz y amor, que fugitivos fueron,
Cual débil humo de aquilon al soplo
Tórnase nada.

¡Oh, cuántas veces su cabello rubio,
Al blando aliento de la fresca brisa,
Veloz ondeaba, y en feliz desórden
Vino á mi frente!

La luna amiga con su faz serena
Mil y mil veces presidió mi dicha. . . .
Memoria dulce de mi bien pasado,

Sé mi delicia.

(Abril de 1819.)

A ELPINO.

Feliz, ELPINO, el que jamas conoce
Otro cielo ni sol que el de su patria.
¡Ay, si ventura tal contar pudiera. . . .!

Tú, empero, partes, y á la dulce patria
Tornas. . . . ¡Dado me fuera
Tus pisadas seguir! ¡Oh, cuán gozoso
Tu triste amigo oyera
El ronco son con que la herida playa,
Al terrible azotar del Océano,
Responde largamente! Sí; la vista
De sus ondas fierísimas, hirviendo
Bajo huracan feroz, en mi alma vierte
Sublime inspiracion, y fuerza y vida.
Yo contigo, sus iras no temiendo,
Al vórtice rugiente me lanzara.

¡Oh, cómo palpitante saludara
Las dulces costas de la patria mia,
Al ver pintada su distante sombra
En el tranquilo mar del Mediodía!
Al fin llegado al anchuroso puerto,
Volando á mi querida,
Al ajitado pecho la estrechara,
Y á su boca feliz mi boca unida,
Las pasadas angustias olvidara.

Mas ¡á dónde me arrastra mi delirio?
Partes, ELPINO, partes, y tu ausencia

De mi alma triste acrecerá el martirio.
¿Con quién ¡ay Dios! ahora
Hablaré de mi patria y mis amores
Y aliviaré gimiendo mis dolores?
El bárbaro destino,
De Texcoco en las márgenes ingratas
Me encadena tal vez hasta la muerte.
Hermoso cielo de mi hermosa patria,
¿No tornaré yo á verte. . . ?

Adios, amigo: venturoso presto
A mi amante verás. . . . ELPINO, dila
Que el mísero FILENO
La amará hasta morir. . . . Dila cuál gimo
Lejos de su beldad, y cuántas veces
Regó mi llanto sus memorias caras.
Cuéntala de mi frente, ya marchita,
La palidez mortal. . . .

Adios, ELPINO:

Adios, y sé feliz. Vuelve á la patria,
Y cuando tu familia y tus amigos
Caricias te prodiguen, no perturbe
Tu cumplida ventura
De FILENO doliente la memoria.
Mas luego no me olvides, y piadoso,
Cuando recuerdes la tristeza mia,
Un suspiro de amor de allá me envía.

(1819).

EL RIZO DE PELO.

Rizo querido,
Tú la inclemencia
De aquesta ausencia
Mitigarás.

De torpe olvido
Ni un solo instante
Al pecho amante
Permitirás.

En el punto fatal de mi partida,
¡Oh Dios! ví á mi adorada,
La ví, DELISO, en lágrimas bañada,
La cabellera al aire desparcida
Nunca, DELISO, nunca tan hermosa
La ví. ¡*Partes!* me dijo moribunda,
Los bellos ojos trémula fijando
En mi faz dolorosa:
Parto, dije, y el labio balbuciente
No pudo proseguir, y los sollozos
Suplieron á la voz, y tristemente
Por el aire sonaron. Ella entonces,
Quitando un rizo á su cabello de oro,
Con tiernísima voz, *Toma*, decia,
Guárdale ¡ay Dios! para memoria mia...

¡Oh parte de mi bien! ¡oh mi tesoro!
Ven á mis labios, ven. Será mi pecho
Tu mansion duradera

Solo consuelo que la suerte fiera
En mi mal me dejó, y al contemplarte,
Diré vertiendo lágrimas ardientes:

Feneció mi alegría:

Feneció la ventura y gloria mia!

Ven, ¡oh rizo! á mis labios y seno:
¡Sientes, dí, su latir afanoso?

Pues lo causa tu dueño amoroso,
Prenda fiel de firmeza y amor.

Mis amargas insomnias alivia,
Y en mi llanto infeliz te humedece:
¡Oh! ¡cuán larga la noche parece,
Cuando vela gimiendo el dolor!

(1819.)

A MI CABALLO.

Amigo de mis horas de tristeza,
Ven, alíviame, ven. Por las llanuras
Desalado arrebatame, y perdido
En la velocidad de tu carrera,
Olvide yo mi desventura fiera.

Huyeron de mi amor las ilusiones
Para nunca volver, de paz y dicha
Llevando tras de sí las esperanzas.
Corrióse el velo: desengaño impío
El fin señala del delirio mio.

¡Oh! ¡cuánto me fatigan los recuerdos
Del pasado placer! ¡Cuánto es horrible

El desierto de una alma desolada,
Sin flores de esperanza ni frescura!
Ya ¿qué le resta?—Tedio y amargura,
¡Este viento del Sur...! ¡ay, me devora!
¡Si pudiera dormir...? En dulce olvido,
En pasajera muerte sepultado,
Mi ardor calenturiento se templara,
Y mi alma triste su vigor cobrara.

¡Caballo! ¡Fiel amigo! Yo te imploro.
Volemos, ¡ay! quebrante la fatiga
Mi cuerpo débil; y quizá benigno,
Sobre la árida frente de tu dueño
Sus desmayadas alas tienda el sueño.

Débate yo tan dulce refrigerio....
Mas otra vez avergonzar me hiciste
De mi insana crueldad y mi delirio,
Al contemplar mis piés ensangrentados,
Y tus hijares ¡ay! despedazados.

Perdona mi furor; el llanto mira
Que se agolpa á mis párpados.... Amigo,
Cuando mis gritos resonar escuchas,
No aguardes, no, la devorante espuela:
La crin sacude, alza la frente, y vuela.

(1821).

LA INCONSTANCIA.

A Don Domingo Delmonte.

En aqueste pacífico retiro,
Lejos del mundo y su tumulto insano,
Doliente vaga tu sensible amigo.
Tú sabes mis tormentos, y conoces
A la muger infiel... ¡Oh! si del alma
Su bella imájen alejar pudiese,
¡Cuál fuera yo feliz! ¡Cómo tranquilo,
De amistad en el seno,
Gozara paz y plácida ventura,
De todo mal y pesadumbre ajeno!

¡Amor ciego y fatal...! Ahora la tierra
Encanta con su fresca lozanía.
Por detras de los montes enriscados,
El almo sol en el sereno cielo,
De azul, púrpura y oro arrebolado,
Se alza con majestad: brilla su frente,
Y la montaña, el bosque, el caserío
Relucen á la vez.... Salud, ¡oh padre
Del sér y del amor y de la vida!
¡Quién al mirar á tí no siente el alma
Llena de inspiracion..? ¡Salve! Tu carro
Lanza veloz por la celeste esfera,
Y vida, fuerza y juventud lozana
Vierta en el mundo tu inmortal carrera.

Vuela, y muestra glorioso al universo
El alma Dios, que en tu fulgor velado,
Sin principio ni fin....—¿Por qué mi frente
Dóblase mustia, y en mi rostro corre
Esta lágrima ardiente? ¿Quién ha helado
El entusiasmo espléndido y sublime,
Que á gozar y admirar me arrebatava?

¿Qué me importa ¡infeliz! el universo,
Si me olvida la infiel? ¡Ay! en la noche
Veré la tierra en esplendor bañada,
Al vislumbrar de la fulgente luna,
Y no seré feliz: no embebecida
El alma sentiré, cual otro tiempo,
En mil cavilaciones deliciosas
De ventura y amor: hoy aflijido
Solamente diré: “No mi adorada,
“En tal contemplacion embelesada,
“A mí dirigirá sus pensamientos.”
De aquestas cañas á la blanda sombra
Recuerdo triste mi placer pasado,
Y me siento morir: lánguidamente
Grabo en el tronco de la tersa caña
De LESBIA el nombre, y en delirio insano
Gimo, y le cubren mis ardientes besos.
Su mano, ¡ay Dios! la mano que amorosa
Mil y mil veces halagó la mia,
Hundió el puñal en mi confiado pecho
Con torpe engaño y con mudanza impía.

Héme juguete de la suerte fiera,
De una pasión tirana subyugado,
Abatido, infeliz, desesperado,
El triste espectro de lo que antes era
¡Oh pérfida muger! ¡cómo pagaste
El afecto mas fino!

Bajo rostro tan cándido y divino
¡Tan falso corazón pudo velarse?
Tú mi loca pasión ¡ay! halagabas,
Y feliz te dijiste en mis amores.

Aunque el hado tirano
En mi alma tierna y pura
Verter quisiese cáliz de amargura,
¡Le debiste ¡infeliz! prestar tu mano?

Cuando el fatal prestigio con que ahora
La juventud y la beldad te cercan
Haya la parca atroz desvanecido,
Para salvar tu nombre del olvido,
El triste amor de tu infeliz poeta
Será el único timbre de tu gloria.
La mitad del laurel que orne mi tumba
Entonces obtendrás; y de tus gracias
Y de tu ingratitud y mi tormento
Prolongará mi canto la memoria.

¡Hermosura fatal! tú disipaste
La brillante ilusión que me ocultaba
La corrupción universal del mundo,
Y la vida y los hombres á mis ojos

Presentaste cual son. ¡Dónde volaron
Tanto y tanto placer? ¡Cómo pudiste
Así olvidarte de tu amor primero?
¡Si así olvidase yo...! Mas ¡ay! el alma
Que fina te adoró, falsa te adora.
No vengativo anhelaré que el cielo
Te condene al dolor: sé tan dichosa
Cual yo soy infeliz: mas no mi oído
Hiera jamas el nombre aborrecido
De mi rival, ni de tu voz el eco
Torne á rasgar la ensangrentada herida
De aqueste corazon: no á mirar vuelva
Tu celeste ademan, ni aquellos ojos,
Ni aquellos labios do letal ponzoña
Ciego bebí... ¡Jamás!—Y tú en secreto
Un suspiro á lo menos me consagra,
Un recuerdo....—¡Ah cruël! No te maldigo,
Y mi mayor anhelo
Es elevarte con mi canto al cielo,
Y un eterno laurel partir contigo.

[*Julio de 1821.*]

LA CIFRA.

¡AUN guardas, árbol querido,
La cifra ingeniosa y bella
Con que adornó mi adorada
Tu solitaria corteza?

Bajo tu plácida sombra
Me viste evitar con LESBIA
Del fiero sol meridiano
El ardor y luz intensa.
Entonces ella sensible
Pagaba mi fé sincera,
Y en tí enlazó nuestros nombres
De inmortal cariño en prenda.
¡Su amor pasó, y ellos duran,
Cual dura mi amarga pena....!
Deja que borre el cuchillo
Memorias ¡ay! tan funestas.
No me hables de amor: no juntes
Mi nombre con el de LESBIA,
Cuando la pérfida rie
De sus mentidas promesas,
Y de un triste desengaño
Al despecho me condena.

(1821.)

MISANTROPIA.

¡Qué triste noche. . . ! Las lejanas cumbres
Acumulan mil nubes pavorosas,
Y el lívido relámpago ilumina
Su densa confusión. Calma de fuego
Me abruma en derredor, y un eco sordo,

Siniestro, vaga en él opaco bosque.
Oigo el trueno distante. . . . En un momento
La horrenda tempestad va á despeñarse:
La presagia la tierra en su tristeza.

Tan fiera confusion en armonía
Siento con mi alma desclada. . . . ¡El mundo
Padece como yo. . . ?

Muger funesta,
¡Ay! me perdiste para siempre. . . . En vano
Me esfuerzo á reanimar del alma mia
El marchito vigor: tú el universo
Desfiguraste para mí. . . . Ni echarte
De la memoria lograré. Tu imájen
Me persigue, causándome deleite
Funesto, amargo, como la sonrisa
Que suele estar helada entre los labios
De una belleza pálida en la tumba.

¡Oh hermosas! yo inocente os adoraba. . . .
¡Quién me venció en amar? Vosotras fuísteis
Mi encanto, mi deidad: en vuestros ojos,
En vuestra dulce y celestial sonrisa
Duplicaba mi sér; y circundado
Por atmósfera ardiente de ventura,
Abjuré la razon, quebré insensato
De mi enérgica mente los resortes,
Y á solo amaros consagré mi vida.
¡Qué horrible pago recibí. . . ! ¡Oh hermosas!
Me hicísteis infeliz, y yo no os amo. . . .

Ni puedo amar la vida sin vosotras.

Así en horrible confusion perdido
Vago insano y furioso. Desecado
Siento mi corozon, huyo á los hombres,
Y hasta la luz del sol ya me fatiga.
¡Ay! se apagó mi fantasía: vago,
Espectro gemidor, junto al sepulcro.
Mas amo á veces mi afliccion; me gozo
En el llanto de fuego que me alivia.
Felices ¡ay! los que jamas probaron
El gozo del dolor. . . !

¡Do están los tiempos
 De mi felicidad, cuando mi mente
 De la vasta creacion se apoderaba
 Con noble ardor? En medio de la noche
 En la gran soledad del Oceáno
 Suspenso entre el abismo y las estrellas,
 ¡Cuán fuertes y profundos pensamientos
 Mi mente concibió! ¡Cómo reía
 El universo de beldad ornado
 Ante mis ojos! ¡Cómo de la vida
 Me sentí en posesion...! Mas hoy.... ¡cuitado!
 Juhgan turbada mi razon. . . . ¡Oh necios!
 ¡Del amor os quejais, y en vuestras frentes
 Brilla de juventud la fresca rosa
 Sin marchitarse? Contemplad la mia,
 Profundamente del dolor hollada,
 Y aprended á sentir.—Mas no me atienden,

Y maldiciendo mi semblante adusto,
Insocial y selvático me llaman.
Porque no sé para fingir sonrisa
Dar á mis labios contorsion violenta
Cuando mi alma rebosa en amargura,
Imputan á feroz misantropía
Mi amor de soledad. . . . ¡Oh! si pudieran
Bajo el agreste velo que la cubre
Sentir de mi alma la ternura inmensa,
Tal vez me amaran. . . . Pero no: tan solo
Injuriosa piedad ó vil desprecio
En sus almas de fango escitaria.

Dejadme, pues, que oculte mis dolores
En esta soledad. Árboles bellos,
Que al soplo de los vientos tempestuosos
Sobre mi frente os agitaís, mañana
Vendrá á lucir el sol en vuestras copas
Con gloria y majestad: mas á mi alma
De borrasca furiosa combatida,
No hay un rayo de luz. . . . Entre vosotros
Buscaré alguna calma, y de los tristes
Invocaré al amigo, al dulce sueño.

(Agosto de 1821.)

MEMORIAS.

Recuerda los bellos dias
En que tímido y sincero,
El homenaje primero

Te llegaba á tributar.

¡Oh ceguedad! ¡oh extravío!
Nunca, muger inconstante,
Pecho mas fino y amante
Pudo el amor inflamar.

Exajeras los defectos
Que en mí la envidia censura:
No es el menor la locura
Con que furioso te amé.

He sentido fieramente
Los vicios y las pasiones;
Mas de tibios corazones
Nunca, LESBIA, me pagué.

En tí del dolor la copa
Brindóme el hado enemigo:
Empero, no te maldigo,
Ni te puedo aborrecer.

Escucha mi último voto:
Añada el cielo á tu vida
Las horas de paz cumplida
Que me robaste cruel.

Tú eras mi bien; mi universo
Estaba á tí reducido:
El tiempo trajo tu olvido,
Y el tiempo me consoló.

El amor que me inspiraste
Para siempre se ha borrado:
No mas el fuego apagado

Recuerdes al corazon.

Vanamente cariñosa
Me tiendes la blanca mano:
La fé reclamas en vano
Que á la tuya prometí.

La credulidad, que sola
Devolvértela pudiera,
Por tu inconstancia altanera
Para siempre huyó de mí.

El ligero pajarillo
De la prision escapado,
Prudente y escarmentado,
Teme al señuelo traidor.

No se acerca ya cual antes,
Que la desgracia le instruye,
Y la esclavitud rehuye
Que le brinda el cazador.

(1821)

A. . . . EN EL BAILE.

¿Quién hay, muger divina,
Que al mágico poder de tus encantos
Pueda ya resistir? El alma mia
Se abrasó á tu mirar: entre la pompa
Te contemplé del estruendoso baile,
Altiya y majestuosa, descollando
Entre tanta hermosura,

Cual palma gallardísima y erguida
De la enlazada selva en la espesura:
De tu rosada boca la sonrisa
Mas grata es ¡ay! que en el ardiente Julio
De balsámica brisa el fresco vuelo,
Y tus ojos divinos resplandecen
Como el astro de Vénus en el cielo.

Mas ágil y serena,
Al compás de la música sonante
Partes veloz, y mi ajitado pecho
Palpita de placer. Cual azucena,
Que al soplo regalado
Del aura matinal mueve su frente,
Que coronó de perlas el rocío,
Así, de gracias y de gloria llena,
Giras ufana, y la espresion escuchas
De admiracion y amor, y los suspiros
Que vagan junto á tí; pues electriza
A todos y enamora
Tu beldad, tu abandono, tu sonrisa,
Y tu actitud modesta, abrasadora.

¡Ay! todos se conmueven:
Tus compañeras tristes, eclipsadas,
Se ajitan despechadas,
Y ni á mirarte pálidas se atreven.
Ellos arden de amor, y ellas de envidia.

¡Y engaños y perfidia
Se abrigarán en el nevado seno

Que hora palpita blandamente, lleno
De celeste candor....?—¡Afortunado
El mortal á quien ames encendida;
A quien halagues tierna y amorosa
Con tu mirar sereno y blanda risa....!

Divina jóven, ¿me amaras? ¿Quién supo
Amar ¡ay! como yo? Tus ojos bellos
Afable pon en mí; seré dichoso.
En tus labios de rosa el dulce beso
Ansioso cojeré; sobre tu seno
Reclinaré mi lánguida cabeza,
Y espiraré de amor....

¡Mísero! en vano
Hablo de amor, en ilusion perdido.
¡Angel de paz! de tí correspondido
Nunca ¡infeliz! seré. Mi hado tirano
A estériles afectos me condena.
¡Ay! el pecho se oprime; consternado
Me ajito, gimo triste
Y me siento morir....—¡Dios, que me miras,
Muévate á compasion mi suerte amarga,
Y alivia ya la insoportable carga
Del corazon ardiente que me diste!

Tú eres mas bella que la blanca luna
Cuando en noche fogosa del estío,
Precedida por brisas y frescura,
En Oriente aparece,

Y sube al yermo cielo, y silenciosa
En medio de los astros resplandece.

Su indigno compañero
La lleva entre sus brazos insensible,
Y yerto, inanimado,
Gira en torno de sí los vagos ojos,
Y sus gracias no ve....

No mas profanes,
Insensible mortal, ese tesoro,
Que no sabes preciar: ¡huye! mis brazos
Estrecharán al inflamado seno
De ese ángel celestial....!—¡Oh! si pudiera
Hacerme amar de tí, como te adoro,
¡Cuál fuera yo feliz! ¡Cómo viviera
Del mundo en un rincón, desconocido,
Contigo y la virtud...!

Mas no, ¡infelice!
Yo de angustia y dolores la llenara;
Y en su inocente pecho derramara
La agitacion penosa,
Que turba y atormenta
Mi juventud ardiente y borrascosa.

No, ¡muger adorada!
Vive feliz sin mí.... Yo generoso
Gemiré, y callaré: seré dichoso,
Si eres dichosa tú.... ¡Benigno el cielo
Oiga mis votos fervidos y puros,

Y en tu pecho conserve
De inocencia la calma,
La deliciosa paz, la paz del alma,
Que severo y terrible me ha negado,
Cuando me ha condenado
A gemir, y á apurar sin esperanza
Un doloroso cáliz de amargura,
Y á que nunca me halaguen
Sueños de amor y plácida ventura!

[Diciembre de 1821]

¡AY DE MÍ!

¡Cuán difícil es al hombre
Hallar un objeto amable,
Con cuyo amor inefable
pueda llamarse feliz!

Y si este objeto resulta
Frívolo, duro, inconstante;
¿Qué resta al mísero amante,
Sino esclamar: ¡Ay de mí!

El amor es un desierto
Sin límites, abrasado,
En que á muy pocos fué dado
Pura delicia sentir.

Pero en sus mismos dolores,
Guarda mágica ternura,
Y hay siempre cierta dulzura
En suspirar: ¡Ay de mí!

EL DESAMOR.

¡SALUD, noche apacible! ¡Astro sereno,
 Bella luna, salud! Ya con vosotras
 Mi triste corazon, de penas lleno,
 Viene á buscar la paz. Del sol ardiente
 El fuego me devora;
 Su luz abrasadora
 Acabará de marchitar mi frente.
 Sola tu luz, ¡oh luna! pura y bella,
 Sabe halagar mi corazon llagado,
 Cual fresca lluvia el ardoroso prado.
 Hora serena en la mitad del cielo
 Ries á nuestros campos agostados,
 Bañando su verdura
 Con plácida frescura.
 Calla toda la tierra embebecida
 En mirar tu carrera silenciosa;
 Y solo se oye la cancion melosa
 Del tierno ruiñeñor, ó el importuno
 Grito de la cigarra: entre las flores
 El zéfiro descansa adormecido;
 El pompose naranjo, el mango erguido,
 Agrupades allá, mi pecho llenan
 Con el sublime horror que en torno vaga
 De sus copas inmóviles. Unidas
 Forman entre ellas bóveda sombrosa,
 Que la tímida luna con sus rayos

No puede penetrar. Morada fría
De grato horror y oscuridad sombría.
A tí me acojo, y en tu amigo seno,
Mi triste corazon sentiré lleno
De agradable y feliz melancolía.

Calma serenidad, que enseñoas
Al universo, dí, ¿por qué en mi pecho
No reinas ¡ay! también? ¿Por qué ajitado
Y en fuego el rostro pálido abrasado,
En tan profunda paz solo suspiro?

Esta llama volcánica y furiosa
Que arde en mi corazon ¡cuál me atormenta
Con estéril ardor....! ¿Nunca una hermosa
Por fin será su delicioso objeto?
¡Cuán feliz seré entonces! Encendido
La amaré, me amará, y amor y dicha....
¡Engañosa esperanza! Desquerido
Gimo triste, anhelante,
Y abrasado en amor no tengo amante.

¿No la tendré jamas....? ¡Oh! si encontrara
Una muger sensible que me amara
Cuanto la amase yo, ¡cómo en sus ojos
Y en su blanda sonrisa miraría
Mi ventura inmortal! Cuando mi techo
Estremeciese la nocturna lluvia
Con sus torrentes fervidos, y el rayo
Estallara feroz, ¡con qué delirio
Yo la estrechara á mi ajitado pecho

Entre la convulsion de la natura,
Y con ella partiera
Mi exaltado placer y mi locura!
O en la noche serena,
Los aromas del campo respirando,
En su divino hablar me embebeciera;
En su seno mi frente reclinando,
Palpitar dulcemente le sintiera;
Y envuelto en languidez abrasadora,
Un beso y otro y mil la diera ardiente,
Y al ajitado seno la estrechara,
Mientras la luna en esplendor bañara
Con un rayo de luz su tersa frente.

¡Oh sueño engañador y delicioso!
¿Por qué mi acalorada fantasía
Llenas de tu ilusion? La mano impía
De la suerte cruel negó á mi pecho
La esperanza del bien: solo amargura
Me guarda el mundo ingrato,
Y el cáliz del dolor mi labio apura.

(1822)

A LOLA, EN SUS DIAS.

VUELVE á mis brazos, deliciosa lira,
En que de la beldad y los amores
El hechizo canté. Sobrado tiempo
De angustias y dolores

El eco flébil fuera
Mi quebrantada voz. ¡Cómo pudiera
No calmar mi agonía
Este brillante día
Que á LOLA vió nacer? ¡Cuán deleitosa
Despunta en Oriente la luz pura
Del natal de una hermosura!
Naciste, LOLA, y Cuba
Al contemplar en tí su bello adorno:
Aplaudió tu nacer. Tu dulce cuna
Meció festivo amor: tu blanda risa
Nació bajo su beso: complacido
La recibió, y en inefable encanto
Y sin igual dulzura
Tus labios inundó: tu lindo talle
De gallarda hermosura
Vénus ornó con ceñidor divino,
Y, tal vez envidiosa, contemplaba
Tu celestial figura.

Nace bárbaro caudillo,
Que con frenética guerra
Debe desolar la tierra,
Y gime la humanidad.

Naciste, LOLA, y el mundo
Celebró tu nacimiento,
Y embelesado y contento
Adoró Amor tu beldad.
Feliz aquel á quien afable miras,

Que en tu hablar se embebece, y á tu lado
Admira con tu talle delicado
La viva luz de tus benignos ojos.
¡Venturoso mortal! ¡en cuánta envidia
Mi corazon enciendes...!—LOLA hermosa,
¡Quién á tanta beldad y á tantas gracias
Pudiera resistir, ni qué alma fria
Con la espresion divina de tus ojos
No se inflama de amor? El alma mia
Se abrasó á tu mirar.... Eres mas bella
Que la rosa lozana,
Del zéfiro mecida
Al primer esplendor de la mañana.

Si en un tiempo mas bello y felice
Tantas gracias hubiera mirado,
¡Ah! tú fueras objeto adorado
De mi fina y ardiente pasion.

Mas la torpe doblez, la falsía,
Que mi pecho sensible rasgaron,
En su ciego furor me robaron
Del placer la dichosa ilusion.

¡Angel consolador! tu beldad sola
El bárbaro rigor de mis pesares
A mitigar alcanza,
Y en tus ojos divinos
Bebo rayos de luz y de esperanza.
Conviértelos á mí siempre serenos:
Abra tus labios plácida sonrisa

Y embriágame de amor....

Acepta grata

Por tu ventura mis ardientes votos.
¡Ah! tú serás feliz: ¡cómo pudiera
Sumir el cielo en afliccion y luto
Tanta y tanta beldad? Si despiadado
El feroz infortunio te oprimiere,
¡Ay! no lo mire yo. Baje á la tumba
Sin mirarte infeliz; ó bien reciba
Los golpes de la suerte,
Y de ellos quedes libre, y generoso,
Si eres dichosa tú, seré dichoso.

Me oyes, LOLA, placentera,
Llena de fuerza y de vida....

¡Ay! mi juventud florida
El dolor marchita ya.
Cuando la muerte me hiera,
Y torne tu dia sereno,
Acuérdate de FILENO,
Dí su nombre suspirando,
Y en torno de tí volando
Mi sombra se gozará.

[*Marzo de 1822.*]

AUSENCIA Y RECUERDOS.

¡Qué tristeza profunda, qué vacío
Siente mi pecho! En vano
Corro la márjen del callado rio,

Que la celeste LOLA

Al campo se partió. Mi dulce amiga,
¿Por qué me dejas? ¡Ay! con tu partida
En triste soledad mi alma perdida

Verá reabierta su profunda llaga,
Que adormeció la magia de tu acento.

El cielo, á mi penar compadecido,

De mi dolor la fiel consoladora

En tí me deparó: la vez primera

[¿Te acuerdas, LOLA?] que los dos vagamos

Del Yumurí tranquilo en la ribera,

Me sentí renacer: el pecho mio

Rasgaban los dolores.

Una beldad amable, amante, amada

Con ciego frenesí, puso en olvido

Mi lamentable amor. Enfurecido,

Torvo, insociable, en mi fatal tristeza

Aun odiaba el vivir: desfiguróse

A mis lánguidos ojos la natura;

Pero ví tu beldad por mi ventura,

Y ya del sol el esplendor sublime

Volvióme á parecer grandioso y bello:

Volví á admirar de los paternos campos

El risueño verdor. Sí; mis dolores

Se disiparon como el humo leve,

De tu sonrisa y tu mirar divino

Al inefable encanto.

¡Angel consolador! yo te bendigo

Con tierna gratitud: ¡cuán halagüeña
Mi afan calinaste! De las ansias mías,
Cuando serena y plácida me hablabas,
La ajitacion amarga serenabas,
Y en tu blando mirar me embebecias.

¡Por qué tan bellos dias
Fenecieron? ¡Ay Dios! ¡Por qué te partes?
Ayer nos vió este rio en su riberá
Sentados á los dos, embebecidos
En habla dulce, y arrojando conchas
Al líquido cristal, mientras la luna
A mi placer purísimo reia,
Y con su luz bañaba
Tu rostro celestial. Hoy solitario,
Melancólico y mustio errar me mira
En el mismo lugar, quizá buscando
Con tierna languidez tus breves huellas.
Horas de paz, mas bellas
Que las cavilaciones de un amante,
¿Dónde volásteis?—LOLA, dulce amiga,
Dí, ¿por qué me abandonas,
Y encanta otro lugar tu voz divina?
¿No hay aquí palmas, agua cristalina,
Y verde sombra y soledad...? Acaso
En vago pensamiento sepultada,
Recuerdas ¡ay! á tu sensible amigo.
¡Alma pura y feliz! Jamas olvides
A un mortal desdichado que te adora,

Y cifra en tí su gloria y su delicia.
Mas el afecto puro
Que me hace amarte, y hácia tí me lleva,
No es el furioso amor que en otro tiempo
Turbó mi pecho; es amistad.

Do quiera

Me seguirá la seductora imájen
De tu beldad. En la callada luna
Contemplaré la angelical modestia
Que en tu serena frente resplandece:
Veré en el sol tus refulgentes ojos;
En la gallarda palma, la elegancia
De tu talle gentil: veré en la rosa
El purpúreo color y la fragancia
De la boca dulcísima y graciosa,
Do el beso del amor riendo posa:
Así do quiera miraré á mi dueño,
Y hasta las ilusiones de mi sueño
Halagará su imájen deliciosa.

[*Mayo de 1822.*]

EL RUEGO.

De mis pesares
Duélete, hermosa,
Y cariñosa
Paga mi amor.

Mira cual sufro
Por tu hermosura,
Angustia dura
Pena y dolor.

¿Quién ¡ay! resiste
Cuando le miras,
Y fuego inspiras
Al corazon?

Cuando tu seno
Blando palpita,
¿En quién no escita
Plácido ardor?

Secreto afecto
Me enardeciera
La vez primera
Que yo te ví.

Tu habla divina
Sonó en mi oído,
Y conmovido
Me estremecí.

De amor el fuego
Corre en mis venas....
Sí.... de mis penas
Ten ¡ay! piedad.

Tenla.... un afecto
Puro, sencillo,
Releva el brillo
De la beldad.

EL CONVITE.

Ven á mi ardiente seno,
Deliciosa beldad, ven: cariñosa
Ciñe tus brazos de mi cuello en torno,
Y bésame otra vez. . . . Al contemplarte
Huyen mis penas, como niebla fría
Del sol. . . . Mírame, hermosa,
Y Amor aplauda con festiva risa,
Batiendo alegre las divinas palmas.
¡Mil veces infeliz el que no sabe
Como FILENO amar! Su árido pecho,
Cerrado á la alma voz de la natura,
Nunca supo gozar de sus favores;
Y muy mas infeliz quien no ha gozado
Una amante cual tú, cuya ternura
En su pecho abrasado
Funde trono inmortal á sus amores.

Tú, adorada, mi llanto enjugaste,
Consolando mi grave dolor:
Adoré tu beldad, me pagaste,
Y bendigo feliz al amor.

Mas, ¡qué! ¡sobre mis hombros te reclinas,
Y tu cabello ondoso
Cubre mi frente? La nevada mano
Dame. . . . ¡La mano mia
Estrechas con la tuya,
Y me juras amor, y en él me inflamas

Con lánguido mirar. . . ?

¡Oh dulce amiga!

Con fiel cariño conservar juremos
Puro, constante amor. Ven, y sellemos
Nuestro blando jurar con mil caricias. . .

¡Nunca fuí tan feliz! No devorado
Me siento del amor ciego, furioso,
En que abrasó mi pecho una perjura,
Menos bella que tú, menos amable.
¡Pérfida! ¡me vendió...! ¡Yo que rendido!
Por siempre la adoré. . . !—¡Lejos empero
Memoria tan fatal. . . !—Ven, ¡oh querida!
Sienta yo palpar bajo mi mano
Tu corazón, y estático te escuche
Suspirar de placer entre mis brazos;
Y que al mirarte lánguido, me brindes
A cojer en tus labios regalados
El dulce beso en que el amor se goza;
Y que al cojerlo, en tus divinos ojos
Mi ventura y tu amor escritos mire,
Y te bese otra vez, y luego espire.

EL CONSUELO.

¡Cómo, idolatrada mía,
Cuando la noche agradable
A tus brazos me conduce,
Gimes triste y anhelante?

Están ajadas y mustias
Las rosas de tu semblante,
Y en desórden tempestuoso
Trémulo tu seno late.
En vano con tu sonrisa
Pretendes ¡ay! halagarme;
Triste y amarga sonrisa,
Que no puede fascinarme.
¡Yo estar gozoso y tranquilo,
Cuando padece mi amante!
¡Oh! fuera, si lo estuviese,
El mas vil de los mortales.
No, muger idolatrada;
Connigo tus penas parte,
Y llorarás en mi seno,
Y el llanto sabrá aliviarte.
De esta luna silenciosa
A la luz grata y suave,
Al susurro de las hojas
Que leve céfiro bate,
De tierna melancolía
Siento el corazon llenarse,
Y la voz oir me parece
De mi malogrado padre.
Un año há que al frio sepulcro
Me llevaban los pesares,
Y mi juventud robusta
Cual flor sentí marchitarse.

Fatigábame la vida;
Y al ver la huesa delante,
Quise abreviar mis dolores,
Y en ella precipitarme.
¡Ay! si hubiera ejecutado
Mis proyectos criminales,
Ni gozara de tu vista,
Ni de tu amor inefable.
¡Angel de paz! Dios piadoso
Te destinó á consolarme. . . .
¿Cómo el hacer mi ventura
A la tuya no es bastante?
Deja, adorada, que el tiempo
La region impenetrable
Del porvenir nos descubra,
Y no angustiosa te afanes.
¿De la tórtola no escuchas
El arrullo lamentable,
Que en noche tan calma y pura
Dulce resuena en los aires?
El manda amor: ven, querida,
Y entre mis brazos amantes
Olvida en tierno delirio
Los cuidados y pesares.

[1822.]

LA ESTACION DE LOS NORTES.

Téplase ya del fatigoso estío
El fuego abrasador: del yerto polo
Del Septentrion los vientos sacudidos,
Envueltos corren entre niebla oscura,
Y á Cuba libran de la fiebre impura.

Ruje profundo el mar, hinchado el seno,
Y en golpe azotador hiere las playas:
Sus alas baña céfiro en frescura,
Y vaporoso trasparente velo
Envuelve al sol y al rutilante cielo.

¡Salud, felices dias! A la muerte
La ara sangrienta derribais que Mayo
Entre flores alzó: la acompañaba
Con amarilla faz la fiebre impía,
Y con triste fulgor resplandecía.

Ambas veian con adusta frente
De las templadas zonas á los hijos
Bajo este cielo ardiente y abrasado:
Con sus pálidos cetros los tocaban,
Y á la huesa fatal los despeñaban.

Mas su imperio finó: del Norte el viento,
Purificando el aire emponzoñado,
Tiende sus alas húmedas y frias,
Por nuestros campos resonando vuela,
Y del rigor de Agosto los consuela.

Hoy en los climas de la triste Europa,

Del aquilon el soplo enfurecido,
Su vida y su verdor quita á los campos,
Cubre de nieve la desnuda tierra,
Y al hombre yerto en su mansion encierra.
Todo es muerte y dolor: en Cuba empero

Todo es vida y placer: Febo sonríe
Mas templado entre nubes transparentes,
Dá nuevo lustre al bosque y la pradera,
Y los anima en doble primavera.

¡Patria dichosa! ¡tú, favorecida
Con el mirar mas grato y la sonrisa
De la Divinidad! No de tus campos
Me arrebate otra vez el hado fiero.
Lúzcame ¡ay! en tu cielo el sol postrero.

¡Oh! con cuánto placer, amada mia,
Sobre el modesto techo que nos cubre
Caer oimos la tranquila lluvia,
Y escuchamos del viento los silbidos,
Y del distante Océano los bramidos!

Llena mi copa con dorado vino,
Que los cuidados y el dolor ahuyenta:
El, adorada, á mi sedienta boca
Muy mas grato será de tí probado,
Y á tus labios dulcísimos tocado.

Junto á tí reclinado en muelle asiento,
En tus rodillas pulsaré mi lira,
Y cantaré feliz mi amor, mi patria,

De tu rostro y de tu alma la hermosura,
Y tu amor inefable y mi ventura.

[*Octubre de 1822.*]

LOS RECELOS.

¡Por qué, adorada mia,
Mudanza tan cruel? ¡Por qué afanosa
Evitas encontrarme, y si te miro,
Fijas en tierra lánguidos los ojos,
Y triste amarillez nubla tu frente?
¡Ay! ¿dó volaron los felices días
En que risueña y plácida me vías,
Y tus ardientes ojos me buscaban,
Y de amor y placer me enajenaban?
¡Cuántas veces, en medio de las fiestas,
De una fogosa juventud cercada,
Me aseguró de tu cariño tierno
Una veloz simpática mirada!
Mi bien, ¿por qué me ocultas
El dardo emponzoñado que desgarrar
Tu puro corazón...? Mira que llenas
Mi existencia de horror y de amargura:
Dime, dime el secreto que derrama
El cáliz del dolor en tu alma pura.
Mas ¡aun callas? ¡Ingrata! Ya comprendo
La causa de tu afán: ya no me amas,
Ya te cansa mi amor.... No, no; ¡perdona!

¡Habla, y hazme feliz. . ! ¡Ay! yo te he visto,
La bella frente de dolor nublada,
Alzar los ojos implorando al cielo.
Yo recojí las lágrimas, que en vano
Pretendiste ocultar; tu blanca mano
Estreché al corazon lleno de vida
Que por tu amor palpita, y azorada
Me apartaste de tí con crudo ceño:
Volví á cojer tu mano apetecida,
Sollozando á mi ardor la abandonaste,
Y mientras yo ferviente la besaba.
Bajo mis labios áridos temblaba.
¡Te fingirás acaso
Delito en mi pasion? Hermosa mia,
No temas al amor: un pecho helado,
Al dulce fuego del sentir cerrado,
Rechaza la virtud, á la manera
De la peña que en vano
Riega en torrentes la afanosa lluvia,
Sin que fecunde su fatal dureza;
Y el amor nos impone
Por ley universal naturaleza.

Rosa de nuestros campos, ¡ah! no temas
Que yo marchite con aliento impuro
Tu virginal frescor. ¡Ah! ¡te idolatro . . !
Eres mi encanto, mi deidad, mi todo.
¡Unico amor de mi sencillo pecho!
Yo bajara al sepulcro silencioso

Por hacerte feliz. . . . Ven á mis brazos,
Y abandónate á mí; ven, y no temas.
La enamorada tórtola tan solo
Sabe aqúeste lugar, lugar sagrado
Ya de hoy mas para mí. . . ¡Su canto escuchas,
Que en dulce y melancólica ternura
Baña mi corazon. . . ? Déjame, amada,
Sobre tu seno descansar. . . . ¡Ay! vuelve. . . .
Tu rostro con el mio
Une otra vez, y tus divinos labios
Impriman á mi frente atormentada
El beso del amor. . . . Idolo mio,
Tu beso abrasador me turba el alma:
Toca mi corazon, ¡cuál late ansioso
Por volar hácia tí. . . ! Deja, adorada,
Que yo te estreche en mis amantes brazos
Sobre este corazon que te idolatra.
¡Le sientes palpar? ¡Ves cuál se ajita
Abasado en tu amor? ¡Pluguiera al cielo
Que á tí estrechado en sempiterno abrazo
Pudiese yo espirar. . . . ! ¡Gozo inefable,
Aura de fuego y de placer respiro!
Confuso me estremezco:
¡Ay! mi beso recibe. . . . yo fallezco. . . .
Recibe, amada, mi postrer suspiro.

EN MI CUMPLEAÑOS.

Gustavi. . . paululum mellis, et ecce morior.

1. REG. XIV. 43.

VOLARON ¡ay! del tiempo arrebatados
Ya diez y nueve Abriles desde el día
Que me viera nacer, y en pos volaron
Mi niñez, la delicia y el tormento
De un amor infeliz. . .

Con mi inocencia
Fuí venturoso hasta el fatal momento
En que mis labios trémulos probaron
El beso del amor. . . . ¡beso de muerte!
¡Orígen de mi mal y llanto eterno!
Mi corazón entonces inflamaron
Del amor los furores y delicias,
Y el terrible huracan de las pasiones
Mudó en infierno mi inocente pecho,
Antes morada de la paz y el gozo.
Aquí empezó la bárbara cadena
De zozobra, inquietudes, amargura
Y dolor inmortal, á que la suerte
Me ató despues con inclemente mano
Cinco años há que entre tormentos vivo,
Cinco años há que por do quier la arrastro,
Sin que me haya lucido un solo día
De ventura y de paz. Breves instantes
De pérfido placer, no han compensado

El tedio y amargura que rebosa
Mi triste corazon, á la manera
Que la luz pasajera
Del relámpago raudo no disipa
El horror de la noche tempestuosa.

El insano dolor nubló mi frente,
Do el sereno candor lucir se via,
Y á mis amigos plácido reia;
Marchitando mi faz, en que inocente
Brillaba la espresion que amor inspira
Al rostro juvenil... ¡Cuán venturoso
Fuí yo entonces, ¡oh Dios! Pero la suerte
Bárbara me alejó de mi adorada.
¡Despedida fatal! ¡Oh postrer beso!
¡Oh beso del amor...! Su faz divina
Miré por el dolor desfigurada.

Díjome ¡Adios! sus ayes
Sonaron por el viento,
Y ¡Adios! la dije en furibundo acento.

En Anáhuac mi fúnebre destino
Guardábame otro golpe mas severo.
Mi padre, ¡oh Dios! mi padre, el mas virtuoso
De los mortales.....¡Ay! la tumba helada
En su abismo le hundió. ¡Triste recuerdo!
Yo ví su frente pálida, nublada
Por la muerte fatal... ¡Oh, cuán furioso,
Maldije mi existencia,
Y osé acusar de Dios la Providencia.

De mi adorada en los amantes brazos
Buscando á mi dolor dulce consuelo,
Quise alejarme del funesto cielo
Donde perdí á mi padre. Moribundo
Del Anáhuac volé por las llanuras,
Y el mar atravesé. Tras él pensaba
Haber dejado el dardo venenoso
Que mi doliente pecho desgarraba;
Mas de mi patria saludé las costas,
Y su arena pisé, y en aquel punto
Le sentí mas furioso y ensañado
Entre mi corazon. Hallé perfidia,
Y maldad, y dolor.....

Desesperado,
De fatal desengaño en los furores
Ansié la muerte, detesté la vida:
¡Qué es ¡ay! la vida sin virtud ni amores?
Solo, insociable, lúgubre y sombrío,
Como el pájaro triste de la noche,
Por doce lunas el delirio mio
Gimiendo fomenté. Dulce esperanza
Vislumbróme despues: nuevos amores,
Nueva inquietud y afan se me siguieron,
Otra hermosura me halagó engañosa,
Y otra perfidia vil.....¡Querrá la suerte
Que haya de ser mi pecho candoroso
Víctima de doblez hasta la muerte?
¡Mísero yo! ¡Y hé de vivir por siempre

Ardiendo en mil deseos insensatos,
O en tedio insoportable sumergido?
Un lustro há que encendido
Busco ventura y paz, y siempre en vano.
Ni en el augusto horror del bosque umbrío
Ni entre las fiestas y pomposos bailes
Que á loca juventud llenan de gozo,
Ni en el silencio de la calma noche,
Al esplendor de la callada luna,
Ni entre el mugir tremendo y estruendoso
De las ondas del mar hallarlas pude.
En las fértiles vegas de mi patria
Ansioso me espacié; salvé el Océano,
Trepé los montes que de fuego llenos
Brillan de nieve eterna coronados,
Sin que sintiese lleno este vacío
Dentro del corazon. Amor tan solo
Me lo puede llenar: él solo puede
Curar los males que me causa impío.

Siempre los corazones mas ardientes
Meláncolicos son: en largo ensueño
Consigo arrastran el delirio vano
E impotencia cruël de ser dichosos.
El sol terrible de mi ardiente patria
Ha derramado en mi alma borrascosa
Su fuego abrasador: así me ajito
En inquietud amarga y dolorosa.
En vano ardiendo, con aguda espuela

Al generoso, volador caballo
Por llanuras anchísimas lanzaba,
Y su estension inmensa devoraba,
Por librarme de mí: tan solo al lado
De una muger amada y que me amase
Disfruté alguna paz.—LOLA divina,
El celeste candor de tu alma pura
Con tu tierna piedad templó mis penas,
Me hizo grato el dolor.....¡Ah! vive y goza;
Sé de Cuba la gloria y la delicia;
Pero á mí, ¡qué me resta, desdichado,
Sino solo morir.....?

Do quier que miro
El fortunado amor de dos amantes,
Sus dulces juegos é inocente risa,
La vista aparto, y en feroz envidia
Arde mi corazon. En otro tiempo
Anhelaba lograr infatigable
De Minerva la espléndida corona.
Ya no la precio: *amor, amor* tan solo
Suspiro sin cesar, y congojado
Mi corazon se oprime.....¡Cruel estado
De un corazon ardiente sin amores!

¡Ay! ni mi lira fiel, que en otros dias
Mitigaba el rigor de mis dolores,
Me puede consolar. En otro tiempo
Yo con ágiles dedos la pulsaba,
Y dulzura y placer en mí sentia,

Y dulzura y placer ella sonaba.
En pesares y tedio sumergido
Hoy la recorro en vano,
Y solo vuelve á mi anhelar insano
VOZ DE DOLOR Y CANTOS DE GEMIDO.

[*Diciembre de 1822.*]

A RITA L * * * *

¡Ay! ¿es verdad? ¡La delicada mano
Que al dulce beso del amor convida,
Y en sed inflama el anhelante labio,
Mis versos escribió; y este consuelo
Al insano pesar que me devora
Guardaba el justo cielo?
¡Encantadora jóven! Mas ufano
Con favor tan precioso,
Que con su vil poder el ambicioso,
Bendigo tu amistad, y satisfecho
Por nada trocaria
Mi humilde lira y mi sensible pecho.

Tal vez mientras su mano regalada
Mis venturosos versos escribia,
Allá en su alma ajitada
Mi destino infeliz compadecia,
Y un suspiro, una lágrima preciosa
A mí se consagró. . . . Dulces delirios,

¡Ay! no me abandoneis: gozo en idea
Lo que la dura suerte me ha vedado
Conseguir. . . . Sí, gustoso
Con la mitad de mi existencia triste
Comprara el bello instante
En que espresion divina de ternura
Me halagase en tu cándido semblante.
¡Y condenado á perennal tormento
Siempre habré de vivir? ¡Nunca mis ojos
En otros ojos hallarán ardiendo
La llama del amor? ¡Hasta la muerte
Gemiré de mis bárbaros pesares
Y tedio insoportable combatido?
¡No habrá un pecho clemente,
Que simpatice en mi cariño ardiente
Con este jóven triste y desgraciado?

Papel precioso, entre las prendas mías
Ocupa tu lugar: mil y mil veces
Mis labios encendidos
Sobre tí buscarán la dulce huella
De la mano ligera y delicada
Que se dignó escribirte: si la suerte
Me oprime despiadada,
Tú mi alivio serás: al contemplarte,
Mil plácidos recuerdos,
Me llenarán el alma
De celestial consuelo.

Cuando la muerte con funesto vuelo

Tienda sus alas en mi triste frente,
Recibirás sobre mi yerta boca
Mi último beso y mi prostrer suspiro. (1823.)

LA LAGRIMA DE PIEDAD.

¡Cómo exalta y diviniza
El rostro de la hermosura
La espresion celeste y pura
De la sensibilidad!

¡Cuán estático, mi amiga,
Tu semblante contemplaba,
Cuando en tus ojos temblaba
La lágrima de piedad!

Grata es la luz apacible
Que Occidente nos envía,
Cuando al espirante día
Sepulta la eternidad.

Del crepúsculo es la hora
Grata al alma pensativa;
Pero muy mas la cautiva
La lágrima de piedad.

Ved á la vírgen amable
Cuanto mas bella se ostenta,
Si al pobre anciano alimenta
Con modesta caridad.

¡Y lo niega ruborosa!

¡Es un ángel, ó una bella . . . ?
¡Ved. . . . ! en sus ojos centella
La lágrima de piedad.

El delicioso rocío
Que vierte nocturno cielo,
Llanto es, y al árido suelo
Torna frescura y beldad.

Cuajado sobre las flores,
¡Cómo en la luz resplandece!
Pero su brillo oscurecé
La lágrima de piedad.

¡Cuánto es horrible la vida
Al que ama desesperado!
¡Cómo del objeto amado
Le atormenta la beldad!

¡Una lágrima . . . ! Bendigo
Todo el rigor de mi suerte. . .
¡Es el amor quien la vierte,
O es lágrima de piedad?

¡Oh mi bien! ¡Ay. . . ! No te ofenda
El escuchar que te adoro:
Nos divide, no lo ignoro,
Tirana desigualdad.

Nada exijo . . . ¡Por ventura
Deberás negar impía
A la triste pasión mía
Lágrimas ¡ay! de piedad?

PARA GRABARSE EN UN ARBOL.

ARBOL, que de FILENO y su adorada
Velaste con tu sombra los amores,
Jamás del can ardiente los rigores
Dejen tu hermosa pompa marchitada.

Al saludar tu copa embovedada,
Palpiten de placer los amadores,
Y celosos frenéticos furores
Nunca profanen tu mansion sagrada.

Adios, árbol feliz, árbol amado:
Para anunciar mi dicha al caminante
Guarde aquesta inscripcion tu tronco añoso:

*Aquí moró el placer: aquí premiado
Miró FILENO al fin su ardor constante:
Sensible amó, le amaron, fué dichoso.*

RECUERDO.

DESPUNTA apenas la rosada aurora:
Plácida brisa nuestras velas llena;
Callan el mar y el viento, y solo suena
El rudo hendir de la cortante prora.

Yo separado ¡ay! de mi señora,
Gimo no mas en noche tan serena:
Dulce airecillo, mi profunda pena
Lleva al objeto que mi pecho adora.

¡Oh cuántas veces, al rayar el día,

Ledo y feliz, de su amoroso lado
Salir la luna pálida me vía!

Huye, memoria de mi bien pasado:
¿Que sirves ya? Separacion impía
La brillante ilusion ha disipado.

RENUNCIANDO A LA POESIA.

Fue tiempo en que la dulce poesía
El eco de mi voz hermosëaba,
Y amor, virtud y libertad cantaba
Entre los brazos de la amada mia.

Ella mi canto con placer oia,
Caricias y placer me prodigaba,
Y al puro beso que mi frente hollaba
Muy mas fogosa inspiracion seguia.

¡Vano recuerdo! En mi destierro triste
Me deja Apolo, y de mi mustia frente
Su sacro fuego y esplendor retira.

Adios, ¡oh musa! que mi gloria fuiste:
Adios, amiga de mi edad ardiente:
El insano dolor quebró mi lira.

A LA SEÑORA MARIA PAUTRET

Hija de la beldad, ninfa divina,
¿Cuál es el alma helada

Que al girar de tu planta delicada
No se embriaga en placer? La orquesta suena,
Y al compás de sus ecos presurosos,
De florida beldad y gracia llena
Te lanzas tú veloz . . . ¡Oh! ¡quién podría
Tu elegancia, viveza inimitable
Y tu hechizo pintar? La lira mia
No espresa el vivo ardor que mi alma siente;
La arrojo despechado. . . .

El pecho que palpita contrastado
Es en su ajitacion mas elocuente.

¡Ninfa del Bétis claro! Si en los dias
De la Grecia feliz brillado hubieras,
Mas espléndido triunfo consiguieras.
El pueblo enajenado,
Al verte de ese cuerpo regalado
En el baile ostentar las formas bellas,
Que llaman ¡ay! los besos y caricias,
La musa de la danza te juzgara,
Y su incienso quemara
En tus altares de oro. Sus delicias
Fueras y su deidad.

Cuando serena
Vuelas girando, como el aura leve,
¡Cuál me arrebatas. . . ! Trémulo, suspenso,
Me embriaga la sonrisa
De tu rosada boca,
Que al dulce beso del amor provoca;

Y estático, embebido,
Cuando tiendes los brazos delicados,
Mostrando los tesoros de tu seno,
Mis infortunios, mi penar olvido;
Y en el soberbio techo estremecido
De aplauso universal retumba el trueno.

Oyelo, goza, y en tu gloria pura
El galardón de tu talento hermoso
Grata recibe. México te aclama
Hermana de Terpsícore sublime,
Y su delicia y su deidad te llama.
De la danza fugaz reina y señora,
El himno escucha que mi voz te canta:
Vuela, ninfa gentil, vuela y encanta
Al pueblo que te aplaude y que te adora.
(1826.)

EN LA REPRESENTACION DE OSCAR

DE un amor delincuente devorado
El infeliz OSCAR se ajita y gime.
¡Ay! sus combates y dolor sublime
¿Quién podrá contemplar con pecho helado?
Vedle temblar, y reprimirse al lado
De MALVINA, y volar á los desiertos
A ocultar su vergüenza y sus furores.
Le es insufrible de Morven la estancia,

Do ve á MALVINA, y dobla su tormento:
¡A qué apurar con impetuoso acento
Su ya débil y lánguida constancia?
¡Oh! dejadle morir: ¡la tumba sola
Puede apagar la inestinguible hoguera
De tan funesto amor....! Ya no resiste
Y enfurecido y ciego,
Su espantosa pasión revela el triste.

Y DERMIDIO, *su amigo.... ¡su asesino!*
Lleva á sus labios áridos la copa
De pérfido placer; mas al instante
Se la arrebatada.... Su alma delirante
Por el mortal veneno,
De amor celoso gime contrastada;
Provoca, lidia, y la fatal espada
Del amigo infeliz clava en el seno.

Víctima infausta de feroz delirio
Vagar le miro luego
Por la fúnebre selva. Todo calla:
Le cercan los sepulcros silenciosos:
¡Salvadme, grita, y oponed piadosos
Entre el crimen y OSCAR una muralla....!
¡Vano anhelar....! Las manos homicidas
Tiene empapadas del amigo en sangre,
Y le sigue do quier su sombra yerta:
Para colmo de horror cobra el sentido;
Ve su crimen atroz y confundido
Se hunde en la tumba que la aguarda abierta

¡OSCAR, Misero OSCAR! ¡Ah! yo no ignoro
Lo que es una pasion desesperada,
Y en torno miro de la frente amada
Los tristes rayos del poder y el oro.
¡Oh, cuánto es duro en la abrasada frente
Fingir serenidad, ahogar el llanto,
Y en lucha eterna y en dolor eterno
Ajitarse y gemir. . . .! ¡Ay! fatigada
Advierto mi razon, y bien conozco
Que turbándose vá.—¡Mísero Taso,
Seré tal vez tu igual en desventura,
Pero en gloria jamas. . . .!—¡Ah! mi locura
Me arrastra. . . . ¡Do fué OSCAR. . . . GARAY mi
Sublime actor, Melpómene severa (amigo,
Te presta su puñal: con mano fiera
Víbralo tú, y en poderoso encanto
Al pueblo estremecido que te admira,
Con tu talento irresistible inspira
Terror profundo, compasion y llanto.

A LA ESTRELLA DE VENUS.

ESTRELLA de la tarde silenciosa,
Luz apacible y pura
De esperanza y amor, salud te digo,
En el mar de Occidente ya reposa

La vasta frente del sol, y tú en la altura
Del firmamento solitaria reinas.

Ya la noche sombría
Quiere tender su diamantado velo,
Y con pálidas tintas baña el suelo
La blanda luz del moribundo día.
¡Hora feliz y plácida cual bella!
Tú la presides, vespertina estrella.

Yo te amo, astro de paz. Siempre tu aspecto
En la callada soledad me inspira
De virtud y de amor meditaciones.
¡Qué delicioso afecto
Escita en los sensibles corazones
La dulce y melancólica memoria
De su perdido bien y de su gloria!
Tú me la inspiras. ¡Cuántas, cuántas horas,
Viste brillar serenas
Sobre mi faz en Cuba. . . ! Al asomarse
Tu disco puro y tímido en el cielo,
A mi tierno delirio daba rienda
En el centro del bosque embalsamado,
Y por tu tibio resplandor guiado
Buscaba en él mi solitaria senda.

Bajo la copa de la palma amiga,
Trémula, bella en su temor, velada
Con el mágico manto del misterio,
De mi alma la señora me aguardaba.
En sus ojos afables me reían

Ingenuidad y amor: yo la estrechaba
A mi pecho encendido,
Y mi rostro feliz al suyo unido,
Su balsámico aliento respiraba.

¡Oh goces fugitivos
De placer inefable! ¡Quién pudiera
Del tiempo detener la rueda fiera
Sobre tales instantes. . . .!
Yo la admiraba estático: á mi oído
Muy mas dulce que música sonaba
El eco de su voz, y su sonrisa
Para mi alma era luz. ¡Horas serenas,
Cuya memoria cara
A mitigar bastara
De una existencia de dolor las penas!
¡Estrella de la tarde! ¡cuántas veces
Junto á mi dulce amiga me mirabas
Saludar tu venida, contemplarte,
Y recibir en tu amorosa lumbre
Paz y serenidad. . . . !

Ahora me miras
Amar tambien, y amar desesperado.
Huir me ves al objeto desdichado
De una estéril pasión, que es mi tormento
Con su belleza misma;
Y al renunciar su amor, mi alma se abisma
En el solo y eterno pensamiento
De amarla, y de llorar la suerte impía

Que por siempre separa
Su alma del alma mia.

(1826.)

ADIOS.

BELLEZA de dolor, en quien pensaba
Fijar mi corazon, y hallar ventura,
¡Adios te digo, adios!—Cuando miraba
Respirar en tu frente calma y pura
El ingenuo candor, y en tu sonrisa
Y en tus ojos afables
Brillar la inteligencia y la terunra,
Necio me aluciné. Mi fantasía,
A la imájen de amor siempre inflamable,
En tu bello semblante me ofrecia
Facciones que idolatro; y embebido
En esperanza dulce y engañosa,
Pensaba en tí cobrar mi bien perdido.

Mas ¡ay! veloz desapareció cual niebla
Mi halagüena ilusion. En vano ansiaba
En tu pecho encontrar la fuente pura
Del delicado amor, del sentimiento.
Tan solo caprichosa en él domina
Triste frivolidad, que me arrastrara
De tormento en tormento
A un abismo de mal, llanto y ruina.

¡Qué suplicio mayor que amar de veras,
Y mirar profanado, envilecido,
El objeto que se ama, y que pudiera
Ser amor de la tierra, si estuviera
De pudor y modestia revestido!

¡Pérfida semejanza. . . ! Si tu pecho,
Como tu faz imita la que adoro,
De prendas y virtud igual tesoro
En su seno guardara,
¡Cuál fuera yo feliz! ¡Cómo te amara
Con efusion inmensa de ternura,
Y á labrar tu ventura
Mi juventud ardiente consagrara. . . !

Caminas presurosa
Por la senda funesta del capricho,
A irreparable mal y abismo fiero
De ignominia y dolor. . . . ¡Mísero en vano!
En mi piedad ansiosa
He querido tenderte amiga mano.
La esquivaste orgullosa. . . .—¡Adios! yo espero
Que al fin vendrás á conocer con llanto
Si era fino mi afecto, si fué pura
Y noble mi piedad.—Ya te desamo,
Que es imposible amar á quien no estima,
Y solo en compasion por tí me inflamo.

¡No te maldigo, no! ¡pueda lucirte
Sereno el porvenir, y de mi lábio
El vaticinio fúnebre desmienta!

A mi pecho ajitado
Será continuo torcedor la vista
De tu infausta beldad, y desolado
Tu suerte lloraré. Si acaso un día
Sufres del infortunio los rigores,
Y á conocerme aprendes, en mi pecho
Encontrarás, no amor, pero indulgencia,
Y el afecto piadoso de un amigo.
¡Belleza de dolor! Adios te digo.

(1826.)

A MI AMANTE.

Es media noche: pavorosa calma
Y silencio profundo
El sueño vierte al fatigado mundo,
Y yo velo por tí, mi dulce amante.
¡En qué delicia el alma
Enajena tu plácida memoria!
Unico bien y gloria
Del corazon mas fino y mas constante,
¡Cuál te idolatro! De mi ansioso pecho
La agitacion lanzaste y el martirio,
Y en mi tierno delirio
Lleno de tí contemplo el universo.
Con tu amor inefable se embellece
De la vida el desierto,

Que desolado y yerto
A mi tímida vista parecía,
Y cubierto de espinas y dolores.
Ante mis pasos, adorada mia,
Riégalo tú con inocentes flores.

Y tú me amas ¡oh Dios! ¡cuánta dulzura
Siento al pensarlo! De esperanza lleno,
Miro lucir el sol puro y sereno,
Y se anega mi sér en su ventura.
Con orgullo y placer alzo la frente
Antes nublada y triste, donde ahora
Serenidad respira y alegría.
Adorada señora
De mi destino y de la vida mia,
Cuando yo tu hermosura
En un silencio religioso admiro,
El aire que tú alientas y respiro
Es delicia y ventura.

Si pueden envidiar los inmortales
De los hombres la suerte,
Me envidiarán al verte
Fijar en mí tus ojos celestiales
Animados de amor, y con los míos
Confundir su ternura.
O al escuchar cuando tu boca pura
Y tímida confiesa
El inocente amor que yo te inspiro:

Por mí exhalaste tu primer suspiro,
Y á mí me diste tu primer promesa.
¡Oh! luzca el bello día
Que de mi amor corone la esperanza,
Y ponga el colmo á la ventura mia.
Cómo, de gozo lleno,
Inseparable gozaré á tu lado,
Respiraré tu aliento regalado,
Y posaré mi faz sobre tu seno.

Ahora duermes tal vez, y el sueño ajita
Sus tibias alas en tu calma frente,
Mientras que blandamente
Solo por mí tu corazon palpita.
Duerme, objeto divino
Del afecto mas fino,
Del amor mas constante;
Descansa, dulce dueño,
Y entre las ilusiones de tu sueño
Levántese la imájen de tu amante.

(Abril de 1827.)

LA ASUENCIA.

CUANDO angustiado gimo
En esta ausencia impía,
Escucha, amada mia,
La voz de mi dolor.

Y cuando aquestos versos
Repitas con ternura,
Júrame en tu alma pura
Fino y eterno amor.

¿Quién me quitó tu vista?
¿Quién ¡ay! tu dulce lado?
Objeto idolatrado,
¿Quién te me arrebató?

Mientras otros prodigan
En vicios su riqueza,
La bárbara pobreza
De tí me separó.

De ella con mis afanes
Alcanzaré victoria,
Y entre placer y gloria
A tí me reuniré.

Te estrecharé á mi seno,
Te llamaré mi esposa,
Y en union deliciosa
Contigo viviré.

Si no muda mi suerte,
Si aun me persigue el hado,
Nunca, dueño adorado,
Mis votos burlarán.

Pues pobre te haré mia,
Y de ventura lleno
Te acostaré en mi seno,
Te haré comer mi pan.

Mas no; dulce esperanza,
Me halaga en lo futuro,
Y de tu amor seguro
Pongo mi vida en tí.

Cuando suspiro triste,
Sé que en aquel instante
Tu corazon amante
Palpita fiel por mí.

Sufre, cual yo, y espera,
Objeto á quien adoro,
Mi gloria, mi tesoro,
Divinidad mortal.

Piensa en mi amor constante;
Y la esperanza amiga
Alivie la fatiga
De ausencia tan fatal.

[*Julio de 1827.*]

A MI ESPOSA, EN SUS DIAS.

¡Oh cuán puro y sereno
Despunta el sol en el dichoso dia
Que te miró nacer, Esposa mia!
Héme de amor y de ventura lleno.

Puerto de las borrascas de mi vida,
Objeto de mi amor y mi tesoro,
¡Con qué afectuosa devoción te adoro,

Y te consagro mi alma enternecida!
Si la inquietud ansiosa me atormenta,
Al mirarte recobro
Gozo, serenidad, luz y ventura;
Y en apacibles lazos
Feliz olvido en tus amantes brazos
De mi poder funesto la amargura.

Tú eres mi ángel de consuelo,
Y tu celestial mirada
Tiene en mi alma enajenada
Inesplicable poder.

Como el íris en el cielo
La fiera tormenta calma,
Tus ojos bellos del alma
Disipan el padecer.

Y ¡cómo no lo hicieran,
Cuando en sus rayos lánguidos respiran
Inocencia y amor? Quieran los cielos
Que tu día feliz siempre nos luzca
De ventura y de paz, y nunca turben
Nuestra plácida union los torpes celos.
Esposa la mas fiel y mas querida,
Siempre nos amarémos,
Y uno en otro apoyado, pasarémos
El áspero desierto de la vida.

Nos amarémos, ESPOSA,
Mientras nuestro pecho aliente:
Pasará la edad ardiente,

Sin que pase nuestro amor.

Y si el infortunio vuelve
Con su copa de amargura,
Respete tu frente pura,
Y en mí cargue su furor.

(*Noviembre de 1827.*)

ATALA.

DESDE que te miré, jóven hermoso,
Sentado á par de la luciente hoguera,
Por mis venas corrió fuego dichoso,
Que no puedo explicar. ¡Quién á tu lado
Siempre vivir pudiera,
Y consolar tus males,
Y tu gozo partir! ¡Fuérame dado
Romper osada tu cadena dura,
Y en la profundidad de los desiertos
Gozar contigo sin igual ventura!
Mas ¡ay! no la gozara, que al mirarte
Me siento estremecer: quédanse yertos
Mis miembros todos, y azorado late
Mi corazón en el ansioso pecho.
¡Cuán extraña es mi suerte!
En tu presencia tiemblo, y si te partes
Ansío, me ajito por volver á verte.

Al punto que te miro,
Gallardo prisionero,
Huir de tu vista quiero,
Y no te puedo huir.

Con languidez suspiro
Al verte que suspiras,
Y lánguido me miras,
Y pienso yo morir.

Ayer tarde le ví junto á la fuente
A mi lado correr: temblé, y ardiente
Estrechando mi mano, así me dijo:
“Desde que te miré la vez primera,
“El sueño huyó de mis ardientes ojos.
“La memoria feliz de tu hermosura
“En mi pecho se iguala
“Con la memoria dulce y lisonjera
“De la cabaña en que nací.... ¡Oh ATALA!
“Mal puede responder á tus amores
“Un corazon que aguarda los horrores
“Del suplicio fatal...”

¡Cielos! mi amado
Sin mí perecerá... Salvarle es fuerza,
Y en su fuga seguirle....
¡Qué han menester los hijos de los bosques
Para vivir? En su follaje verde
Felice techo nos dará la encina.
Saldrá el brillante sol, y á par sentados
Al márjen del torrente bullicioso,

Verémos con placer su luz divina.
O á la sombra de un álamo frondoso,
Los dos triscando en deliciosa fiesta,
Mirarémos pasar la ardiente siesta,
Y él me dirá palabras misteriosas,
Y yo responderé con tierno acento:
“ ¡Oh CHACTAS! ¡oh mi amor! Tu bello rostro
“ Es mas grato de ATALA al blando pecho
“ Que la sombra del bosque á medio dia,
“ O los silbidos del furioso viento,
“ Cuando sacuden la cabaña mia
“ En medio de la noche silenciosa.”
Así diré: me estrecharán sus brazos,
Me llamará su esposa;
Y escuchará el desierto mis amores,
Y alegres repitiendo el canto mio,
CHACTAS y ATALA volverá la selva,
CHACTAS y ATALA el resonante rio.

¡Oh placer sin igual! . . . Pero mi madre. . .
¡Oh memoria de horror! . . ! ¡Funesto lazo!
¡Oh temerario voto detestable!
¡Ay! la sombra implacable
De mi madre infeliz do quier me sigue,
Y en pavorosa voz me anuncia muerte.
Yo no la temo, no: venga, termine
El horror de mi suerte.
Evíteme ¡ay! el bárbaro martirio
De á CHACTAS, adorar y abandonarle.

¡Abandonarle! ¡oh Dios! El blanco lirio,
Cuando con majestad sobre su tallo
Mécele fácil apacible brisa,
No es mas gallardo y bello que mi amante
El olor de la rosa
Es menos grato al corazon de ATALA
Que de su boca el encendido aliento.
¡Y le habré de olvidar...? Vuela el colibri
De un bosque al otro, y su pequeña esposa
Parte ráuda tras él... ¡Mi suerte impía
Volar me niega tras la prenda mia...!

LA RESOLUCION.

¡NUNCA de blanda paz y de consuelo
Gozaré algunas horas? ¡Oh terrible
Necesidad de amar. . . .!

Del Océano

Las arenosas y desnudas playas,
Devoradas del sol de medio dia,
Son imájen terrible, verdadera,
De mi ajitado corazon. En vano
A ellas el padre de la luz envía
Su ardor vivificante, que honra y viste
De fresca sombra y flores el otero.
Así el amor, del mundo la delicia,
Es mi tormento fiero.

¿De qué me sirve amar sin ser amado?

Angel consolador, á cuyo lado
Breves instantes olvidé mis penas,
Es fuerza huir de tí: tú misma diste
La causa . . ¡Me estremezco! . . Alma inocente,
¡Ay! curar anhelabas las heridas
Que yo desgarré con furor demente.
La furia del amor entró en mi seno,
Y el dulzor amargó de tus palabras,
Y el bálsamo feliz tornó veneno.

Me hablabas tierna: con afable rostro
Y con trémulo acento
La causa de mi mal saber querías,
Y la amargura de las penas mías
Templar con tu amistad. ¡Cuánto mi pecho
Palpitaba escuchándote. . . . ! Perdido,
A feliz ilusion me abandonaba,
Y de mi amor el mísero secreto
Entre mis labios trémulos erraba.
Alcé al oírte la abatida frente,
Y te miré con ojos do brillaba
La mas viva pasion. . . . ¡No me entendiste?
¡No eran bastantes ¡ay! á revelarla
Mi turbacion, de mi marchito rostro
La palidez mortal . . . ? ¡Muger ingrata,
Mi delirio cruel te complacia. . . !
¡Ay! nunca salga de mi ansioso pecho
La fatal confesion: si no me amas,

Moriré de dolor, y si me amases. . . .
¡Amarme tú. . . .? ¡Yo tiemblo. . . ! Alma divina,
¡Tú amar á este infeliz, que solo puede
Ofrecerte su llanto y la tibieza
De un desecado corazon? ¡Tú, bella
Mas que la luna si en el mar se mira,
Unirte á los peligros y pesares
De este triste mortal. . . ? ¡Jamás!—Huyamos
De su presencia, donde no me angustie
Su injuriosa piedad. . . .

¡Adios! Yo quiero
Ser inocente, y no perderte. . . . Amiga,
Amiga deliciosa, nunca olvides
Al mísero FILENO, que á tu dicha
Sacrifica su amor: él en silencio
Te adorará, gozándose al mirarte
Tan feliz como hermosa,
Mas nunca ¡oh Dios! te llamará su esposa.
[Agosto de 1823.]

A MI QUERIDA.

VEN, dulce amiga, que tu amor imploro:
Luzca en tus ojos esplendor sereno,
Y baje en ondas al ebúrneo seno
De tus cabellos fúlgidos el oro.
¡Oh mi único placer! ¡oh mi tesoro!

¡Cómo de gloria y de ternura lleno,
Estático te escucho, y me enajeno
En la argentada voz de la que adoro!

Recíbate mi pecho apasionado:
Ven, hija celestial de los amores,
Descansa aquí, donde tu amor se anida.

¡Oh! nunca te separes de mi lado;
Y ante mis pasos de inocentes flores
Riega la senda fácil de la vida.

(1819.)



IMITACIONES.



PLAN DE ESTUDIOS.

¡A Minerva te consagras?
Perdone amor tu imprudencia.
Advierte que tanta ciencia
No es propia de la beldad.

No tu sencillez: conserva,
Y esa feliz ignorancia
Que la deliciosa infancia
Te recuerdan sin cesar.

Sigue la antigua creencia;
Y tu culto candorosa
Rinde al ara venturosa
Del omnipotente amor.

Aqueste dios indulgente
Profesa la tolerancia;
Y á la pérfida inconstancia
Reserva el crudo rigor.

Ya del gusto el dios amable
Te reveló cuidadoso
El arte voluptuoso
Que Terpsícore inventó.

Sabes de amor gratos himnos,
Y juntas con ágil mano

Los acentos del piáno
A tu deliciosa voz.

En el mapa nunca busques
Los climas tristes, lejanos,
Que de griegos y romanos
Vieron el bélico ardor.

No busques al Samoyedo,
Que en clima de hielo eterno
Sufre de perenne invierno
La tristeza y el horror.

Busca en él á Idalia bella,
Donde la diosa de amores
Brinda á sus adoradores
Inestimable favor.

No lejos yacen las playas
Do Leandro espiró rendido,
Y en que la mísera Dido
Fué víctima del amor.

De la política historia
En la cansada lectura,
Crímen, furor y locura
Tus ojos fatigarán.

No: la crónica de Páfos
Aprenderás en Ovidio,
Librándote del fastidio
Que los otros te darán.

La ciencia mas importante
Es la de ser venturosa;

Conmigo, jóven hermosa,
Queriendo, la aprenderás.
Mucho adelantado tienes,
Pues que supiste agradarme:
Yo te amo. . . . Sabiendo amarme,
No quieras aprender mas.

(1822.)

EN EL *ALBUM* DE UNA SEÑORITA.

CUAL suele en mármol sepulcral escrito
Un nombre detener al pasajero,
Pueda en aquesta página mi nombre
Fijar tus ojos ¡ay! por los que muero.
Míralo, cuando ya de tí apartado
No te pida mi amor mas recompensa:
De mí te acuerda como muerto, y piensa
Que aquí mi corazon queda enterrado.

EL MANZANILLO (*).

“¡CUAN dulce será en tu boca,
“ZARINA, el beso de amor!”

(*) Este hermoso árbol crece junto al mar en Cuba y en las otras Antillas. Su frescura y olor suave convidan al descanso en el ardor del día. El que seducido se reclina bajo su magnífica sombra, cae presto en un sueño apacible, y este sueño, según dicen, es la muerte.

Así á la bella cubana

Habla el cacique feroz.

“¡Oh NELUSKO!” ella responde,

Trémula ya de pavor,

“Tu prepotencia respeto,

“Mas mi cariño es de Azor.”

En el pecho del cacique

Despierta la indignacion,

Y furibundo la dice:

“Yo te amo, y soy tu señor. . . .

“Aquesta noche en la playa

“Me aguardarás;” y partió.

ZARINA desesperada

En tan cruda situacion,

Debajo de un manzanillo

La triste cita esperó.

“Ven ¡oh NELUSKO!” cantaba

Con desfallecida voz,

“Pues cierras el duro pecho

“Al grito de mi dolor.

“De las cumbres se desata

“El huracan bramador,

“Y el mar y ajitada selva

“Le saludan con horror.

“¡Ay! pronto las palmas tiernas

“Destrozará su furor,

“Cual tú desgarras impío

“Mi pecho y el de mi Azor.

“Ven, satisface inhumano
“Tu tiránica pasión;
“Mas será helada y sombría
“Esta noche de tu amor
“Y tú de un tirano fiero
“Víctima triste, cual yo,
“Objeto de mi cariño,
“En otro mundo mejor
“Te espero, do nadie diga:
“*Yo te amo, y soy tu señor.*”

Sus párpados lagrimosos
Iba cerrando veloz
La muerte, cuando á sus plantas
Llega rápido su Azor.
Afanoso la buscaba:
Apenas reconoció
El funesto árbol, se llena
De sorpresa y de terror.
De la mortífera sombra
En sus brazos la sacó:
“¿Qué ibas á hacer, infelice...?”
—“Sacrificarme á tu amor.”
El con ardientes caricias
Serena su corazón:
Entonces llega NELUSKO,
Y fiero le dice AZOR:
“Tengo arco, flechas, macana,
“Robusto brazo y valor;

“Y el que á ZARINA pretenda,
“Espere la destruccion.”

El atónito cacique
Le oye con mudo furor,
Y cede, al ver del amante
La firme resolucion.

Así el torrente que inunda
Los campos asolador,
En la base de ancha peña
Quiebra el ímpetu feroz.

LA CAIDA DE LAS HOJAS.

DE Otoño el viento la tierra
Llenaba de hojas marchitas,
Y en el valle solitario
Mudo el ruiseñor yacia.
Solo y moribundo un jóven
Lentamente recorria
El bosque donde jugaba
En sus niñeces floridas.

“Adios, adorado bosque;
“Voy á morir,” le decia,
“Y mi fin desventurado,
“Tus hojas, ¡ay! vaticinan.
“La enfermedad que mi seno
“Está devorando impía,

“Pálido, cual flor de Otoño,
“Hácia el sepulcro me inclina
“Apenas breves instantes
“Disfruté la dulce vida,
“Y siento mi Primavera
“Cual sueño desvanecida.
“Caed, efímeras hojas,
“Y por el suelo tendidas,
“A mi desolada madre
“Ocultad mi tumba fria.
“Mas si mi amante velada
“Viene en la tarde sombría
“A llorar en mi sepulcro,
“Agitandoos conmovidas,
“Despertad mi triste sombra,
“Y su fiel llanto reciba.”

Dijo, y partió. . . . ¡para siempre!
Murió, y al tercero día
La sepultura le abrieron
Bajo de la árida encina.
Su madre [¡ay! por poco tiempo]
Vino á llorarle aflijida;
Pero no su infiel amante,
Como el infeliz creía.
Solo del pastor los pasos
En aquella selva umbría
Perturban hoy el silencio
En torno de sus cenizas.

VERSOS ESCRITOS

EN EL GOLFO DE AMBRACIA.

DEL cielo aislada en el azul profundo,
Brilla de Accio en el mar la luna hermosa;
En estas olas por Cleopatra odiosa
Perdióse el cetro del antiguo mundo.

De ambicion el frenético demonio
Dió aquí sepulcro á miles de romanos,
Y tantos sacrificios hizo vanos
Por seguir á su amada el vil Antonio.

Perdona, LISI: que mi voz severa
No escite de tu pecho los enojos:
Perder no puedo un mundo por tus ojos,
Mas ni por todo un mundo te perdiera.

RECUERDOS TRISTES.

SALVE, asilo solitario,
De mis amores testigo,
Cuando en un techo conmigo
La triste LAURA vivió.

¡Ay! esta jóven, objeto
De mi dolor y ternura,
Descansa en la sepultura
Que sus gracias devoró.

En esta calle sombrosa
A mi lado paseaba,
Y con delicia pensaba
Que nos íbamos á unir.

Con ceguedad la infelice,
Condenada por la suerte,
Ya en los brazos de la muerte
Me hablaba de porvenir.

Una lánguida sonrisa
Vagaba por su semblante,
Y disipaba un instante
Su profunda palidez.

Y yo triste, desolado,
Viendo con terror su calma,
En el fondo de mi alma
Lloraba ya mi viudez.

Mas entre los matorrales,
Del alto bosque en la orilla,
Resuena la campanilla....
¡Oh recuerdos de dolor!

Es la cabra, que muy tarde
A su seno desecado
Un bálsamo regalado
En su leche prodigó.

Guárdala, cabra querida,
De toda extranjera mano:
Un día, tal vez ya cercano,
De tí necesitaré.

Marchita siento inclinarse
La flor de mi vida triste:
El favor que á LAURA hiciste
Lánguido te pediré.

Pero ya baja la noche,
Y su tenebroso velo
Envuelve la tierra y cielo
En silencio y en horror.

En la oscuridad profunda
Aun la casa ver quisiera
Donde ya nadie me espera,
Donde no habita mi amor.

LA FLOR.

Flor solitaria y modesta
Que del valle fuiste honor,
Tus restos vagan marchitos
Al soplo del aquilon.

Igual suerte nos oprime;
Cedemos al mismo Dios;
Una hoja te quita el viento,
Y un placer me dice adios.

Ayer la bella pastora,
Viendo tu fresco verdor,
Que su hermosura realzaras
Envanecida esperó.

Mas ¡ay! sobre el mustio tallo
Te inclinaste con dolor,
Y su amante cuidadoso
Encontrarte no logró.

A su vuelta suspiraba:
No te aflijas, ¡oh pastor!
Aun vive tu fiel amante;
Solo perdiste la flor.

¡Mísero! mi dulce amiga
Como una sombra pasó,
Y la dicha de mi vida
Cual sueño se disipó.

Bella fué, jóven y amable;
Su brillo se marchitó,
Y tres veces en su tumba
La yerba reverdeció.

¡Ay! escuchar imagino
Su dulce arjentada voz,
Y que me dice: *Te aguardo:*
¡Olvidaste ya mi amor....?

LA NOVIA DE CORINTO.

Vino un jóven de Aténas á Corinto
A celebrar el plácido himeneo
Que desde su niñez le preparaban
Sus padres y los padres de una jóven,

Por amistosos vínculos unidos.

El veneno fatal de la sospecha
Turbaba de su amor las ilusiones.
El y sus padres conservaron fieles
Su antigua fé: la jóven y los suyos
La fé de los cristianos profesaban.
Y ¿no será el rigor del nuevo culto
Al dulce premio de su amor contrario?
¿No hará temer sus votos encendidos,
Cual aroma de flor emponzoñada?

Llegó en la noche: la afanosa madre
Velaba sola, y recibióle atenta.
En el mismo aposento hospitalario
Le dió cena frugal, y retiróse,
Deseándole reposo y blando sueño.
Este recibimiento no disipa
Del jóven la inquietud; pero vencido
Por la fatiga se adormece al cabo.
Cerró el sueño sus párpados apenas,
Cuando escucha rumor, la puerta se abre,
Y apacible vision se le presenta.

A la luz de su lámpara sombría
Ve atónito llegársele una jóven
Con lentos pasos: blanco y largo velo
Eclipsaba su frente, que ceñía
Negra diadema, con estrellas de oro.
Al ver al jóven, tiembla, se detiene,
Y con acento doloroso, al cielo

Alza las manos pálidas, y esclama:

“ ¡Tan extranjera soy en mi familia,

“ Que del huésped ignoro la llegada!

“ Reposas en blanda paz, jóven viajero,

“ Y perdona mi error.”

“ No, no te partas,

“ Halagüeña beldad,” prorumpe el jóven.

“ De Céres y de Baco las delicias

“ Ven á gozar conmigo. Tu presencia

“ Inspira dulce amor. ¡Por qué aterrada

“ Te demudas así? ¡No eres la esposa

“ Que me destina el cielo? Ven, ¡oh amada!

“ No te alejes de mí, ven á mi seno,

“ Y hazme probar la celestial ventura.”

—“ Huye de mí, desventurado jóven;

“ Huye de la infeliz que ha renunciado

“ Los placeres y goces de la tierra.

“ Pasé el umbral. Mi madre moribunda

“ Ligóme ya con temerario voto

“ A su nueva deidad, sacrificando

“ La juventud y la naturaleza

“ Al porvenir. Nuestros antiguos dioses

“ De esta morada silenciosa huyeron,

“ Y hoy en nuevos altares adoramos

“ A un invisible sér, que habita el cielo,

“ Y no quiere aceptar en sacrificio

“ Toro feroz ni tímido cordero.

“ Tan solo admite víctimas humanas,

“ Y yo lo fuí.”

“Mi corazon no miente:

“ Eres mi esposa, y lo serás. El cielo

“ No acepta, no, tu temerario voto,

“ Ni dispensa los sacros juramentos

“ De nuestros padres.”

“Mísera.....!—Te engañas.

“ Tuya no puedo ser, amable jóven.

“ Condenada á gemir, cedo á mi hermana

“ Con tu precioso amor, los bellos dias

“ Que un hado mas feliz me destinaba.

“ Piensa al menos en mí: piensa en la triste

“ A quien sus penas y tu amor devoran:

“ Que te idolatra fiel, cuando en la tumba

“ A sepultarse vá.”

“¡Nunca! lo juro

“ Por nuestro fino amor! Tú serás mia;

“ Y pues el mismo cielo nos reune,

“ Vamos á celebrar el himeneo.”

Ella se ablanda, y truecan amorosos
De la jurada fé visibles prendas.

Recibe el jóven de su cara esposa

Una cadena de oro, y él la brinda

Una copa de plata. “No la acepto,”

Ella le dice: “no; de tus cabellos

“ Un rizo tomaré.”

La triste hora

De los manes llegábase, y la jóven
Tranquilizarse pareció: con ansia
Llevó á sus lábios pálidos un vino
De sangriento color, que aman los muertos;
Mas á pesar del ruego de su amado
El pan rehusó: la copa le presenta
Libada por sus labios, que él apura.
Al fin, aquella cena silenciosa
La hoguera del amor en él inflama.
Quiere al lecho nupcial llevar su esposa,
Y ella resiste, y consolarle intenta.
“ Me aflige tu dolor; mas si tocaras
“ En desnudez mis miembros, temblarias
“ Al ver lo que te cubre aqueste velo.
“ Blanca cual nieve, y como nieve yerta
“ Es la infeliz que quieres por esposa.”
“ Aun en la tumba misma,” dice el jóven,
“ Te reanimara con mi amor: mi aliento
“ El tuyo inflamará, y el beso mio
“ De ardiente vida llenará tu seno:
“ ¿No sientes, dí, la hoguera que me abrasa?”
Al corazon la estrecha: dulce llanto
Se une á su ardor: sus almas encendidas
Ya se confunden, y la triste prueba
El sublime placer de verse amada.
Pero el esposo en su feliz delirio
No siente palpitar contra su seno
Otro seno.

La madre de la jóven

Oye rumor, acércase y percibe
Los juramentos del amor mas fino,
De una mutua pasion las efusiones.

“¡Ay! por desgracia nuestra,” se decian,
“ El gallo matinal canta la aurora.
“ Separémonos, pues; pero mañana
“ La noche fiel nos reunirá,” y esucha
Del postrimero adios el dulce beso.
No puede contener su justa ira,
Y entra resuelta á confundir la esclava
Que en los brazos del jóven suponía.
Se acerca, y asombrada reconoce.
¡Cielo! ¡á su hija infeliz.!

El ateniense,
Lleno de turbacion, quiere ocultarla;
Mas ella lo resiste, y convertida
En aéreo fantasma, se alza y crece
Hasta llegar al techo.

“Madre mia,”

“Con un acento sepulcral esclama,
“ ¡Por qué turbais la noche de himeneo?
“ ¡No os bastaba tan jóven sepultarme?
“ Irresistible fuerza me ha sacado
“ Del fúnebre ataud: las bendiciones
“ De vuestros sacerdotes no han podido
“ Volver la paz á mis errantes manes.
“ ¡Acaso el agua y sal son poderosas

“ A helar de amor y juventud el fuego,
“ Cuando ni de la tierra el peso frio
“ Lo pudo conseguir. . . . ? A aqueste jóven
“ Prometísteis mi fé, cuando humeaba
“ En el altar de Vénus el incienso.
“ Vos el sagrado vínculo rompísteis.
“ Por extranjero culto seducida,
“ Formar osásteis imposible voto;
“ Y yo he salido yerta de la tumba
“ A reclamar mi bien, amar mi amante,
“ Y sellar nuestra union en otro mundo.
“ Tú poco vivirás, esposo mio.
“ De nuestro amor recíproco las prendas
“ Nos ligan ya con vínculos eternos.
“ Tu infausta union á la hija del sepulcro
“ A vejez prematura te condena,
“ Y solo á par de la que fiel te adora
“ Recobrarás la juventud.

¡Oh madre!

“ Escuchad y cumplid mi último voto.
“ Una pira elevad, abrid mi tumba,
“ Y los cuerpos reunid de los amantes.
“ Al estallar la resonante llama,
“ Nuestras cenizas mezclaránse ardientes,
“ Y volarémos al Elíseo juntos.”

MELANCOLIA.

HOJA solitaria y mustia,
Que de tu árbol arrancada,
Por el viento arrebatada
Triste murmurando vas.

¿Dó te dirijes?—Lo ignoro.
De la encina que adornaba
Este prado y me apoyaba,
Los restos mirando estás:

Bajo su sombra felice
Las zagalas y pastores
Cantaban, y sus amores
Contenta escuchaba yo.

NISE, la jóven mas bella
Que jamas ornó este prado,
Tal vez pensando en su amado,
En el tronco se apoyó.

Mas contrastada la encina
Por huracan inclemente,
Abatió su altiva frente,
Dejándose despojar.

Desde entonces cada dia
Ráudo el viento me arrebatá,

Y aunque feroz me maltrata,
Ni aun oso quejarme dél.

Voy, de su impulso llevada,
Del valle á la selva umbrosa,
Do van los hojas de rosa
Y las hojas de laurel.



EL MERITO DE LAS MUGERES.

POEMA.

CANTO las dulces gracias y virtudes
Que ornan á la muger. EMILIA bella,
Honor y gloria de tu sexo hermoso,
Admite con agrado el homeraje
De mi fina amistad, y sé mi musa.
Yo lograré feliz la única gloria,
El solo premio á que en mi canto aspiro,
Si tierna me consagras un suspiro
Y un lugar de cariño en tu memoria.

Era la nada, y el informe cáos
En silenciosa oscuridad giraba.
Mas Dios habló, y al eco poderoso
De la criadora voz, viérais del cáos
Nuestro globo salir. Viérais al punto
Como el Criador las aguas de la tierra
Con un soplo apartó, y alzó los montes,
Tendió los valles, y con larga mano
Cubrió los bosques de verdor sombrío,
Y al hombre crió, del orbe soberano.
En la dulce BELDAD, su obra postrera,
Se detuvo el Criador: ¡noble destino,
Que abrió á su gloria la feliz carrera!

¿La mano del Señor al orbe diera
Mas adorable objeto, mas divino?
Aquella frente celestial y pura,
En que el pudor y dignidad respiran;
La hora llena de sin par dulzura,
Que turba los humanos corazones
Con sonrisa de amor; aquellos ojos,
Donde refleja el sol etérea llama,
Y en delicioso ardor el pecho inflama;
Aquel cabello, que en dorados rizos
Orna su faz; el delicado talle,
De gentileza lleno y gallardía;
El seno voluptuoso, en que su nido
Asentaron triscando los amores;
El tejido que forma sangre pura
Bajo alabastro cándido, á los hombres
Bastan á seducir: mas la hermosura,
Para doblar su imperio,
Une tambien á las divinas gracias
El hechizo feliz de los talentos.

¿Los pintaré? Del clave á los acentos
Cloris une su voz fácil y dulce,
Y yo la escucho estático y pasmado.
Su canto hermoso me penetra el alma,
Me enajena feliz, y arrebatado
En sublime placer, tiemblo y la adoro.

Sigue el baile al concierto. Allí Lucinda,
Laura y Melisa, como rosas bellas,

Al compás de la música girando
Con planta ligerísima, semejan
A lirios por el céfiro mecidos;
Y confiesan los jóvenes que Momo
Para agradar, á Cipris necesita.
Y ¡qué fueran sin ella del teatro
Las funciones espléndidas? Sin duda
El rival de Racin, tierno y sublime,
Supo espresar de *Zaira* los dolores:
Mas de Guassin (1) el órgano divino
Hizo correr mas lágrimas que el genio
De su inmortal autor.

¡Oh bellas artes!
Vuestra magia sublima la hermosura.
Admirad á Genlis: leed á *Malvina* (2),
Clara, *Matilde*, *Amelia*: de *Corina* (3)
Amor pintó los elocuentes cuadros.
Si la muger con varonil delirio
No supo henchir la trompa de Tirteo,
Bajo sus dedos plácida suspira
La flauta pastoril.

(1) *Célebre actriz francesa.*

(2) *Novelas de Madama COTTIN, que solo al autor de Julia cede la palma en el arte de pintar la mas tierna de las pasiones.*

(3) *Obra de la ilustre Madama STAEL.*

Graves censores,
De la muger, negad sus beneficios.
Ella carga en el seno doloroso
El tierno fruto de la union que acaso
Labró su desventura. Largo tiempo
Sobre lecho cruel desfallecida
Gime doliente: moribunda al cabo
Le pone en los umbrales de la vida;
Y al nuevo débil sér ya consagrada,
Mil cuidados amantes le prodiga.
¡Oh maternal amor! Si el niño duerme,
Con vigilante oído
De las tinieblas al silencio atiende.
O si Morfeo la adormece un punto,
Al mas leve rumor abre de nuevo
Los agravados párpados, y pronta
A la cuna del hijo ansiosa vuela;
Por largo rato le contempla inmóvil,
La paz disfruta de su blando sueño,
Y á su lecho se vuelve, aun no tranquila;
Mas si despierta el niño,
Le brinda grata en el ebúrneo seno
Vida, fuerza y salud en leche pura.
¿Qué importa la fatiga á su ternura?
En su hijo existe, y al esposo amante
Se muestra muy mas bella
Con él al seno suspendido.

El niño

Adelanta en el curso de la vida.
La madre va con él: su tierna mano
Sirve á su planta trémula de guia,
Y al desatar su lengua, *madre mia*,
Es la primer palabra que le enseña.
A duros preceptores entregado
Presto gime infeliz. ¡Cuál es el seno
Donde su corazon despedazado
Corre á buscar alivio á sus tormentos?
El de su madre: dulce y halagüeña
Sus lágrimas enjuga, y afanosa
Vuelve la paz á su ajitado pecho,
Tomando su defensa.

Edad hermosa,
Huyes ¡ay! cual relámpago, y el hombre
Deja la infancia, y al amor despierta.
En su frente serena está pintado
El tímido rubor: lánguida llama
Brilla en sus ojos vivos: inflamado
Su tierno corazon se eleva y gime,
Y el insufrible peso que le oprime
No puede sacudir: anhela ardiente
Una felicidad desconocida,
Y le perturba luego de repente
Misterioso terror: su alma encendida
No puede hallar descanso. . . .

De este modo

Sufrí tambien; pero te ví, adorada,
Y pensé ver á un Dios. Estremecido,
Con débil planta, respirando apenas,
Y en confusion dulcísima perdido
Me sentí á tu mirar. . . . ¡Horas felices!
¡Oh languidez sublime y deliciosa!
¡Oh, cuánto fuí feliz! ¡Cuánto, mi hermosa,
Mi sangre ardió, cuando á tus labios puros
El beso arrebaté. . . ! Cual desgraciado
En tinieblas nacido, á quien el arte
Hiciera ver la luz, arrebatado
A otro universo entonces me ereyera:
Hablar contigo, verte y adorarte
Mi ocupacion y mi delicia fuera.
Tú encantaste mis horas: la carrera
De mi vida feliz ornaste en flores:
Por tí la paz, la risa y los amores
En torno de mi frente revolaban,
Y gratos alejaban
Los cuidados, angustias y dolores.
¡Oh, cuánto padecí cuando arrancado
Me ví á tu dulce amor y á tu presencia!
Dilo tú ¡oh noche! que testigo fuiste
De mi acerbo penar, de mis furores.
Cuenta como mi llanto recibias,
Compasiva mis quejas escuchabas,
Y en tu grato silencio mitigabas
El tormentoso horror de aquellos dias.

Levantábase el sol, y al universo
La claridad tornaba y alegría,
Mas no á mi corazon: sobre alta roca
Del mar bañada con furiosa espuma,
Salvaba mi ajitada fantasía
El insondable espacio que tendido
Me apartaba de tí: mi pecho ardia,
Y en alas del amor arrebatado
Llegaba, y palpitaba, y te veia.
Canté los males de la ausencia fiera
Al eco incierto, al áspero silbido
Del viento bramador; mas aun entonces
Con placer melancólico, inefable,
Tu beldad recordaba,
Y mis ardientes lágrimas amaba.

A Delio ved con su Melisa unido:
Vedle: ya es padre. ¡Amante afortunado!
Sientes que otro **TU MISMO** te acaricia.
¡Con qué pura delicia
Estrechas una prenda tan preciosa
Al seno paternal, y tus facciones
Atento buscas en su faz graciosa!
Con la dichosa madre le comparas,
Y duplica tu amor su fiel retrato.
Si sale de tus brazos, conmovido
Sus acciones contemplas, y mirando
Correr, jugar, crecer tu imájen viva,
Por sus inclinaciones ya le juzgas

Gloria y honor de tu vejez dichosa.

¡Felicidad tan alta disfrutaras

Viviendo sin amor y sin esposa?

De una esposa el afecto, la dulzura,
Do quier del hombre templan la fatiga.

Del grave arado con la reja dura

Despedazando el rústico la tierra,

Sobre los surcos el sudor prodiga.

A la tarde retírase agobiado:

Gime, va á sucumbir á tanto peso;

Mas ve á su esposa, y siéntese aliviado.

El ministro imperioso

Que á reinos manda con altiva frente,

De su consorte al seno delicioso

Huye de su poder, y al fin olvida

Los cuidados, el tedio, que atormentan

Del cortesano mísero la vida.

Por amor del orgullo distraído,

Respira á par de su sencilla esposa

Del peso y esplendor de sus honores.

Si yerto, sólitario y sin amores

Le hubiera hecho vivir la suerte avara,

¡Dónde su corazon descanso hallara?

Dejemos al amor, sin él existe

La feliz amistad, que une las almas.

Pero es en la muger mucho mas dulce;

Es del amor la deliciosa hermana:

Entonces obtenemos el cariño

Que el hombre con el hombre nunca supo
Sino á medias tener, y poseemos
Menos que amante, pero mas que amigo.
¿Teneis algun proyecto? Os es muy grato
Confiarlo á una muger. ¿La suerte impía
Os condena al dolor? Bálsamo dulce
A vuestra alma será que á vuestras penas
Responda una mujer: tierna, sensible,
Mas bien que el hombre duro,
Toma el tono simpático, apacible,
Que serena las ansias y dolores,
Y une mejor sus lágrimas al llanto
Del que sufre del hado los rigores.

Mas si el placer nos brinda y los amores,
Al templo de la gloria nos sublima.
Ved aquel jóven, cuyo genio anima
El ansia de agradar: sus bellos versos
Declama sábio actor, y del teatro
El soberbio artesón estremecido
Retumba con su nombre y los aplausos;
Y gozando su triunfo, conmovido,
"¡Oh mugeres!" prorumpe, "sí; á vosotras
"Debo aqueste placer, aquesta gloria."

¿Por qué ese jóven, antes ignorado,
Corre á buscar al campo la victoria?
Porque á los ojos bellos que idolatra,
Ojos que muchos idolatran fieles,
Parecerá mas bello y mas amable

Sile adornan de Marte los laureles.
¿Quién mas valor que la beldad inspira?
¿A una heróica muger no vió Palmira
De Roma contrastar á los furores?
Otra, junto al Eufrates sometido,
Como conquistador lidió valiente,
Y cual rey gobernó. Mil y mil otras
Revestidas de acero, á lid de muerte
Los miembros espusieron,
Que á lid mas dulce destinó la suerte (1).

Díganlo tus hazañas generosas,
Telésila sublime (2):
Dígalo tu valor, que á los franceses
Defendió, Juana d'Arc. De tu cabaña
A la lid arrojándote animosa
Cuando el inglés á Orleans amenazaba,
Apareciste, y asombrado el campo
Creyó mirar un ángel del Eterno,
Que del Empíreo vengador bajaba.
Fiera combates, y el inglés vencido
Huye atónito al mar: á Orleans libertas;
A Francia salvas de extranjero yugo;
Y al pueblo de Reims, aun admirado
De tu alta inspiracion y tu osadía,
Tornas el rey, que mudo y aterrado,
El yermo trono al vencedor cedia.

(1) Véase la Variante al fin.

(2) Célebre poetisa y guerrera de Argos.

¡Oh destino feliz del sexo amable!
Triunfa do quier, pero su ruego y llanto
Mas dulces armas son, mas poderosas.
¡Cedan el hierro y fuego á las hermosas!
Asuero atroz, el déspota persiano,
Fiero proscribe á la nacion hebrea:
Vuela por Israël pálido espanto,
Y el afilado alfange centellea.
Pero Ester, de sus lágrimas ornada,
Perdon demanda, y el perdon obtiene;
Y de Judá las vírgenes gozosas
Su númen tutelar tiernas la llaman,
Y con sonora voz cantando claman:
¡Cedan el hierro y fuego á las hermosas!

Coriolano tremendo
Fulmina destrucción á Roma ingrata,
Que con destierro vil pagó su gloria.
Viejos, tribunos, cónsules, vestales
Y pontífices sacros, vanamente
Se postran á sus piés: los dioses mismos
Bajan la faz ante su altiva frente. . . .
¡Y todo en vano: el héroe solo escucha
De venganza la voz, vibra la espada,
Y Roma vaciló. . . ! — Su noble madre,
Veturia, por la pátria idolatrada
Implora al vencedor, que gime, cede,
Y la salud de Roma
Al sacro llanto maternal concède.

En vano Eduardo al bárbaro verdugo
Quiere entregar con vengativa mano
Los seis guerreros de Calés rendida,
Y ensangrentar insano su victoria.
Margarita, su esposa, enternecida
Por ellos ruega, los defiende, y salva
A ellos la vida, al vencedor la gloria.

Abre tus puertas, infeliz albergue,
Do el enfermo indigente y aflijido
Lucha con el dolor: allí mugeres (1),
De hermanas con el santo y dulce nombre,
Su caridad y afanes le prodigan.
Al cielo invocan, y á la tierra sirven;
Desde el altar sagrado,
Vuelan á socorrer al triste hermano,
Y son del Dios de amor dignas esposas
Para celeste alivio del humano.

¡Mugeres adorables! Valerosas
Fuísteis de amor al imperioso acento.
¡Por qué verdugos bárbaros en Tébas
Con muerte atroz á Antígone inmolando
Viva la entierran en caverna oscura?
Porque dando á su hermano sepultura,
Honró el triste cadáver, que á los buitres
El rencor inclemente destinaba.

(1) Hermanas de la Caridad, destinadas en Francia al servicio de los hospitales.

La ley atroz Antígone sabia;
Mas ve á su Polinice idolatrado,
Que de la tumba y de su honor privado
El favor postrimero la pedia,
Y le sepulta, y muere. . . — Y Eponina
¿Qué crimen cometió? ¿Por qué al cadalso
La miro conducir? — En la caverna
Do huyó Sabino al vencedor contrario,
Sufrió con él sus males y peligros
Un lustro y otro mas. . . ¡Heróico ejemplo
De virtud conyugal! Tan triste asilo
Fué por ella de amor felice templo.
Ella para Sabino embellecia
Aquel antro funesto y pavoroso,
Trocando en lecho de himeneo dichoso
La peña que sus miembros recibia.

En nuestro tiempo, cuando á Francia triste
Abrumaban con cetro ensangrentado
Decémviroes atroces, ¿no han probado
Con mil rasgos sublimes
Su magnanimidad? El mudo espanto
Sobre la Francia mísera volaba:
El francés del francés no fiel hermano
Sino enemigo fiero se mostraba.
Ellas, empero, firmes arrostraron
De los tiranos el furor: aquella
Desde el alba robándose al reposo,
Con invicta paciencia,

Sentada en el umbral de sus palacios,
Aguardaba constante su presencia.
Aquella con el oro desarmando
De un alcaide insensible los furores,
En calabozo lúgrube, sombrío,
Consolaba el afan del triste padre,
O al objeto infeliz de sus amores;
Y si éstos caminaban á la muerte,
Insultando á los bárbaros verdugos,
Alcanzaba feliz la misma suerte.
Todas, apoyo del francés cuitado,
Por él tiernas, ardientes suplicaban,
O con él se inmolaban.

Cuando fatal persecucion en Cuba
Turbó la dulce paz con sus furores,
¡Olvidarte podré, celeste EMILIA,
Que habitabas el techo hospitalario
Donde á la proscripcion enfurecida
Oculté, á mi pesar, mi amarga vida?
¡Oh! ¡cómo la piedad, hija del cielo,
En tu divina frente disipaba
De tu amigo proscrito los dolores!
Angel de dulce paz y de consuelo:
Tu plácida memoria, que embellece
De mi destierro las cansadas horas,
Hasta el sepulcro bajará conmigo,
Y en su hielo no mas podrá entibiarse
La gratitud ardiente de tu amigo.

Tal brilla la muger en sus virtudes.
En su piedad el infeliz reposa,
Y aun el feliz la debe
El colmo de su suerte venturosa.
Ella su Abril entre placer corona.
Cuando el tiempo veloz ruga su frente,
Cuando le oprime la vejez amarga,
Alivia la muger su triste carga.
En las yertas orillas del sepulcro
Puede cojer temblando algunas flores,
Y al cerrar ya sus ojos á la vida,
Mirar á la que endulza sus dolores.

De la muger insanos enemigos
¿Podréis negarlo?—Pero ya os contemplo
Que á la avara pintais, á la soberbia,
A la vil caprichosa, la inconstante,
A la infausta celosa,
Azote del esposo, del amante.
¿Somos nosotros ángeles acaso?
Pero nada escuchais, y mas severos
Me presentais á Erífile, á Medea
Con su furor á Cólcos aterrando;
A Mesalina y Médicis...—¿Mas ellas
Abominable harán el sexo entero?
En la callada noche centellando
Mil estrellas y mil pueblan el cielo.
Algunas hay seguidas en su curso
De peste y huracanes, cuyo aspecto

Nos anuncia desdichas y dolores.
Y ¿por eso tal vez la vista mia
Negaré á las demas, que me consuelan
Del vasto luto de la noche umbría?
Adórnanse los campos de mil flores:
Y ¿porque algunas pérfidas ofrecen
Ponzoña vil á la feroz venganza,
Menos bellas las otras aparecen?
¿Nos hace respirar menos placeres
Su balsámico aliento? Las mugeres,
A despecho del odio y sus furores,
Son las estrellas y apacibles flores
Que adornan el desierto de la vida.
Tú que las menosprecias, ¿olvidaste
Que tienes una madre?—Sal, ¡oh ciego!
Sal de tu error, y al bello sexo adora,
Mientras mi boca, de su amor movida,
Sus loores canta, y su favor implora.

VARIANTE.

PAG. 113.

Que á lid mas dulce destinó la suerte.

Despues de este verso, decian las ediciones anteriores:

Gimió al verlas amor.

Tened la planta,

Hermosas, por piedad. ¡Qué! ¿no os espanta
De Marte aterrador la faz odiosa?
No con sangre mancheis las blancas manos
Que destinó el amor á las caricias:
Vuestro dulce mirar cause delicias,
No pavor, cual los hombres inhumanos.
Ese horroroso asolador torrente
Arroyo fué una vez: entonces al suelo
Con su serena y plácida corriente
Llenaba de placer: junto á sus aguas
El césped matizábase de flores,
Y á su dichosa márgen los pastores
Contra el rigor del abrasado cielo
Encontraban asilo, y los amores
En torno á las zagalas revolando
La hicieron su mansion... Ahora furioso
En remolino ráudo arrebatando
Chozas, ganado, perros y pastores,
Mieses destruye, y en angustia y duelo

Inunda la comarca. Pavorido
Huye su encuentro aquel, mientras su amada,
En la corriente férvida arrastrada,
Implora en vano su favor. Herido
Responde el alto monte á los lamentos
Y del agua al bramar...

Siempre, ¡oh hermosas!
Dulces y tiernas sed: ¿no os satisface
La adoracion del hombre?—No me escuchan,
Y ardiendo en ciega cólera y enojos,
A las rabiosas lides alanzadas,
Logran allí victorias duplicadas
Con el brazo valiente y con los ojos.



PLACERES DE LA MELANCOLIA.

*Yo lloraré, pero amaré mi llanto,
Y amaré mi dolor.*

QUINTANA.



FRAGMENTOS.

I.

No es dado al hombre de su débil frente
Las penas alejar y los dolores,
Ni por campos de mirtos y de flores
Dirijir el torrente de la vida.
De las pasiones el aliento ardiente
La enajena tal vez, y breves horas
En ilusiones férvidas perdido
Osa creerse feliz. ¿Quién no ha sufrido
La fiebre del amor, ni qué alma helada
No probó la dulzura emponzoñada
Que en el beso fatal vierte Cupido?
Yo adoré la beldad: cual sol de vida
Lució á mis ojos, y bebí encendido
El cáliz del amor hasta las heces.
Mi alma fogosa, turbulenta y fiera,

En todos sus placeres y deseos
Al extremo voló: tibias pasiones
Nunca en ella cupieron. . . . Mas ¡ay! pronto
Siguió á los goces y delirio mio
La saciedad, el tedio devorante,
Como sigue de Otoño al sol brillante
El del Invierno pálido y sombrío.

Tal es la suerte del mortal cuitado:
Ajitarse y sufrir, despues que siente
El vigor de su pecho quebrantado
Por su escesivo ardor, que al fin agota
Del sentimiento la preciosa fuente.
¿Qué hará el triste? Las flores de la vida
Al soplo abrasador de las pasiones
Marchitas sentirá. Do quier que mire
Será el mundo á sus ojos un desierto,
Y el misterioso abismo de la tumba
Será de su esperanza único puerto.
Así el piloto en tempestosa noche
Solo distingue entre su denso velo
El mar furioso y el turbado cielo.

Entonces tú, gentil MELANCOLIA,
Serás bálsamo dulce que suavice
Su árido corazon y le consuele,
Mas que el plácido llanto de la noche
A la agostada flor. Yo tus placeres
Voy á cantar, y tu favor imploro.
Ven: tonos blandos á mi voz inspira;

Enciéndala tu aliento, y de mi lira
Tiempla con languidez las cuerdas de oro
¿Quién en adversa ó próspera fortuna
No se abandona al vago pensamiento
Cuando suspira de la tierra el viento,
Y de Cuba en el mar duerme la luna?
¿Quién no ha sentido entonces dilatarse
Su corazon, y con placer llevarse
A mil cavilaciones deliciosas
De ventura y amor? ¡Con qué deleite
En los campos bañados por la luna
Siguen nuestras miradas pensativas
La sombra de las nubes fugitivas
En océano de luz puro y sereno!
¡Qué encanto hay en la calma de la noche,
Del hondo mar en la distante furia,
Y halaga al corazon! MELANCOLIA,
Tú respiras allí: tu faz amable,
Velada entre vapores transparentes,
Sonríe con ternura al que en tu seno
Busca la paz, y al que de penas lleno
Se acoge á tí, con mano compasiva
Del rostro enjugas el sudor y llanto.
Mas la disipacion furiosa en tanto,
En sus bailes y juegos y festines,
Hace beber de tedio triste copa
A los que por su halago seducidos
Buscan entre sus pérfidas caricias

Gozo y felicidad, Mustios, rendidos,
Maldecirán al sol, y á sueño ansioso
La frente atormentada reclinando
La suerte trocarán del bello día.
Ansia falaz, funesta, ¡cómo impía
Me desecaste el corazón! ¡Oh tiempo
De ceguedad y de furor. . . ! Insano,
En tormento sin fin buscaba dicha,
Paz en eterna turbación. . . .—Empero
A mis ojos el sol brilla mas puro
Desde que ya, mas cuerdo, no alimento
De mi sangre el ardor calenturiento,
Soñando gozos y placer futuro.
De la grata ilusión perdí el encanto,
Pero hallé de la paz el bien seguro.

II.

DULCE es la soledad, en que su trono
Asienta la feliz MELANCOLIA.
Desde la infancia venturosa mía
Era mi amor. Aislado, pensativo,
Gustábame vagar en la ribera
Del ancho mar. Si los airados vientos
Su seno hinchaban en tormenta fiera,
Mil pensamientos vagos, tumultuosos,
Me agitaban también, pero tenía
Deleite inesplicable, indefinido,

Aquella confusion. Cuando la calma
Reinaba en torno, y el espejo inmenso
Del sol en Occidente reflejaba
La noble imájen en columna de oro,
Yo en estásis feliz la contemplaba,
Y eran mis escondidos pensamientos
Dulces, como el silencio de los campos
De la luna en la luz. Y los podantes,
Azotes de la infancia, que querian
Subyugar mi razon á sus delirios,
Fieros amenazándome decian:
Este niño holgazan y vagamundo
Siempre necio ha de ser. Y yo temblaba;
Mas no los maldecia,
Sino de ellos huia,
Y en mi apacible soledad lloraba.

.....

III.

¡Oh, si Dios de mis males apiadado
Las alas de un espíritu me diera!
¡Cuál por los campos del espacio huyera
De este mundo tan bello y desdichado!
¡Oh si en él á lo menos me ofreciera
Una muger sensible, que pudiera
Fijar mi corazon con sentimientos
Menos vivos tal vez, menos violentos
Que los que enciende amor, pero mas dulces

Y duraderos. En su ingenua frente
El candor y la paz me sonreirian:
De este esceso de vida que me agobia
Me aliviara su amor. Su voz piadosa,
De aqueste pecho en la profunda herida,
Bálsamo de consuelo derramara,
Y su trémulo acento disipara
Las tinieblas de mi alma entristecida.

Encarnacion de mi ideal esposa,
¡Cómo te adoraré....! No por mas tiempo
Me hagas ansiarte y suspirar en vano:
Mira que vuela mi verdor lozano.
¡Ay, ven, y escucha mi rogar piadoso...!

IV.

¡QUIEN placer melancólico no goza
Al ver al tiempo con alada planta
Los dias, los años y los siglos graves
Precipitar en el abismo oscuro
De lo que fué? Las épocas brillantes
Recorro de la historia....¡Qué furores!
¡Cuadro fatal de crímenes y errores!
Do quier en sangre tñense las manos:
Los hombres fascinados ó furiosos,
Ya son juguetes viles de facciosos,
Ya siervos miserables de tiranos.
Pueblos á pueblos el dominio ceden;

Y del orbe sangriento, desolado,
Desaparecen, como en mar airado
Las olas á las olas se suceden.

De Babilonia, Ménfis y Palmira
Entre los mudos restos, el viajero
Se horroriza de ver su estrago fiero,
Y con profunda lástima suspira.
¡Campos americanos! en vosotros
Lágrimas verterá. ¡Qué pueblo ignora
Vuestro nombre y desdicha? Circundado
Por tenebrosa nube un hemisferio,
Ocultábase al otro: mas osado
Forzó Colon el borrascoso imperio
Del Océano feroz. La frágil nave
Por los yermos de un mar desconocido
En silencio volaba: la vil chusma
Pálida, yerta, con terror profundo,
A la patria querida
Tornaba ya la resonante prora,
Cuando á sus ojos refulgente aurora
Las playas reveló del nuevo mundo.

¡Hombres feroces! La severa historia
En páginas sangrientas eterniza
De sus atrocidades la memoria.
Al esfuerzo terrible de su espada
Cayó el templo del sol, y el trono altivo
De Acamapich. . . . Las infelices sombras
De los reyes aztecas olvidados

A evocar me atreví sobre sus tumbas,
Y del polvo á mi voz se levantaron,
Y su inmenso dolor me revelaron.
¿Dó fué la raza candorosa y pura
Que las Antillas habitó?—La hiere
Del vencedor el hierro furibundo,
Tiembla, gime, perece,
Y como niebla al sol desaparece.

Sediento de saber, infatigable (*),
Del Tíber, del Jordan y del Eurótas
Las aguas beberé, y en sus orillas
Asentado en escombros solitarios
De quebrantadas míseras naciones,
Me daré á meditar: altas lecciones,
Altos ejemplos sacará mi mente
De su desolacion: ¡cuánto es sublime
La voz de los sepulcros y ruinas!
Allí tu inspiracion pura y solemne,
¡Oh musa del saber! mi voz anime.
Y tú tambien, genial MELANCOLIA,
Me seguirás do quiera suspirando,
O en mi lecho tu frente reclinando,
Harás á mi descanso compañía.

(*) Esto se escribía en principios de 1825, hallándose el autor próximo á emprender un viaje largo por algunos paises de Europa y Asia.

V.

¡CUANTO es plácida y tierna la memoria
De los que amamos, cuando ya la muerte
A nuestro amor los arrancó! La tumba
Encierra las inmóviles cenizas;
Los ligeros espíritus pasean
En el aire sereno de la noche
En torno de los que aman, y responden
A sus dulces recuerdos y suspiros
En misteriosa comunión. Creedme;
No lo dudeis: por esto son tan dulces
Las solitarias lágrimas vertidas
En la tumba del padre, del esposo
O del amante, y el herido pecho
Ama su llanto y su dolor piadoso.

¡Oh tú, que para mí fuiste en la tierra
De Dios augusta imájen! ¡Cuántas horas
Desde el momento que cerró tu vida
Por mí pasaron, llenas de amargura
Y de intenso dolor! Sombra querida
Del mejor de los padres, en el cielo
Recibe de mi pecho lastimado
La eterna gratitud. Mi dócil mente
Con atención profunda recojía
De tu boca elocuente en las palabras
El saber, la verdad: aun de tu frente
En la serena majestad leía

Altas lecciones de virtud. Tus pasos,
Tus miradas, tu voz, tus pensamientos
Eran paz y virtud. ¡Con qué dulzura
De mi pecho impaciente reprimias
El ardimiento, la fiereza. . . ! El cielo
Contra el ciego furor de los malvados,
Sirviéndote de asilo, me dejara
Entre borrascas mil. . . ¡Ay! á lo menos
Iré á morir en tu sepulcro, y junto
A tu polvo sagrado
Reclinaré mi polvo atormentado,
Que al eco de tres sílabas funestas
Aun allí temblará. Mas tu memoria
Será, mientras respire, mi consuelo,
Y grato y dulce el solitario llanto
Que la consagre, mas que gozo alguno
Del miserable suelo.
¡No me abandones, PADRE, desde el cielo!

VI.

¡PATRIA. . . ! ¡Nombre cual triste delicioso
Al peregrino mísero, que vaga
Lejos del suelo que nacer le viera!
¡Ay! ¡Nunca de sus árboles la sombra
Refrescará su dolorida frente?
¡Cuándo en la noche el músico ruido
De las palmas y plátanos sonantes

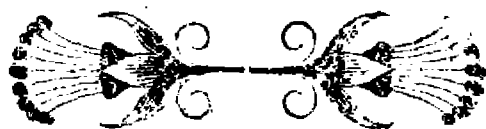
Vendrá feliz á regalar mi oído?
¡Cuántas dulzuras, ay, se desconocen
Hasta perderse! No: nunca los campos
De Cuba parecieron á mis ojos
De mas beldad y gentileza ornados,
Que hoy á mi congojada fantasía.
¡Recuerdo triste de maldad y llanto!
Cuando esperaba paz el alma mia,
Redobló la fortuna sus rigores,
Y de persecucion y de furores
Pasó tronando el borrascoso día.
Desde entonces mis ojos anhelantes
Miran á Cuba, y á su nombre solo
De lágrimas se arrasan. Por la noche
Entre el bronco rujir del viento airado
Suenan el himno infeliz del desterrado.
O si el Océano inmóvil se adormece
De Junio y Julio en las ardientes calmas,
Ansioso busco en la distante brisa
La voz de sus arroyos y sus palmas.
¡Oh! no me condeneis á que aquí gima,
Como en huerta de escarchas abrasadas
Se marchita entre vidrios encerrada
La planta estéril de distinto clima.
Mi entusiasmo feliz yace apagado:
En mis manos ¡oh lira! te rompiste.
Cuando sopla del Norte el viento triste,
¿Puede algun corazón no estar helado?

¿Dó están las brisas de la fresca noche,
De la mágica luna inspiradora
El tibio resplandor, y del naranjo
Y del mango suavísimo el aroma?
¿Dónde las nubecillas, que flotando
En el azul sereno de la esfera,
Islas de paz y gloria semejaban?
Tiende la noche aquí su oscuro velo;
El mundo se adormece inmóvil, mudo,
Y el aire punza, y bajo el filo agudo
Del hielo afinador centella el cielo.
Brillante está á los ojos, pero frio,
Frio como la muerte. Yo lo admiro,
Mas no lo puedo amar, porque me mata,
Y por el sol del trópico suspiro.
Vuela, viento del Norte, y á los campos
De mi patria querida
Lleva mi llanto, y á mi madre tierna,
Murmura mi dolor. . . .

VII.

A tí me acojo, fiel MELANCOLIA,
Alivia mi penar á tí consagro
El resto de mi vida miserable.
Siempre eres bella, interesante, amable,
Ya nos renueves los pasados dias,
Ya tristemente plácida sonrías

En la pálida frente de una hermosa,
Cuando la enfermedad feroz anuble
Su edad primaveral. Benigna diosa,
Tu bálsamo de paz y de consuelo
Vierte á mi alma abatida,
Hasta que vaya á descansar al cielo
De este delirio que se llama vida.



**POESIAS FILOSOFICAS,
MORALES Y DESCRIPTIVAS.**

A LA RELIGION.

SOBRADO tiempo con dorada lira
Canté de juventud las ilusiones,
Y en ligeras y fútiles canciones
Los afectos vertí que amor inspira.
Hoy, santa RELIGION, quiero cantarte,
Y con piadoso anhelo
Mostrar tu gloria refulgente al suelo.

Musa de la verdad, que en ígneo trono
Con tu solemne inspiracion solias
Animar el acento de Isaías,
O del profeta rey el noble tono,
Oye mi voz humilde que te implora;
Mi tibio pecho inspira,
Y haz fulminar las cuerdas de mi lira.

Cuando con tanta estrella desparcida
Brilla sin nubes el nocturno cielo,
Quisiera suspirando alzar el vuelo,
Y á su perenne luz juntar mi vida.
Este secreto instinto me revela,
En soledad y calma,
Que no es la tierra el centro de mi alma.

Entre nube de luz serena y pura
Vela el Criador su ceño majestoso,
Y circundan su trono misterioso
La eternidad pasada y la futura.
Compadece del hombre la miseria,
Y su acento profundo
Por la revelacion instruye al mundo.

¡Augusta RELIGION! De luz cercada
Bajas al mundo, que el error oprime,
Mostrando el cielo en ademan sublime,
Y con la santa cruz tu diestra armada.
Cubre tus ojos venda misteriosa,
Y majestosamente
Brilla la eternidad sobre tu frente.

Tu trono es el Empíreo. De su altura
Tú nos anuncias el primer pecado,
Al hombre por su mal degenerado,
Y la inefable redencion futura.

Viene al mundo Jesus, de los humanos
(¡Venturoso destino!)

Reparador y Redentor divino.

Su pura, simple y celestial doctrina
La feroz impiedad tachar no puede:
La voz de los profetas le precede,
Y el universo atónito se inclina.
Enfrénase á su voz el mar airado,
Y á su mandato fuerte
Su presa con pavor suelta la muerte.

Del justo Dios para templar la ira,
Y de su inmenso amor víctima santa,
Entre tormentos, cuyo horror espanta,
Pálido el Hombre-Dios gime y espira.
Núblase el sol, y yerta se estremece
La tierra oscurecida,
En sus eternos ejes conmovida.

Por su propia virtud resucitado,
Triunfa Jesus, y con glorioso vuelo
Sube despues al esplendente cielo,
Vencedor de la muerte y del pecado.
¡Milagros inefables! Confundido
¡Oh Cristo! yo te adoro,
Te confieso mi Dios, gimo, y te imploro.

Mas la persecucion fiera fulmina
Del infierno frenético lanzada,
Y con su pura sangre derramada
Sellan mártires mil su fé divina.
Triunfas ¡oh RELIGION! y al vasto mundo
Sojuzgas con presteza,
Nacida en la ignorancia y la pobreza.

El mísero mortal entre dolores
Al borde tiembla del sepulcro helado,
Que á la luz de tu antorcha contemplado
La mitad perderá de sus horrores.
Ya la escena del mundo ve cerrada
Por la muerte severa,
Y tenebrosa eternidad espera.

Tu influjo bienhechor allí le alcanza:
Al terminar su vida borrascosa,
Enciendes en la tumba misteriosa
Luz de inmortalidad y de esperanza;
Y su afligido corazon llenando
De inefable consuelo,
Le haces entrar por el sepulcro al cielo.

Yo ví mil veces al tirano impío,
De hierro asolador el brazo armado
Teñirlo en sangre, y de terror cercado
En crímenes fundar su poderío;
Y despreciando audaz á tierra y cielo
Con sonrisa ominosa,
Víle insultar la humanidad llorosa.

Hollando altiva á la virtud, gobierna
La tierra alguna vez el crimen fiero;
Mas es breve su imperio y pasajero
La justicia de Dios vigila eterna.
De la virtud y la maldad existe
Un inmortal testigo.

Hay otra vida y Dios, premio y castigo.

¡Dogma sublime! ¡Celestial consuelo,
Que al hombre justo en el dolor sustenta!
Al sucumbir á la opresion sangrienta,
Eterno galardón busca en el cielo.
Fija la vista en él, y abroquelado
Con Dios y su conciencia,
Opone al crimen firme resistencia.

Triunfas, ¡oh RELIGION! De tu victoria
Irritados los genios infernales,
Preparan las serpientes y puñales
Para manchar tu refulgente gloria.
Núblase el aire ya, retiembla el suelo,
Y del Orco ajitado
Lánzase al mundo el fanatismo armado.

Cubre su horror con tu brillante velo;
Brama, blande el puñal con faz umbría,
Y el humo negro de la hoguera impía
La pura luz oscureció del cielo.
Víctima suya el hombre te maldice,
Y con grito blasfemo,
Feroz insulta al Hacedor Supremo.

¡Bárbara Inquisicion! Cueva de horrores,
Descubre al universo tus arcanos,
Y de tus sacerdotes inhumanos
Los crímenes revela y los furores.
¡Cuántas víctimas ¡ay! atormentadas
En tu infernal abismo,
Apelaban á Dios del fanatismo!

¡Divina RELIGION! Tú que veías
Al insolente monstruo dominando,
Y en tu nombre á la tierra devorando,
En el seno de Dios tierna gemias.
El te escuchó. Retumbará la esfera
Con su decreto eterno,
Y el fanatismo volverá al infierno.

Cobrarás la pureza de tu cuna,
Como despues del huracan violento
En el atormentado firmamento
Con mas cándida faz brilla la luna;
Y el mundo te verá desengañado
Dictar con dulce tono
Leyes de paz y amor desde su trono.
Y libre al fin del duro cautiverio
Del odio y la fanática venganza,
Se abrirá el corazón á la esperanza,
Y adorará tu celestial imperio,
Que ha de sobrevivir cuando se aduerma
El tiempo fatigado
En escombros del mundo aniquilado.

POESIA.

¡ALMA del universo, Poësía!
Tu aliento vivifica, y semejante
Al soplo abrasador de los desiertos,
En su curso veloz todo lo inflama.
¡Feliz aquel que la celeste llama
Siente en su corazon! Ella le eleva
Al bien, á la virtud: ella á su vista
Hace que rian las confusas formas
Del gozo por venir: contra el torrente
Del infortunio bárbaro le escuda,

Haciéndole habitar entre los séres
De su creacion: con alas encendidas
Osada le arma, y vuela
Al invisible mundo,
Y los misterios de su horror profundo
A los hombres atónitos revela.

¡Sublime inspiracion! ¡Oh! ¡cuántas horas
De inefable deleite
Concediste benigna al pecho mio!
En las brillantes noches del Estío,
Grato es romper con la sonante prora,
Largo rastro de luz tras sí dejando,
Del mar las ondas férvidas y oscuras:
Grato es trepar los montes elevados,
O á caballo volar por las llanuras.
Pero á mi alma fogosa es muy mas grato
Dejarme arrebatarse por tu torrente,
Y ornada en rayos la soberbia frente,
Escuchar tus oráculos divinos,
Y repetirlos; como en otro tiempo
De Apolo á la feliz sacerdotisa
Grecia muda escuchaba,
Y ella de sacro horror se estremecía,
Y el fatídico acento repetía
Del dios abrasador que la agitaba.

Hay un genio, un espíritu de vida
Que llena el universo: él es quien vierte
En las bellas escenas de natura

Su gloria y majestad: él quien envuelve
Con su radioso manto á la hermosura,
Y dá á sus ojos elocuente idioma,
Y música á su voz: él quien la presta
El hechizo funesto, irresistible,
Que embriaga y enloquece á los mortales
En su sonrisa y su mirar: él sopla
Del mármol yerto las dormidas formas,
Y las anima, si el cincel las hiere.

El en *Fedra*, en *Tancredo* y en *Zoraida*
Nos despedaza el corazon: ó blando
Con Anacreon y Tibulo y Méendez
Del deleite amoroso nos inspira
La languidez dulcísima: ó tronando
Nos arrebatá en Píndaro y Herrera
Y el ilustre Quintana, á las alturas
De la virtud sublime y de la gloria.
Por él Homero al furibundo Aquíles
Hace admirar, Torcuato á su Clorinda,
Y Míltón, mas que todos elevado,
A su ángel fiero, de diamante armado.

Por do quiera este espíritu reside,
Mas invisible. Del etéreo cielo
Baja, y se manifiesta á los mortales
En la nocturna lluvia y en el trueno.
Allí le he visto yo: tal vez sereno
Vaga en la luz del sol, cuando este inunda
Al cielo, tierra y mar en olas de oro:

De la música tiembla en el acento:
Ama la soledad: escucha atento
De las aguas con furia despeñadas
El tremendo fragor. Por el desierto
Los vagabundos árabes conduce,
Soplando entre sus pechos ajitados
Un sentimiento grande, indefinido,
De agreste libertad. En las montañas
Se sienta con placer, ó de su cumbre
Baja, y se mira del Océano inmóvil
En el hondo cristal, ó con sus gritos
Anima las borrascas. Si la noche
Tiende su puro y centellante velo,
En la alta popa reclinado inspira
Al que estático mira
Abajo el mar, sobre su frente el cielo.

Es el ansia de gloria noble y bella;
Yo de su lauro en el amor palpito,
Y quisiera en el mundo que hoy habito
De mi paso dejar profunda huella.
De tu favor, espíritu divino,
Puedo esperarlo, que tu aliento ardiente
Vive eterno, y dá vida: los mortales
A quienes genio dispensó el destino,
Ansiosos corren á la sacra fuente
Que tu fogosa inspiracion recibe.
El mundo á sus afanes apercibe
Indigno galardón. Cuando los cubre

Vestidura mortal, vagan oscuros
Entre indigencia y menosprecio: acaso
De sacrílega mofa son objeto.
Al cabo mueren, y sus almas tornan
A la fuente de luz de que salieron;
Y entonces á despecho de la envidia,
Un estéril laurel brota en sus tumbas.
Brota, crece, y ampara las cenizas
Con su sombra inmortal; pero no enseña
A los hombres justicia, y cada siglo
Ve repetir el drama lamentable,
Sin piedad ni rubor. ¡Divino Homero,
Milton sublime, Taso desdichado,
Vosotros lo direis!

Empero el genio
Al infortunio arrostra: sus oídos
Halagan los aplausos que su canto
Recibirá feliz en las regiones
Del porvenir. Su gloria, su desgracia
Escitarán la dulce simpatía
En la posteridad de los cruëles
Que á miseria y dolor le condenaron.
Desde la tumba reinará: las bellas,
Con respeto y ternura suspirando,
Pronunciarán su nombre: ya centella
A sus ojos la lágrima preciosa
Que arrancarán sus páginas ardientes
A la sensible hermosa.

La ve, palpita, se entenece, y fuerte
De la cruel injusticia se consuela,
Y esperando su triunfo de la muerte,
Al seno del Criador gozoso vuela.

¡Dulcísima ilusión! ¡Quién ha podido
Defenderse de tí, si no ha nacido
Yerto, como los mármoles y troncos?
¡Oh! ¡yo te abrazo con ardor! ¡Lo espero....!
Algunas efusiones de mi musa
Me sobrevivirán, y mi sepulcro
No ha de guardarme entero.
Tal vez mi nombre, que el rencor proscribe,
Resonará de Cuba por los campos
De la fama veloz en la trompeta.

Al ver como su lienzo se animaba,
El Correggio exclamaba:
¡Yo tambien soy pintor!—¡Yo soy poëta!

AL ARCO IRIS.

Arco sublime de triunfo,
Que adornas el vasto cielo,
Cuando su confuso velo
Recoje la tempestad;
No al oráculo severo
De la alma filosofía
Pregunta la mente mia
La causa de tu beldad.

Paréceme como en tiempo
De mi niñez deliciosa,
Cuando tu frente radiosa
Parábame á contemplar;
Y estacion te imaginaba
Para que entre tierra y cielo
Descansara de su vuelo
Del justo el alma inmortal.

¿Pueden los ópticos frios
Esplicar tu forma bella,
Para agradarme con ella
Cual mi ignorancia feliz?

En lluvia fugaz convierten
El espléndido tesoro
De perlas, púrpura y oro,
Que ardiente soñaba en tí.

Cuando á natura la ciencia
Quita el misterioso encanto;
¿Cuánto disminuye, cuánto,
El brillo de su beldad!

¿Cuál ceden á yertas leyes
Mil deliciosas visiones!
¿Cuán plácidas ilusiones
Miramos ¡ay! disipar!

Pero el mismo Omnipotente
Nos revela Arco divino,
Tu origen y tu destino
Con su palabra inmortal.

Al dibujarse tu frente
En el cielo y mar profundo,
Al cano padre del mundo
Fuiste sagrada señal.

Cuando tras fiero diluvio
La verde tierra te amaba,
Cada madre á su hijo alzaba
A ver el Arco de Dios,

El campo te daba incienso
Y aroma puro la brisa,
Cuando en tu luz la sonrisa
Del cielo resplandeció.

Y como entonces brillabas,
Serenos brillas ahora,
Y cual del mundo la aurora,
Su fin tremendo verás:

Que Dios, fiel á su promesa,
Intacta guarda tu gloria,
Para perpetua memoria
De que á la tierra dió paz.

De la música primera
Sonó en tu honor el acento,
Y del primer poeta el viento
Oyó la mágica voz.

Sigue, pues, siendo mi tema,
Símbolo de la esperanza,
Fiel monumento de alianza
Entre los hombres y Dios.

AL SOL.

Yo te amo, SOL: tú sabes cuán gozoso,
Cuando en las puertas del Oriente asomas,
Siempre te saludé. Cuando tus rayos
Nos arrojas fogoso
Desde tu trono en el desierto cielo,
Del bosque hojoso entre la sombra grata
Me deleito al bañarme en la frescura
Que los céfiros vierten en su vuelo;
Y me abandono á mil cavilaciones
De inefable dulzura,
Cuando reclinas la radiosa frente
En las trémulas nubes de Occidente.

Empero el opulento en su delirio,
Solo de vicios y maldad ansioso,
Rara vez alza á tí su faz ingrata.
Tras el festin nocturno crapuloso
Tu luz sus ojos lánguidos maltrata,
Y tu fuego le ofende;
Tu fuego puro, que en tu amor me enciende.
¡Oh! si el oro fatal cierra las almas
A admirar y gozar, yo le desprecio;
Disfruten otros su letal riqueza,
Y yo contigo mi feliz pobreza.

¡Oh! ¡cuánto en el Anáhuac
Por tu ardor suspiré! Mi cuerpo helado

Mirábase encorvado
Hacia la tumba oscura.
En el Invierno ríjido, inclemente,
Me viste, al contemplar tu tibio rayo,
Triste acordarme del fulgor de Mayo,
Y alzar á tí la moribunda frente.
“ ¡Dadme,” clamaba, “dadme un sol de fuego,
“ Y bajo el agua, sombras y verdura,
“ Y me véreis feliz....!” Tú, SOL, tú solo
Mi vida conservaste: mis dolores
Cual humo al aquilon desaparecieron,
Cuando en Cuba tus rayos bienhechores
En mi pálida faz resplandecieron.

 Mi patria.... ¡Oh SOL! Mi suspirada Cuba,
 ¿A quién debe su gloria,
 A quién su eterna virginal belleza?
 Solo á tu amor. Del Capricornio al Cáncer
 En giro eterno recorriendo el cielo,
 Jamás de ella te apartas, y á tus ojos
 De cocoteros cúbrese y de palmas,
 Y naranjos preciosos, cuya pompa
 Nunca destroza el inclemente hielo.
 Tus rayos en sus vegas
 Desenvuelven los lirios y las rosas,
 Maduran la mas dulce de las plantas,
 Y del café las sales deliciosas.
 Cuando en tu ardor vivífico la viertes

Larga fuente de vida y de ventura,
¿No te gozas ¡oh SOL! en su hermosura?

Mas á veces tambien por nuestras cumbres
Truena la tempestad. Entristecido
Velas tu pura faz, mientras las nubes
Sus negras olas por el aire ardiente
Revuelven con furor, y comprimido
Ruje el rayo impaciente,
Estalla, luce, hierre, y un diluvio
De viento y agua y fuego se desata
Sobre la tierra trémula, y el cáos
Amenaza tornar. . . . Mas no, que lanzas
¡Oh SOL! tu dardo irresistible, y rompe
La confusion de nubes, y á la tierra
Llega á dar esperanza. Ella con ansia
Le recibe, sonríe, y rebramando
Huye ante t  la tempestad. Mas puro
Centella tu ancho disco en Occidente.
Respira el mundo paz: bosque y pradera
Se ornan de nuevas galas,
Mientras al cielo con la tierra uniendo
El íris tiende sus brillantes alas.

 Alma de la creacion! Cuando el Eterno
Del primitivo c os
Con imperiosa voz sacó la tierra,
 Qu  fué sin tu presencia? Yermo triste,
Do inmóviles reinaban
Frialdad, silencio, oscuridad. . . . Empero

La voz omnipotente
Dijo: *¡Enciéndase el sol!* y te encendiste,
Y brotaste la luz, que un ráudo vuelo
Pobló los campos del desierto cielo.
¡Oh cuán ardiente, al recibir la vida,
Al curso eterno te lanzaste luego!
¡Cómo, al sentir tu delicioso fuego,
Se animó la creacion estremecida!
La sombra de los bosques,
El cristal de las aguas,
Las brisas y las flores,
Y el rutilante cielo y sus colores
A una mirada tuya parecieron,
Y el placer y la vida
Su gérmen inmortal desenvolvieron.
Y esos planetas, tu feliz corona,
Te obedecen tambien: ráudos giraban
Sin órbita ni centro
Del éter en las vastas soledades.
El Criador soberano sujetólos
A tu poder, y les pusiste rienda,
A tu fuerte atraccion los enlazaste,
Y en derredor de tí los obligaste
A que siguiesen inerrable senda.
Y tú sigues la tuya, que eres solo
Criatura como yo, y estrella débil
(Como las que arden por la noche umbría
En el cielo sin nubes), en presencia

De tu Hacedor y mi Hacedor, que eterno,
Omniscio, omnipotente, dirigiendo
Con designios profundos
Tantos millones férvidos de mundos,
Reina en el corazon del universo.

Espejo ardiente en que el Señor se mira,
Ya nos dé vida en tu fulgor sereno,
Ya con el rayo y espantoso trueno
Al mundo lance su terrible ira:
Gloria del universo,
Del Empíreo señor, padre del día,
¡SOL oye: si mi mente
Alta revelacion no iluminara,
En mi entusiasmo ardiente
A tí, rey de los astros, adorara!

Así en los campos de la antigua Persia
Resplandeció tu altar: así en el Cuzco
Los Incas y su pueblo te acataban.
¡Los Incas! ¡Quién al pronunciar su nombre,
Si no nació perverso,
Podrá el llanto frenar....? Sencillo y puro,
De sus criaturas en la mas sublime,
Adorando al Autor del universo
Aquel pueblo de hermanos,
Alzaba á tí sus inocentes manos.

¡Oh dulcísimo error! ¡Oh SOL! Tú viste
A tu pueblo inocente
Bajo el hierro inclemente

Como pálida mies gemir segado.
Vanamente sus ojos moribundos
Por venganza ó favor á tí se alzaban:
Tú los desatendias,
Y tu carrera eterna proseguias,
Y sangrientos y yertos espiraban.

CONTRA LOS IMPIOS.

Si Dios no existe, ó si de mí se olvida,
Y tan solo al azar debo la vida
Para pasar el mundo,
Cual nube tempestuosa el Océano
A merced de los vientos,
Bien podeis disolveros, elementos,
Que en mí formásteis con acuerdo vano
Turbado pulso y visionaria mente.
Vuestra beldad perezca, dulces flores,
Emblemas ¡ay! de mi funesta suerte:
Vuestras lámparas bellas
En el cielo apagad, puras estrellas,
Si habeis de iluminar mi eterna muerte.
Virtud, de los tiranos enemiga,
Y del hombre de bien sublime amiga,
Eres vana ilusion, y yo te abjuro,
Si el alma qu'etú elevas,

Y al bien y gloria llevas,
Se hunde y parece en el sepulcro oscuro.

¡Doctrina pavorosa!

¡Para lograr tan triste resultado
Analizó la ciencia laboriosa
La tierra y mar, y audaz se ha levantado
Hasta el etéreo cielo,
Que ha recorrido con triunfante vuelo,
Para traernos en horrible fallo
La desesperacion?—Sofistas duros,
¡Jamás amásteis...! Vuestra sien corone
Con seca rama el árbol de la muerte.
El sanguinoso lauro que insolente
La torpe adulacion ciñe al tirano,
No es tan injusto y vil como el que insano
Del incrédulo audaz orna la frente.

¡Oh mundo misterioso,
Que no ilumina el sol, ni el tiempo mide!
La fé sobre tu abismo pavoroso
Divina luz despide;
Y en sus alas ardientes conducida
El alma del cristiano,
Al salir de la tierra lagrimosa,
Al seno del Criador vuela dichosa.

Así el fiero cometa,
Del Empíreo gigante,
Precipita su carro de diamante
De planeta en planeta,

Y atrevido se lanza
Donde ni el pensamiento ya le alcanza.
Mas en algun lugar su curso espira;
Y con mayor violencia
Al sol de que partió volviendo gira.

A LOS GRIEGOS EN 1821.

JAMAS puede un tirano
La cadena cargar al pueblo fuerte
Que enfurecido se alza, lidia, triunfa,
O sufre noble muerte.
¡Pueblos famosos de la antigua Grecia,
Vosotros lo decis! En el orgullo
De su inmenso poder jura Darío
A torpe servidumbre someterlos,
O á la desolacion: estremecida
Yace la tierra, y en silencio yerto
Aguarda el yugo en estupor hundida.
Mas alza Aténas la sublime frente,
E impávida resiste
Al furibundo asolador torrente,
Que en su valor el ímpetu quebranta.
¡Campo inmortal de Maraton! Tú viste
De Milciades magnánimo la gloria;
Y luego en Salamina y en Platea
Temístocles, Arístides, Pausánias,
Triunfan, y en Grecia truena

De libertad el grito y de victoria.

¡Tierra de semidioses! ¡Cómo pudo
Cargarte el musulman la vil cadena,
Que cuatro siglos mísera sufriste?

Raza degenerada,

¿No el nombre de Leónidas oíste?

¿O el depotismo audaz ha devorado
Las páginas de luz en que la historia
Consagra los recuerdos

De tu antigua virtud y de tu gloria?

Mirad cómo se acerca enfurecido
El segundo Mahomet, y precedido
Marcha de sangre y devorante fuego:
En vez de apercibirse á los combates,
¡Ved cuán pálido tiembla el débil griego!
¡Ignominia! ¡Baldon! Su negro manto
Por Grecia desolada

Tiende la esclavitud, y el templo santo
Profana el musulman con sus furores.

Europa consternada se estremece
Cuando la media luna destructora
A Bizancio domina, y vencedora
Cual fúnebre cometa resplandece.

¿Dónde la Grecia fué? ¿Dónde se ocultan
De la brillante Aténas,
Y de la fiera Esparta y de Corinto
El pasado esplendor? Miseria, sangre,
Y muda esclavitud presenta solo

Por cuatro siglos la moderna Grecia.
Sus vírgenes adornan el serrallo
De vil bajá: la yerba solitaria
Crece en el Partenon abandonado.
El viajero en escombros reclinado,
En vano busca suspirando ahora
La patria de las ciencias y las artes,
De Roma y de la tierra la instructora.
¡Ay! todo pereció: su triste anhelo
Halla tan solo de la Grecia antigua
El aire puro y refulgente cielo.

Pero amanece del destino el día,
Y Grecia es libre ya. Se alzan sus hijos,
Que há poco la olvidaban,
O en languidez imbecil suspiraban
Por el socorro infiel del extranjero.
Su genio majestoso,
El de Aristogiton y Armodio fiero,
Deja la tumba, su radiosa frente
En el cabo de Ténaro levanta,
Esclama ¡*Libertad!* ardiendo en ira,
Esperanza y ardor al griego inspira,
Y al feroz musulman hiela y espanta.
Los númenes antiguos
Se ajitan bajo el mármol mutilado,
Que murmura confuso ¡*Guerra ¡Guerra!*
Cual se oye por los senos de la tierra
Vagar trueno profundo y dilatado.

Ya vuelan por la Grecia estremecida
De ¡*Libertad* y ¡*Gloria!* y de ¡*Venganza!*
Furibundos clamores:
Levántanse oprimidos y opresores,
Y ruge la matanza.
¡Nobles Griegos, valor! ¡Que vuestros hijos
Hereden libertad! Con fuerte mano
La barbarie frenad de ese vil pueblo,
Crudo enemigo del linaje humano.
¡No invoqueis á los príncipes de Europa:
De su ambicion en el furor celoso
Los esfuerzos de un pueblo generoso
Con ceño miran y rencor insano.
En un déspota ó rey ven un hermano,
Y es déspota el sultan . . . Pero vosotros,
Armados de valor y alta constancia,
Sin ellos triunfaréis. Cuando los padres,
Al morir en el campo de batalla,
A sus hijos encargan
Sangrienta herencia de venganza y gloria,
Segura es la victoria.

Mas ¡qué vago rumor hiere mi oído,
Cual sordo trueno en nube tempestuosa
Por los valles dilata su bramido?
¡Ved las sombras augustas de los héroes
Abandonar las tumbas do gemian
Su abandono fatal! Arma sus frentes
Profunda indignacion: brillan su ojos,

Bien como rayo entre tormenta umbría,
Y en sus diestras armadas
Resplandecen vibrando las espadas.

“¡Imitadnos,” prorumpen, “ó atrevidos
“ Nuestra gloria eclipsad! La liza abierta
“ Os llama á combatir. La tiranía
“ Por vuestros campos con aliento impuro
“ De fuego y sangre verterá un torrente;
“ Mas no olvideis que secará la fuente
“ A un diluvio de lágrimas futuro.
“ ¡Cedereis? ¡No! ¡Jamás! Ventura, gloria
“ Y libertad os guarda la victoria,
“ Y la derrota esclavitud, ó muerte.
“ En vuestros gefes nuestro aliento fuerte
“ Invisibles pondrémos,
“ Y á sus pasos do quier presidirémos.”

Y os inspiran, caudillos vengadores,
Que al griego conducis á los combates
De ardor sublime y esperanza lleno.
¡Magnánimo Ipsilanti!
¡Noble Cantacuzeno!
Haced la independendencia de la Grecia,
Y haced su libertad. La Grecia libre
Supo arrostrar de Xerxes y Darío
El inmenso poder: la Grecia esclava
Al musulman cedió . . . ¡Lección terrible,
Que aprovechar debeis! Europa entera
Y de la noble América los hijos,

Guirnaldas tejen de laurel y rosas
Que os adornen las frentes generosas.
Vuestro puro patriótico ardimiento
A nuestros nietos contará la historia,
Y en el augusto templo de la gloria
De Washington á par tendréis asiento.

¡Oh! ¡No lo veis? De Grecia las montañas
Fuego desolador va recorriendo,
Y el Eurótas sonante y el Pamiso
Escuchan retumbar en sus orillas
De áspera lid el tormentoso estruendo.
El grito *¡Libertad!* los aires llena,
Y el Bósforo ajitado
Hasta Bizancio *¡Libertad!* resuena.

Del sultan al mortífero decreto
Se lanzan los genízaros.... Miradlos
Del griego vengador bajo la espada
Desparecer, como al furor del fuego
La yerba de los campos desecada.
Salamina repítese y Platea.
Mas ¡qué valen? ¡Oh Dios! ¡Nunca se agota
El torrente de bárbaros...? ¡Oh! ¡Vedlo
Cuál se renueva sin cesar, y corre
Como el flujo feroz del Océano,
Violento, asolador, irresistible....!
¡Oh ceguedad funesta, incomprensible,
De matar y morir por un tirano!

¡Cuánta sangre y furor! Reyes de Europa,

¿Cómo en vuestros oídos
No suenan los tremendos alaridos
Con que asordado el Bósforo retumba?
¡Oh! ¿Ser podeis friamente espectadores
De la lucha de Grecia y sus horrores?
¿Esperais de ese pueblo generoso
El estermínio...?—Refrenad la furia
Del musulman fanático, y lanzadlo
A los desiertos de Asia, donde viva
Sin matar ni oprimir. Aquesta guerra
Util, noble, sagrada,
Aceptarán con gozo las naciones;
Del mundo escitaréis las bendiciones,
Y el culto de la Grecia libertada.

¡Ay! mis ojos ¡oh Grecia vengadora!
Tu gloria no verán. La muerte fiera,
De mi edad en la dulce primavera,
Cual flor por el arado atropellada,
Va á despeñarme en la region sombría
Del sepulcro fatal. ¡Oh lira mia!
Estos serán los últimosacentos
Que haga salir de tí mi débil mano.
Mas el hado no heló mi fantasía,
Y en sus alas fogosas conducido
Vivo en el porvenir. Como un espectro,
Del sepulcro en el borde suspendido,
Dirijo al cielo mi postrero voto
Por que triunfes ¡oh Grecia! Ya te miro

Lanzar á los tiranos indignada,
Y á la alma Libertad servir de templo;
Y al mundo escucho que feliz aplaude
Victoria tal y tan glorioso ejemplo.

AL COMETA DE 1825.

PLANETA de terror, monstruo del cielo,
Errante masa de perennes llamas,
Que iluminas é inflamas
Los desiertos del éter en tu vuelo;
¿Qué universo lejano
Al sistema solar hora te envía?
¿Te lanza del Señor la airada mano
A que destruyas en tu curso insano
Del mundo la armonía?

¿Cuál es tu origen, astro pavoroso?
El sabio laborioso
Para seguirte se fatiga en vano,
Y mas allá del invisible Urano
Ve abismarse tu carro misterioso.
¿El influjo del sol allá te alcanza,
O una funesta rebelion te lanza
A ilimitada y férvida carrera?
Bandido inquietable de la esfera,
¿Ningun sistema habitas,
Y tan cerca del sol te precipitas



Para insultar su majestad severa?

Huye su luz, y teme que indignado
A su vasta atraccion ceder te ordene,
Y entre Jove y Saturno te encadene,
De tu brillante ropa despojado.

Mas si tu curso con furor completas
Y le hiere tu disco de diamante,
Arrojarás triunfante

Al sistema solar nuevos planetas.

Astro de luz, yo te amo. Cuando mira
Tu faz el vulgo con asombro y miedo,
Yo, al contemplarte ledó,
Elévome al Criador: mi mente admira
Su alta grandeza, y tímida le adora.
Y no tan solo ahora
En mi alma dejas impresion profunda.
Ya de la noche en el brillante velo,
De mi niñez en los ardientes dias,
A mi ajitada mente parecias
Un volcan en el cielo (*).

El ángel silencioso
Que hora inocente direccion te inspira,
Se armará del Señor con la palabra,
Cuando en el libro del destino se abra
Una sangrienta página de ira.

[*] Aquí se supone que el cometa de 1825 es el mismo
que con tanto brillo apareció en el año de 1811.

¡Entonces furibundo
Chocarás con los astros, que lanzados
Volarán de sus órbitas, hundidos
En el éter profundo;
Y escombros abrasados
De mundos destruidos,
Llevarán el terror á otro sistema....!
Tente, musa: respeta el velo oscuro
Con que de Dios la majestad suprema
Envuelve la region de lo futuro.
Tú, Cometa fugaz, ardiente vuela;
Y á millones de mundos ignorados
El Hacedor magnífico revela.

EN EL *TEOCALLI* DE CHOLULA.

¡Cuanto es bella la tierra que habitaban
Los aztecas valientes! En su seno
En una estrecha zona concentrados
Con asombro se ven todos los climas
Que hay desde el polo al ecuador. Sus llanos
Cubren á par de las doradas mieses
Las cañas deliciosas. El naranjo,
Y la piña y el plátano sonante,
Hijos del suelo equinoccial, se mezclan
A la frondosa vid, al pino agreste,
Y de Minerva al árbol majestoso.

Nieve eternal corona las cabezas
De Iztaccihuatl purísimo, Orizava
Y Popocatepetl; sin que el invierno
Toque jamas con destructora mano
Los campos fertilísimos, do ledó
Los mira el indio en púrpura ligera
Y oro teñirse, reflejando el brillo
Del sol en Occidente, que sereno
En hielo eterno y perennal verdura
A torrentes vertió su luz dorada,
Y vió á naturaleza conmovida
Con su dulce calor hervir en vida.

Era la tarde: su ligera brisa
Las alas en silencio ya plegaba,
Y entre la yerba y árboles dormía,
Mientras el ancho sol su disco hundía
Detras de Iztaccihuatl. La nieve eterna
Cual disuelta en mar de oro, semejaba
Temblar en torno de él: un arco inmenso
Que del Empíreo en el zenit finaba,
Como espléndido pórtico del cielo,
De luz vestido y centellante gloria,
De sus últimos rayos recibía
Los colores riquísimos. Su brillo
Desfalleciendo fué: la blanca luna
Y de Vénus la estrella solitaria
En el cielo desierto se veían.
¡Crepúsculo feliz! Hora mas bella

Que la alma noche ó el brillante dia,
¡Cuánto es dulce tu paz al alma mia!

Hallábame sentado en la famosa
Cholulteca pirámide. Tendido
El llano inmenso que ante mí yacia,
Los ojos á espaciarse convidaba.
¡Qué silencio! ¡qué paz! ¡Oh! ¡quién diria
Que en estos bellos campos reina alzada
La bárbara opresion, y que esta tierra
Brotaba mieses tan ricas, abonada
Con sangre de hombres, en que fué inundada
Por la supersticion y por la guerra...?

Bajó la noche en tanto. De la esfera
El leve azul, oscuro y mas oscuro
Se fué tornando; la movible sombra
De las nubes serenas, que volaban
Por el espacio en alas de la brisa,
Era visible en el tendido llano.

Iztaccihuatl purísimo volvía
Del arjentado rayo de la luna
El plácido fulgor, y en el Oriente,
Bien como puntos de oro, centellaban
Mil estrellas y mil... ¡Oh! yo os saludo,
Fuentes de luz, que de la noche umbría
Ilumináis el velo,
Y sois del firmamento poësía!

Al paso que la luna declinaba,
Y al ocaso fulgente descendia,

Con lentitud la sombra se estendia
Del Popocatepetl, y semejaba
Fantasma colosal. El arco oscuro
A mí llegó, cubrióme, y su grandeza
Fué mayor y mayor, hasta que al cabo
En sombra universal veló la tierra.

Volví los ojos al volcan sublime,
Que velado en vapores transparentes,
Sus inmensos contornos dibujaba
De Occidente en el cielo.

¡Gigante del Anáhuac! ¡cómo el vuelo
De las edades rápidas no imprime
Alguna huella en tu nevada frente?
Corre el tiempo veloz, arrebatando
Años y siglos, como el Norte fiero
Precipita ante sí la muchedumbre
De las olas del mar. Pueblos y reyes
Viste herir á tus piés, que combatian
Cual hora combatimos, y llamaban
Eternas sus ciudades, y creian
Fatigar á la tierra con su gloria.
Fueron: de ellos no resta ni memoria.
¿Y tú eterno serás? Tal vez un dia,
De tus profundas bases desquiciado,
Caerás; abrumará tu gran ruina
Al yermo Anáhuac; alzáranse en ella
Nuevas generaciones, y orgullosas
Que fuiste negarán...

Todo perece

Por ley universal. Aun este mundo
Tan bello y tan brillante que habitamos,
Es el cadáver pálido y deforme
De otro mundo que fué...

En tal contemplacion embebecido
Sorprendióme el sopor. Un largo sueño
De glorias engolfadas y perdidas
En la profunda noche de los tiempos
Descendió sobre mí. La agreste pompa
De los reyes aztecas desplegóse
A mis ojos atónitos. Veia
Entre la muchedumbre silenciosa
De emplumados caudillos levantarse
El déspota salvaje en rico trono,
De oro, perlas y plumas recamado;
Y al son de caracoles belicosos,
Ir lentamente caminando al templo
La vasta procesion, do la aguardaban
Sacerdotes horribles, salpicados
Con sangre humana rostros y vestidos.
Con profundo estupor el pueblo esclavo
Las bajas frentes en el polvo hundia,
Y ni mirar á su señor osaba,
De cuyos ojos férvidos brotaba
La saña del poder.

Tales ya fueron
Tus monarcas, Anáhuac, y su orgullo,

Su vil supersticion y tiranía
En el abismo del no ser se hundieron.
Sí, que la muerte, universal señora,
Hiriendo á par al déspota y esclavo,
Escribe la igualdad sobre la tumba.
Con su manto benéfico el olvido
Tu insensatez oculta y tus furores
A la raza presente y la futura.
Esta inmensa estructura
Vió á la supersticion mas inhumana
En ella intronizarse. Oyó los gritos
De agonizantes víctimas, en tanto
Que el sacerdote, sin piedad ni espanto,
Les arrancaba el corazon sangriento:
Miró el vapor espeso de la sangre
Subir caliente al ofendido cielo,
Y tender en el sol fúnebre velo,
Y escuchó los horrendos alaridos
Con que los sacerdotes sofocaban
El grito del dolor.

Muda y desierta
Ahora te ves pirámide. ¡Mas vale
Que semanas de siglos yazcas yerma,
Y la supersticion á quien serviste
En el abismo del infierno duerma!
A nuestros nietos últimos, empero,
Sé leccion saludable; y hoy al hombre,
Que ciego en su saber fútil y vano

Al cielo, cual Titan, truenas orgulloso,
Sé ejemplo ignominioso
De la demencia y del furor humano.
(*Diciembre de 1820.*)

LA VISION.

Imitacion de Lord Byron.

Un sueño tuve fúnebre y extraño.
Estinguirse ví el sol, y las estrellas
En el espacio eterno silenciosas,
Estraviadas y pálidas giraban.
La tierra helada, ennegrecida y ciega,
En la pesada atmósfera dormía,
Y las cansadas horas se arrastraban,
Sin que en sus alas lánguidas trajeran
La vuelta de la luz. Los hombres todos
Sus míseras pasiones é intereses
Sepultaron al fin en el abismo
De universal desolacion. Vivian
Al esplendor de hogueras, y los tronos,
Los palacios de reyes coronados
Y las chozas humildes consumieron
Por procurarse luz. Grandes ciudades
Así desaparecieron, y los hombres
En torno á sus hogares abrasados,
Para mirarse por la vez postrera

Se congregaban. Los antiguos bosques
Se incendiaron tambien: hora tras hora
Consumidos cayendo se apagaban.
De aquella luz al lúgubre reflejo
Los hombres azorados parecian
Espectros yertos, pálidos: algunos
Los ojos encubriéndose lloraban:
Otros, corriendo por do quier, miraban
Con desesperacion al yermo cielo,
Que tenebroso y mudo, parecia
El paño funeral del mundo muerto.
Con blasfemias feroces á la tierra
Luego inclinaban los cansados ojos,
Rechinando los dientes, y morian.
Los pájaros silvestres por do quiera
Atónitos vagaban, y la tierra
Con sus alas inútiles batian.
Las bestias mas agrestes y feroces,
En trémulas y mansas convertidas,
Mezclábanse á los hombres. Las serpientes
Entre la multitud se deslizaban
Sin ofender, con lamentable silbo,
Y aquel hambriento pueblo devorólas.
La guerra, en el principio sosegada,
Rujó mas furibunda: las comidas
Compráronse con sangre: cada uno,
Perdido en las tinieblas, engullia
Su mezquina porcion. Se disolvieron

Del afecto los lazos, y la tierra
En solo el pensamiento se abismaba
De inminente, fatal y oscura muerte.
El hambre las entrañas consumía:
Espiraban los hombres, y sus huesos
Quedaban, cual sus carnes, insepultos.
Los flacos á los flacos devoraban,
Los perros á sus amos embestian,
Esceptuando uno solo, que un cadáver
Guardando estaba con doliente ahullido,
Y al fin murió, lamiéndole la mano.
Dos de una gran ciudad sobrevivieron,
Y eran mortales fieros enemigos.
Junto á un altar del fuego devorado
Vinieron á encontrarse; con sus manos
Descarnadas y yertas revolviendo
Las brasas moribundas y cenizas,
Alzaron débil momentánea llama,
Y al verse con su luz el uno al otro,
Gritaron de terror y perecieron.
Quedó el mundo vacío, despojado
De árboles, yerbas, hombres y de vida,
Sin tiempo ni estaciones, mudo cáos.
Los rios, lagos y mares sumergidos
En un silencio fúnebre yacian,
Y en sus profundidades cavernosas
Ningun ser animado se ajitaba.
Acabaron las férvidas mareas

Al espirar la luna, su señora;
Los vientos en la atmósfera encantados
Se consumieron, y también las nubes,
Y tinieblas informes, silenciosas,
Reemplazaron del todo al universo.

A MI PADRE ENCANECIDO

•
EN LA FUERZA DE SU EDAD.

●
Es el sepulcro puerta de otro mundo:
Los sabios y los buenos
Así lo afirman, y de espanto llenos
Tiemblan los malos á su horror profundo.

¡Verdad sublime! ¡Oh PADRE! Bastaría
Tu dolor elocuente
A demostrarla, y á fijar mi mente
En los tormentos de la duda impía,

Deja que vil calumnia se prepare,
Porque has obedecido
El acento del Dios que ha prometido
Piedad y amor á quien piedad usare.

Los pueblos te bendicen: ellos fueron
De tu virtud testigos,
Y cargan á tus torpes enemigos
La justa execracion que merecieron.

No tus canas fijó del tiempo el vuelo,
Sí, noble desventura. . . .
—¡Contempla ese volcan! ¿Su nieve pura
No prueba, dí, su inmediasion al cielo. . .

ATENAS Y PALMIRA.

AL contemplar las áticas llanuras
En la serena cumbre del Himeto,
Espectáculo espléndido se goza.
Vense grupos de palmas, que otro tiempo
Oyeron de Platon la voz divina,
Y entre masas brillantes de verdura
Alza el olivo su apacible frente.
Cubre la viña el ondulante suelo
De esmeraldas y púrpura, y los valles
En diluvio de luz el sol inunda.
Entre tantas bellezas, majestosa
Con marmóreo esplendor domina Aténas.
En sus dóricos templos y columnas
Juega la luz rosada,
Y con mágica tinta
El contorno fugaz colora y pinta.
¡Cuadro admirable y delicioso! Empero
Goza placer mas puro y mas sublime
El solitario y pensador viajero
Que á la luz del crepúsculo sombrío,

Entre un océano de caliente arena
Contempla el esqueleto de Palmira,
De alto silencio y soledad cercado.
¡Desolacion inmensa! El obelisco,
Cual roble anciano, se levanta al cielo
Con triste majestad, y el cardo infausto,
Brotando en grietas del marmóreo techo,
Al viento sirio silba. En los salones
Do la elegancia y el poder moraron,
Hoy la culebra solitaria gira.
En el suelo de templos quebrantados
Crecen los pinos, y en las anchas calles,
Que antes hirvieron en rumor y vida,
Se mira ondear la yerba silenciosa.
Do quier yacen columnas derribadas
Unas sobre otras, y en la gran llanura
Incontables parecen los despojos
De la grandeza y del poder pasado.
Arcos, palacios, templos y obeliscos
Forman un laberinto pavoroso
En que inmóvil se asienta
El silencioso genio de las ruinas,
Y altas verdades, máximas divinas .
De su frente el dolor al sabio cuenta.

CARACTER DE MI PADRE.

Integer vitæ, scelerisque purus.

HORAT.

CANDOROSA virtud meció su cuna.
Fióle Clio su pincel sagrado;
Su espada Témis. Contrastó indignado
Al sangriento poder y la fortuna.

Siempre fué libre. De su frente pura
El ceño augusto fatigó al tirano,
Cuya cobarde y vengativa mano
Vertió en su vida cáliz de amargura.

Humanidad fué su ídolo. Piadoso
Le hallaron el opreso, el desvalido:
Fué hijo tierno, patriota esclarecido,
Buen amigo, buen padre y buen esposo.

Hombres que de ser libres haceis gloria,
El adoraba en vuestro altar augusto:
El polvo respetad de un hombre justo
Y una lágrima dad á su memoria.

A SILA.

TRIUNFANTE Sila, cuyo carro fiero
En las ruedas giró de la fortuna,
La antigua libertad desde tu cuna
Fué tu divinidad, tu amor primero.

Pero la Roma vil en que viviste
No era ya la de Curcio y Cincinato
Y Fabricio y Scipion: su pueblo ingrato
Demandaba opresion, y se la diste.

De su antigua virtud sin el tesoro,
El senado magnífico de reyes
Que al orbe sometido impuso leyes,
Prostituyó el poder, vendióse al oro.

Roma, víctima inmensa de facciones,
Capaz de esclavitud, no de obediencia,
Enmudeció temblando en tu presencia
A fuerza de furor y proscripciones.

No fuiste vil por opresor: en vano
Quisieras libertad: solo veias
Crímen y esclavos.—En tan negros dias
Yo hubiera sido como tú tirano.

Con todo tu furor, romano fuiste,
Porque la alzaste al fin libre y señora,
Y con una sonrisa aterradora
Mas que mortal diadema depusiste.

Si tu brazo feroz á Roma oprime,
La liberta tu esfuerzo generoso:
Tú no faltaste á tu valor glorioso,
Faltó tu siglo á tu virtud sublime.

Abdicaste el poder. Tu única gloria
Terror profundo en su grandeza inspira,
Y a los ojos del mundo que te admira
Aislado te alzas en la vasta historia.

Diste con tanta sangre á los romanos
Saludable leccion. Así tu nombre,
Que vivirá inmortal, tremendo asombro
A facciosos, cobardes y tiranos.

EN UN RETRATO

DEL AUTOR PROSCRIPTO, A SU MADRE.

No estrañes de mi frente la tristeza:
Cuando el pincel copiaba mi semblante,
En tí pensaba, y en aquel instante
Me mandaba sentir naturaleza.

EN UNA TEMPESTAD.

HURACAN, huracan, venir te siento,
Y en tu soplo abrasado
Respiro entusiasmado
Del señor de los aires el aliento.

En las alas del viento suspendido
Vedle rodar por el espacio inmenso,
Silencioso, tremendo, irresistible
En su curso veloz. La tierra en calma
Siniestra, misteriosa,
Contempla con pavor su faz terrible.
¿Al toro no mirais? El suelo escarban

De insoportable ardor sus piés heridos:
La frente poderosa levantando,
Y en la hinchada nariz fuego aspirando,
Llama la tempestad con sus bramidos.

¡Qué nubes! ¡qué furor! El sol temblando
Vela en triste vapor su faz gloriosa,
Y su disco nublado solo vierte
Luz fúnebre y sombría,
Que no es noche ni día . . .

¡Pavoroso color, velo de muerte!
Los pajarillos tiemblan y se esconden
Al acercarse el huracan bramando,
Y en los lejanos montes retumbando
Le oyen los bosques, y á su voz responden.

Llega ya. . . ¡No le veis? ¡Cuál desenvuelve
Su manto aterrador y majestoso . . . !

¡Gigante de los aires, te saludo. . . !

En fiera confusion el viento ajita
Las orlas de su parda vestidura. . .

¡Ved . . . ! en el horizonte

Los brazos rapidísimos enarca,

Y con ellos abarca

Cuanto alcanzo á mirar, de monte á monte.

¡Oscuridad universal . . . ! ¡Su soplo

Levanta en torbellinos

El polvo de los campos ajitado. . . !

En las nubes retumba despeñado

El carro del Señor, y de sus ruedas

Brota el rayo veloz, se precipita,
Hiere y aterra el suelo,
Y su lívida luz inunda el cielo,

¡Qué rumor! ¡Es la lluvia . . . ! Desatada
Cae á torrentes, oscurece el mundo,
Y todo es confusion, horror profundo.
Cielo, nubes, colinas, caro bosque,
¡Dó estais . . ? Os busco en vano:
Desparecísteis . . . La tormenta umbría
En los aires revuelve un Océano
Que todo lo sepulta . . .

Al fin, mundo fatal, nos separamos:
El huracan y yo solos estamos.

¡Sublime tempestad! ¡cómo en tu seno,
De tu solemne inspiracion henchido,
Al mundo vil y miserable olvido,
Y alzo la frente, de delicia lleno!
¡Dó está el alma cobarde
Que teme tu rujir...? Yo en tí me elevo
Al trono del Señor: oigo en las nubes
El eco de su voz; siento á la tierra
Escucharle y temblar. Ferviente lloro
Desciende por mis pálidas mejillas,
Y su alta majestad trémulo adoro.

[*Setiembre de 1821.*]

EN EL SEPULCRO DE UN NIÑO.

AL brillar la razón á su alma pura,
Miró los males del doliente suelo:
Gimió; y los ojos revolviendo al cielo,
Voló buscando perennal ventura.

CONTEMPLACION.

¡CUAN inmenso te tiendes y brillante,
Firmamento sin límites! Do quiera
En el puro horizonte iluminado
Por la arjentada lumbre de la luna,
Te asientas en el mar. Las mansas olas
Del viento de la tierra al blando soplo
Levemente agitadas, en mil formas
Vuelven la luz serena que despide
La bóveda esplendente, y el silencio
Y la quietud que reina en el profundo,
Llevan el alma á meditar.

¡Oh cielo,
Fuente de luz, eternidad y gloria!
¡Cuántas altas verdades he aprendido
Al fulgor de tus lámparas eternas!
De mi niñez en los ardientes días
Mi padre venerable me contaba
Que Dios, presente por do quier, miraba

Del hombre las acciones, y en la noche,
El cielo de los trópicos brillante
Contemplando con éstasis, creía
Que tantas y tan fúlgidas estrellas
Eran los ojos vivos, inmortales
De la Divinidad.

Cuando la vista
A la region etérea levantamos,
Atónitos en ella contemplamos
Del Hacedor sublime la grandeza.
En el fondo del alma pensativa
Se abre un abismo indefinible: el pecho
Con suspirar involuntario invoca
Una felicidad desconocida,
Un objeto lejano y misterioso,
Que del mundo visible en los confines
No sabe designar. La fantasía,
Al recorrer la multitud brillante
De soles y sistemas enclavados
En su gloriosa eternidad, se humilla
Ante el Criador, y tímida le adora.

Las leyes inmortales que encadenan
Esta celeste fábrica, y los astros
En elíptico giro precipitan,
No desdeñan del hombre la miseria;
Y con profundo universal acento
Le dictan su deber. En todo clima,
Del polo al ecuador, su voz augusta

Beneficencia y paz impone al hombre,
Que de pasiones fieras ajitado
Turba con su furor el triste globo,
Y á error, venganza y ambicion erije
Sangrientos y sacrílegos altares.

Alma sublime, universal del mundo,
Que en los humanos pechos colocaste
La semilla del bien, la mente mia
De la santa virtud por el sendero
Dígnate dirigir: abre mi oído
Al grito del dolor; haz que mi seno
De la tierna piedad guarde la fuente,
Y á la opresion, al crimen insolente,
Pueda arrostrar con ánimo sereno.

A MI PADRE EN SUS DIAS.

CUANDO feliz tu familia
Se dispone, caro PADRE,
A solemnizar la fiesta
De tus plácidos natales,
Yo, el primero de tus hijos,
Tambien primero en lo amante,
Hoy lo mucho que te debo
Con algo quiero pagarte.
¡Oh! ¡cuán gozoso repito
Que tú, de todos los padres

Has sido para conmigo
El modelo inimitable!
De mi educacion el peso
A cargo tuyo tomaste,
Y nunca á manos ajenas
Mi tierna infancia fiaste.
Amor á todos los hombres,
Temor á Dios me inspiraste,
Odio á la atroz tiranía
Y á las intrigas infames.
Oye, pues, los tiernos votos
Que por tí FILENO hace,
Y que de su labio humilde
Hasta el Eterno se parten.
Por largos años el cielo
Para la dicha te guarde
De la esposa que te adora
Y de los hijos amantes.
Puedas ver á tus biznietos
Poco á poco levantarse,
Como los verdes renuevos
En que árbol noble renace,
Cuando al impulso del tiempo
La frente sublime abate.
Que en torno tuyo los veas
Triscar y regocijarse,
Y entre cariño y respeto,
Inciertos y vacilantes,

Halaguen con labio tierno
Tu cabeza respetable.
Deja que los opresores
Osen faccioso llamarte,
Que el odio de los perversos
Dá á la virtud mas realce.
En vano blanco te hicieron
De sus intrigas cobardes
Unos reptiles impuros,
Sedientos de oro y de sangre.
¡Hombres odiosos. . . ! Empero
Tu alta virtud depuraste,
Cual oro al crisol descubre
Sus finísimos quilates.
A mis ojos te engrandecen
Esos hermosos pesares,
Y si fueras mas dichoso,
Me fueras menos amable.
De la triste Venezuela
Oye al pueblo cuál te aplaude,
Llamándote con ternura
Su defensor y su padre.
Vive, pues, en paz dichosa:
Jamás la calumnia infame
Con hálito pestilente
De tu honor la luz empañe.
Entre tus hijos te vierta
Salud bálsamo suave,

Y amor te brinde risueño
Las caricias conyugales.

[*Noviembre de 1819*]

PROGRESOS DE LAS CIENCIAS.

FRAGMENTO.

La física incansable, indagadora,
Analiza la gran naturaleza.
Elevándose al éter Galileo
Entre persecuciones y peligros,
De inquisidor fanático á despecho,
Consagrados errores disipando,
Su libertad revindicó á la mente.
Armó de nuevos ojos al humano;
La noble frente á Júpiter sublime
Coronó de satélites, y á Febo
Sentó en inmóvil refulgente trono.

El volador cometa vagabundo
De siglo en siglo iluminaba el cielo
Con siniestro fulgor, vaticinando
Fúnebre porvenir. La ciencia osada
Midió por fin su elíptico sendero,
Anunció su venida, despojóle
De usurpado terror, y el astro humilde
Obedeció del sabio los decretos.

Torricelli, Pascal, su peso miden
A la impalpable atmósfera: encerrado
En férreo tubo el aire se desata,
Y feroz entre sí lanza la muerte.
Hijo del sol el septiforme rayo,
Por cristalino prisma dividido,
Entre la oscuridad que le circunda
Hace brillar del iris los colores.
En el convexo lente deja dócil
Su fulgente corona, y concentrando
Se arma feroz de innumerables puntas,
A los metales y al diamante muerde.

En primorosa imitacion la esfera
Rueda en sus ejes, dividiendo el año,
Hace girar en su órbita la tierra,
Y de ella en pos á la inconstante luna.
A la vista Saturno aproximado
Revuelve sus anillos misteriosos,
Que oculta ó muestra: Júpiter eclipsa
Sus brillantes satélites, y el sabio
Nota el momento y las distancias mide.

El imanado acero en equilibrio
Busca del Norte la querida estrella,
Y en el inmenso mar, en negra noche,
Fija su rumbo al navegante incierto.
El agua del calor atormentada,
O al choque de la eléctrica centella,
En diferentes gases convertida,

A la llama voraz pábulo presta:

Con inocente estrépito á los ojos
Estalla y luce simulado rayo,
Que enseñó la atraccion del verdadero,
Y pudo el hombre desarmar las nubes.
Del galvanismo al poderoso impulso
Tiembla y se ajita el pálido cadáver
Con misteriosa convulsion, y casi
Duda su triunfo atónita la muerte.

Fiero coloso el arador se torna
Del microscopio mágico en el seno,
Y en sus miembros y espalda cristalina
Centenares de músculos se cruzan.
En un grano de polvo imperceptible
Hierven insectos mil, y nuevos mundos
A la asombrada vista se presentan.

Entre los senos de la tierra ocultos
La química sorprende á los metales,
Y su corriente sólida persigue.
La accion devoradora de la llama
Hace brotar de calcinadas piedras
El líquido mercurio, y resplandece
Entre la arena vil pálido el oro.

De blanda seda refulgente globo
Hinche ligero gas: en él suspenso
Deja la tierra el físico atrevido,
Con rápido volar hiende las nubes,
Muy mas allá de su region oscura

Bebe del sol purísimo la lumbre,
Y sobre un horizonte ilimitado
Los desiertos del éter señorea.

SONETOS.

I.

INMORTALIDAD.

CUANDO en el éter fúlgido y sereno
Arden los astros por la noche umbría,
El pecho de feliz melancolía
Y confuso pavor siéntese lleno.

¡Ay! ¡así girarán cuando en el seno
Duerma yo inmóvil de la tumba fría !
Entre el orgullo y la flaqueza mia
Con ansia inútil suspirando peno.

Pero ¡qué digo?—Irrevocable suerte
Tambien los astros á morir destina,
Y verán por la edad su luz nublada.

Mas superior al tiempo y á la muerte
Mi alma, verá del mundo la ruina,
A la futura eternidad ligada.

II.

ROMA.

ENVUELTA en sangre y pavoroso estrago
Combate Roma con feroz anhelo:
Llena el mundo su nombre, sube al cielo,
Y las naciones tiemblan á su amago.

Su águila fiera por el aire vago
Hiende las nubes con ardiente vuelo,
Y apenas mira en el distante suelo
Las ruinas de Corinto y de Cartago.

¡Qué la valió? Carbon, Mario implacable.
Y Sila vengador, y César fuerte,
Huellan del orbe á la infeliz señora.

Y otros . . . ¡Oh Roma grande y miserable.
Que ansiando lauros y poder de muerte,
No supo ser de sí reguladora!

III.

CATON.

DE Roma esclava defensor augusto,
De Utica en la ribera miserable
Opónese CATON inexorable
A César vencedor y Jove injusto.

Ajeno de furor, libre de susto,
Contempla su destino inevitable

De la tierra el señor bríndale afable
Su favor y amistad; mas él adusto,
“ Desprecio, clama,” tu piedad. Mi vida
“ Al hado vil justificar pudiera
“ Que tu ambicion y crímenes corona.”
Dice, rasga su pecho: por la herida
Indignada se lanza el alma fiera,
Y el cadáver á César abandona.

IV.

SOCRATES.

No, jueces, condeneis con ciega ira
De la augusta verdad al sabio amante
¡Cielos . . . ! el vil Melito ya triunfante
La venganza logró por que suspira

SOCRATES firme con piedad le mira,
El se demuda, y con igual semblante,
Apurando el veneno devorante,
En brazos de Platon el sabio espira.

Presto remordimientos dolorosos
Aténas siente, y su crueldad gimiendo
Maldice, y sus fanáticos furores.

Temed, mortales, oprimir furiosos
A la virtud sagrada, persiguiendo
Al que osa combatir vuestros errores.

V.

NAPOLEON.

SIN rey ni leyes, Francia desolada
De anárquico furor cayó en la hoguera:
Salvóla BONAPARTE: lisonjera
La gloria en cetro convirtió su espada.

Tembló á su voz Europa consternada:
Reyes la dispensó con faz severa
En Moscow, en Madrid su águila fiera,
En Roma y Viena y en Berlin vió alzada.

¿Cómo cayó...? Vencido, abandonado,
En un peñasco silencioso espira,
Dando ejemplo á los déspotas terrible.

Al contemplar su fin desventurado,
Clama la historia, que su genio admira:
¡No hay opresion por fuerte irresistible!

VI.

A D. DIEGO MARIA GARAY,

EN EL PAPEL DE JUNIO BRUTO.

Cónsul libertador, padre de Roma,
¿Por qué nubla el dolor tu adusta frente,
Y en vano reprimido, llanto ardiente
A tus cargados párpados asoma?

Lanza discordia su funesta poma,
Y ansian tus hijos con furor demente
Que Tarquino feroz rija insolente
Al pueblo-rey, que á los tiranos doma.

Dictas fallo de muerte: el pueblo gime
Entre piedad y horror. . . . Con faz umbría
El alma cubres de tormentos llena. . . .

—Tal respiraba en tí, GARAY sublime,
Bruto, y fiero, terrible, parecia
El Dios que airado en el Olimpo truena.

LOS SEPULCROS

A DON MANUEL ROBREDO.

¡De lánguidos cipreses á la sombra,
Y en urnas que el amor baña con llanto,
Es mas plácido el sueño de la tumba?
Cuando el sol á mis ojos estinguidos
No resplandezca ya, ni á mis oídos
Llegue la dulce voz de la armonía,
Ni el tierno amor mi corazon inflame,
Ni el halagüeño porvenir me ria,
¡Podrá darme consuelo yerta losa,
Que distinga mis huesos de otros tantos
Que en la tierra y el mar siembra la muerte?
No, querido MANUEL: aun la esperanza,
Diosa final, de los sepulcros huye:

El pavoroso indiferente olvido
Lo envuelve todo en su profunda noche;
Y el hombre, los sepulcros, y ruinas
De tierra y cielo, en insondable abismo
Sepulta el tiempo con helada mano.

Mas, ¿para qué los míseros mortales,
Al tiempo anticipándose, destruyen
La piadosa ilusion que en los umbrales
De la huesa fatal detiene al muerto?
¿Aun no vive en la tumba, cuando puede
Tras sí dejar recuerdos cariñosos,
O de útil gloria noble monumento?
Esta de afectos comunión divina
Es un celeste dón á los humanos:
Por ella con los muertos aun vivimos,
Y con nosotros ellos. Sus reliquias
De la inclemencia y del profano vulgo
Defiende la piedad. El caro nombre
Conserva el mármol ó la piedra humilde,
Y árboles odoríferos, floridos,
Con blanda sombra las cenizas bañan.

Solo quien al amor negó su pecho,
Se concentra en la tumba. Su alma triste
Se precipita al tormentoso Averno,
O bien se acoge á las inmensas alas
De la clemencia celestial. Su polvo
Cubren los cardos y ominosa ortiga;
Que sobre las reliquias de los muertos

Jamas brotaron apacibles flores,
Si no las riega del afecto el llanto.

Do quier que sociedad juntó á los hombres.
Contra los elementos y las fieras
Guardaron los cadáveres. Las tumbas
Garantizaban los remotos fastos,
Eran aras tambien, y fué temido
Sobre el paterno polvo el juramento.
Los cedros, los cipreses y los sauces,
Llenando el aire con efluvios puros,
Sombra perenne y plácida tendian
Sobre las urnas. Los amigos fieles
Una centella al sol arrebatában
Para alumbrar la subterránea noche
Que en sepulcrales bóvedas reinaba;
Porque siempre los ojos moribundos
Buscan al sol, y el último suspiro
A la nublada luz todos exhalan.
De agua lustral murmuradoras fuentes
Violetas y amarantos producian;
Y los hijos, las madres, las esposas,
Al obsequiar las adoradas tumbas
Con láctea libacion, en la fragancia
Elíseo aroma respirar creían.

Las urnas de los sabios y los fuertes,
Patriótico valor, virtud respiran.
De Maraton las coronadas tumbas
Los magnánimos pechos inflamaron

A los héroes de Grecia, y la semilla
De un bosque de laureles germinaron.
Al contemplar de Washington divino
El modesto sepulcro, nos llenamos
De amor de patria y libertad, y osamos
Luchar con los tiranos y el destino.

A LA NOCHE.

REINA la noche: con silencio grave
Giran los sueños en el aire vano:
Cándida, pura, el silencioso llano
Viste la luna de su luz suäve,
¡Hora de paz....! Aquí, do á nadie miro,
En esta cumbre alzado,
Héme señor del mundo abandonado.

¡Cómo embelesa la quietud augusta
De la natura á la sensible alma
Que oye su voz, y en deleitosa calma
De esa mansion y en su silencio gusta!
Grato silencio que interrumpe el rio,
Distante murmurando,
O en las hojas del viento susurrando.

Ya de la noche con el fresco ambiente
Gira en lánguidas alas el reposo,
Que vela fiel bajo del cielo umbroso,
Y huye la luz del sol resplandeciente.
Invisible con él y misterioso

En llano y montes yace
El bello horror, que contristando place.

¡Cómo en el alma estática se imprime
El delicioso y triste pensamiento!
¡Cómo el cuadro feliz que admiro atento
Es á par melancólico y sublime!
¡Ah! su paz de la música prefiero
Al eco poderoso
Con que se anima el baile bullicioso.

Allí, en salon soberbio, por do quiera
'Terso cristal duplica los semblantes:
De oro vestida y perlas y diamantes
Hermosura gentil danza ligera,
Y con sus gracias y afectando hechizo,
De mil adoradores
Lleva tras sí los votos y loores.

¡Admirable es aquesto! Yo algun dia,
De la simple niñez salido apenas,
En los bailes magníficos y cenas
De mi amor al objeto perseguia;
Y atesoré con mágica ventura
De la jóven amada
Un suspiro fugaz, una mirada.

Mas ya por los pesares abatido,
Y á languidez y enfermedad ligado,
Muy mas me place que salon dorado
Este llano en la noche oscurecido;
A la brillante danza prefiriendo

El meditar tranquilo

Bajo este cielo, en inocente asilo.

¡Ah! bríllenme por siempre las estrellas

En un cielo tan puro como ahora,

Y á la alta mano de mi sér autora

Puédame yo elevar, mirando á ellas.

A tí, Dios de los cielos, en la noche

Alzo en humilde canto

La dolorosa voz de mi quebranto.

Te saludo tambien, amiga luna:

Siempre tierno te amé, reina del cielo:

Siempre fuiste mi hechizo, mi consuelo,

En la adversa y la próspera fortuna.

Tú sabes cuántas veces anhelando

Gozar tu compañía,

Maldije el brillo del ardiente dia.

Asentado tal vez á las orillas

Del mar, cuyo cristal te retrataba,

En cavilar du'císimo pasaba

Las leves horas en que leda brillas;

Y recordando mi nublada gloria

Miré tu faz serena,

Y en tierno llanto desahugué mi pena.

Mas ¡ay! el pecho con dolor palpita,

Herido ya de consuncion tirana,

Y cual tú al esplendor de la mañana,

Palidece mi rostro y se marchita.

Cuando caiga por fin, inunde al menos

Esa luz calma y pura
De tu amigo la humilde sepultura.

Mas ¿qué canto suavísimo resuena
Del inmediato bosque en la espesura?
Es tu voz, rui señor, que de ternura
En dulce soledad mi pecho llena.
Siempre te amé, porque debiste al cielo
Genio triste y sombrío,
Tierno y agreste, como el genio mío

Perezca el que á tu nido te arrebató,
Y porque gimas gusta de oprimirte:
¿Por qué no viene, como yo, á seguirte
Del bosque espeso entre la sombra grata?
Salta libre y feliz de ramo en ramo,
En torno de tu nido,
Que á nadie quiero esclavo ni oprimido.

Noche, antigua deidad, que el cáos profundo
Produjo antes que al sol, y al sol postrero
Has de sobrevivir, cuando severo
El brazo del Señor trastorne el mundo;
Oyeme: tú serás mientras me dure
Este soplo de vida,
Celebrada por mí, de mí querida.

Antes del primer tiempo, sepultada
Del cáos en el vórtice yacias:
Inspirada tal vez, ya preveías
A tu beldad la gloria destinada;
Y ociosa, triste, en el sombroso velo

Tu frente rebozabas,
Y en el futuro imperio meditabas.

A la voz del Criador, del Océano
Reina saliste, el cetro levantando,
De estrellas coronada, desplegando
El manto rico por el éter vano;
Y al mundo silencioso deleitaba
En tu frente severa
De la alma luna la arjentada esfera.

¡Cuántas altas verdades he aprendido
En tu solemne horror, sublime Diosa!
En el silencio de la selva umbrosa
¡Cuántas inspiraciones te he debido!
En tí miro al Criador, y arrebatado
De fervoroso anhelo,
Pulso mi lira, y me levanto al cielo.

¡Salve, gran diosa! En tu apacible seno
Déjame consolar y recrearme:
Tu bálsamo feliz puede aliviarme
El triste pecho de dolores lleno.
Noche, de los poëtas y almas tiernas
Dulce, piadosa amiga,
En blanda paz convierte mi fatiga!

A WASHINGTON.

ESCRITA EN MONTE-VERNON.

PRIMERO en paz y en guerra,
Primero en el afecto de tu patria
Y en la veneracion del universo,
Viva imájer de Dios sobre la tierra,
Libertador, legislador y justo,
WASHINGTON inmortal, oye benigno
El débil canto, de tu gloria indigno,
Con que voy á ensalzar tu nombre augusto.

¿Te pintaré indignado
A la voz de la patria dolorida
Volar al arduo campo de la gloria,
Y como Jove en el Olimpo armado
A la suerte mandar y á la victoria?
Magnánimo apareces;
Ríndese Bóston, y respira libre.
Vanamente el tirano
Cuarenta mil esclavos lanza fiero
Para estirpar el nombre americano
Tú, sin baldon, al número cediste,
Y acallando el espíritu guerrero,
A tu gloria la patria preferiste.
Así del pueblo eterno los caudillos
Al vencedor Aníbal contemplaron
Con inmutable frente,
Y la invasion rujiente

A la Púnica playa rechazaron.
Mas luego, en noche de feliz memoria,
Del Delaware el vacilante hiel
Ofreció á tu valor y patrio celo
El camino del triunfo y de la gloria.
La soberbia británica humillada
Es por último en Yørk, y su caudillo
Rinde á tus piés la poderosa espada,
El universo atónito saluda
A la triunfante América, y te adora,
Mientras que la metrópoli sañuda
Tu gloria bella y su baldon devora.
Mas cuando por la paz inútil viste
De libertad la espada en tu alta mano,
El poder soberano
Como insufrible carga depusiste.
Alzado á la primer magistratura,
De tu patria la suerte coronaste,
Y en cimientos eternos afirmaste
La paz, la libertad sublime y pura.
De años y gloria y de virtud cargado,
Con mano vencedora
Rejir te vieron el humilde arado.
Con Sócrates divino te asentaste
De la fama en el templo,
Y á la virtud, con inmortal ejemplo,
La fé del universo conservaste.
Cuando en noble retiro,

De oro y de crimen y ambicion ajeno,
Tu espléndida carrera coronabas,
En este bello asilo respirabas
Pobre, modesto y entre libres libre.
¡Oh Potomac! del orgulloso Tibre
No envidies, no, la delicuenta gloria,
Que no recuerda un héroe como el tuyo
Del orbe todo la sangrienta historia.

Por la Francia feroz amenazada
Vuelve la patria del peligro al dia,
Y en unánime voto al héroe fia
De libertad y América la espada.
Los rayos de la gloria
Vuelven á ornar su venerable frente...
Mas ¡ay! desapareció, volando al cielo,
Como de nubes en brillante velo
Hunde el sol su cabeza en Occidente.

¡Oh WASHINGTON! Protejen tu sepulcro
Las copas de los árboles ancianos
Que plantaron tus manos,
Y lo cubre la bóveda celeste.
Aun el aire que en torno se respira,
El que tú respirabas,
Paz y santa virtud al pecho inspira.

En la tumba modesta
Que guarda tus cenizas por tesoro,
Ni luce el mármol, ni centella el oro,
Ni entallado laurel, ni palmas veo.

¿Para qué, si es un mundo
A tu gloria inmortal digno trofeo?
Con estupor profundo
Por tu genio creador lo miro alzado
Hasta la cumbre de moral grandeza.
Potente y con virtud; libre y tranquilo;
Esclavo de las leyes;
Del universo asilo;
Asombro de naciones y de reyes.
(1824.)

CALMA EN EL MAR.

El cielo está puro,
La noche tranquila,
Y plácida reina
La calma en el mar.
En su campo inmenso
El aire dormido
La flámula inmóvil
No puede ajitar.
Ninguna brisa
Llena las velas,
Ni alza las ondas
Viento vivaz.
En el Oriente
Débil metéoro

Brilla y disípase

Leve, fugaz.

Su ebúrneo semblante

Nos muestra la luna,

Y en torno la ciñe

Corona de luz.

El brillo sereno

Arjenta las nubes,

Quitando á la noche

Su pardo capuz.

Y las estrellas,

Cual puntos de oro,

En todo el cielo

Vense brillar.

Como un espejo

Terso, bruñado,

Las luces trémulas

Refleja el mar.

La calma profunda

De aire, mar y cielo

Al ánimo inspira

Dulce meditar.

Angustias y afanes

De la triste vida,

Mi llagado pecho

Quiere descansar.

Astros eternos,

Lámparas dignas,

Que ornais el templo,
Del Hacedor;
Sedme la imájen
De su grandeza,
Que lleve al ánima
Santo pavor.

¡Oh piloto! la nave prepara:
A seguir tu derrota disparte,
Que en el puro lejano horizonte
Se levanta la brisa del Sur;
Y la zona que oscura lo ciñe
Cual la luz presurosa se tiende,
Y del mar, cuyo espejo se hiende,
Muy mas bello parece el azul.

A NAPOLEON.

CONJUNTO incomprensible y asombroso
De oscuridad y luz, de nada y gloria:
Astro á par ominoso
A libertad y reyes, elevado
Por una tempestad á tal altura,
Por otra tempestad de ella lanzado,
Que solo has igualado
Con tu desgracia inmensa tu ventura.

¡Divinidad mortal! Bajo tu planta
Su alba cumbre los Alpes inclinando,

Un camino triunfal te preparaban.
Tu señal aguardaban
Los elementos, mientras disipando
Las tempestades de lluviosa noche,
Para alumbrar tus fiestas,
El sol desde su carro te anunciaba.
Europa te miraba
Con un horror profundo;
Y de tu voz fatídica el acento,
De tus ojos bastaba un movimiento
A conmover el mundo.

Tu soplo animador del cáos sacaba
Las olvidadas leyes.
A los vastos despojos de los reyes
Tu imájen insultaba
Sobre mil y mil bronces, que cautivos
Al orbe tus hazañas referían.
A tu querer los cultos renacían,
De su fraternidad ya se pasmaban,
Y en altares, que juntos humeaban,
Por tí sus oraciones confundían.
“Conserva ¡oh Dios!” decían,
“Al héroe del Tabor: dale victoria!”
“Conserva ¡oh Dios! al vencedor del Tibre!”
¿Por qué añadir entonces no pudieron
Para colmar tu gloria:
“Conserva ¡oh Dios! al rey de un pueblo libre?”

Si quisieras, reinaras todavía.
Hijo de libertad, la destronaste:
Su esterminio juraste
En tu soberbia impía.
Mas la tumba que se abre
A la diosa inmortal, tarde ó temprano
Hiela en su sombra fria
El necio orgullo del mayor tirano.

¡En tu ambicion furiosa,
Fé, justicia ó derechos respetaste?
En vano ya te fuera
La España generosa
De gloria y de peligros compañera:
Esclava la anhelaste;
Mas no quisiste unir otra diadema
A tu doble corona, y en su trono
Un simulacro tuyo colocaste.

Mas no: sus sacerdotes y guerreros
A la lid mutuamente se escitaron.
Supersticiosos, fieros,
Los pueblos al clamor se levantaron.
¡Presagio pavoroso! Las campanas,
Por invisible mano sacudidas,
¡Alarma! resonaban,
Las estatuas antiguas retemblaban,
Y llanto se veia
En sus ojos inmóviles: la sangre
Del Salvador divino de la tierra

En sus yertas imágenes corria.
Por la noche los muertos vagueaban,
Y los fúmebres gritos ¡Guerra! ¡Guerra!
Do quiera los sepulcros exhalaban.

Una noche. . . . ¡Atended! Era la hora
En que los sueños lúgubres anuncian
Del sepulcro sombroso
La triste voz; en que el segundo Bruto
Vió á su genio enlutado
Alzarse en el horror de las tinieblas;
En que el feroz Ricardo, atormentado
Por sueño sin reposo,
Los manes vió de su familia entera
Maldecirle, y gritar: “¡Aquesta, impío,
“ Es tu noche postrera!”

Solo, en silencio, NAPOLEON velaba:
La fatiga inclinaba
Su frente poderosa
Sobre la carta inmóvil, que sus ojos
Solo confusamente
Miraban: tres guerreras, tres hermanas,
A su vista se ponen de repente.

Pobre y sin atavíos la primera,
Una vírgen romana parecia,
Morena al brillo de abrasado cielo.
Su alta frente ceñia
Simple ramo de encina: se apoyaba
En un roto estandarte, y recordaba

Un dia sublime de inmortal memoria.
Brillaban tres colores
En sus girones, al francés sagrados,
Del humo ennegrecidos, destrozados;
Pero por la victoria.

“Te conocí soldado:
¡Salud! Héte ya rey,” ella dijera.
“De Marengo la espléndida jornada
En tus fastos de gloria
Despues que yo se encuentra colocada.
Soy su hermana mayor; la que en Arcola
Protejí tu carrera,
Dictándote la voz airada, fuerte,
Que el valor de los tuyos reanimara,
Cuando tan grande te miró la muerte,
Que en medio á rayos mil te respetara

“Trocaste en cetro de hierro
Mi bandera profanada.
¡Tiembla! Tu estrella eclipsada
Palidecer miro yo.

La fuerza no tiene apoyo
Cuando sin freno se mira.
¡Adios! Tu reinado espira,
Y ya tu gloria pasó.”

Sobre su frente la segunda unia
A la brillante palma del desierto
Los tesoros que encierra Alejandría.
El fuego con que el sol á Egipto inunda

Sus ojos encendia.

En los hijos de Omar ensangrentada

Ostentaba su mano por trofeo

De Julio César la terrible espada,

Y el ilustre compás de Tolomeo.

“Te conocí de Francia desterrado:

¡Salud! Héte ya rey,” ella dijera.

“Del famoso Tabor la gran jornada

En tus fastos de gloria

Despues que yo se encuentra colocada.

Soy su hermana mayor: te debo el nombre

Que al pié de las Pirámides obtuve.

¡Nombre inmortal! Del Nilo en las orillas

Vi los turbantes de Ismael hollados

Por tus caballos rápidos. Las artes

A sus hijos preciados

Allí bajo tu egida colocaban,

Cuando al polvo de Ménfis y de Tébas

Sus misterios augustos preguntaban.

Si te estraviaste entonces

En tu glorioso vuelo,

Fué cual águila noble, que fijando

La vista al sol, y tras la luz volando,

En los desiertos piérdese del cielo.

“Bajo tu cetro de hierro

La quisiste ver ahogada.

¡Tiembla! Tu estrella eclipsada

Palidecer miro yo.

La fuerza no tiene apoyo
Cuando sin freno se mira.
¡Adios! Tu reinado espira,
Y ya tu gloria pasó.”

La postrera....¡oh piedad! Sus manos bell
Cadenas oprimian. Con los ojos
Clavados en la tierra, do sus pasos
Dejaban ¡ay! ensangrentadas huellas,
Se acercaba temblando.

¡PERECE, NO SE RINDE! murmurando.
¡Lejos de ella la pompa y los tesoros
Con que feliz victoria se atavía!
Pero cipreses, bellos cual laureles,
Su noble frente coronaban fieles
Como guirnalda fúnebre y sombría.

“No me conocerás hasta la hora
Que dejes de reinar: ¡escucha, y tiembla!
Ninguna otra jornada
Se ha de ver en tus fastos colocada
En pos de mí. Tampoco
Tengo hermana mayor. Recuerdo amargo
Seré á la tierra de valor y pena.
Libertaré á los reyes oprimidos,
A los puebllos pasando su cadena.
Los siglos dudarán, al ver tu historia,
Si tus soldados fuertes,
De tanta y tanta hazaña escombros vivos.
Compañeros antiguos de tu gloria,

Mas grandes parecieron
En un dia solo que revés sufrieron,
O en veinte años de dicha y de victoria.

Yo al fin echaré del cielo
Tu estrella triste, eclipsada,
Y quebraré con tu espada
Tu cetro férreo y atroz.

La fuerza no tiene apoyo
Cuando sin freno se mira.

¡Adios! Tu reinado espira,
Y ya tu gloria pasó.”

Dijo: las tres al cielo
Encaminaban ya su ráudo vuelo,
Y aun el guerrero atónito escuchaba
El fatídico acento, que pesaba
Sobre su alma oprimida.

Mas al redoble del tambor guerrero
Se disipó su imájen importuna,
Cual la pálida lumbre de la luna
Del sol ardiente al esplendor primero.

Creyendo haber domado
Los hijos fieros de Pelayo fuerte,
Sube otra vez al carro vagabundo
En que llevar pensaba por el mundo
La esclavitud y muerte.
De un salto pasa por su vasto imperio.
Los caballos fogosos, anhelantes,
Que se desfallecian

Bajo el cielo del Sur fiero, abrasado,
Para refrigerarse ya bebian
Del Beresina helado.

Fiado en estrella infiel se adormecía,
Por lisonjeros viles fascinado,
Y cuando ya caia,
De la tierra el imperio meditaba.
Abrió los ojos al fragor del rayo,
Y ¿dónde se encontró?—Sobre una roca,
Do á todos los monarcas inquietaba
Con su vida inportuna.
Mas presente do quier se le miraba,
Grande, cual su desgracia, destronado;
Pero inmutable, alzado
En los escombros ¡ay! de su fortuna.

Quedó Europa vacía,
Y cubierta de luto la Vicioria.
Así de falta en falta,
De tormenta en tormenta,
Vino á morir sobre el escollo estéril
Do naufragó su gloria.
En torno de su tumba murmurando
El mar su pena ostenta.

Te recibió un peñasco
Sin corona y sin vida,
Cuando antes contenerte no pudiera
Un imperio vastísimo. A la tumba
Contigo descendieron

Tu imperial porvenir, tu dinastía.
De tarde en ella el pescador reposa,
Y sus pesadas redes levantando,
Se aleja lentamente, cavilando....
En su trabajo del siguiente día.

HOMERO Y HESIODO.

EN la opulenta Cálcida Ganíctor
De Anfidamas la tumba levantaba,
Y con solemnes juegos
La sombra paternal apaciguaba.
Ya por tres veces sucedido habia
Al estruendoso día
La sacra noche, y tras de su reposo
Abren de nuevo el circo polvoroso.
Armase el luchador de cesto grave,
Y el óleo baña sus robustos miembros:
Por caballos bizarros,
Como el viento impelidos,
En giro circular vuelan los carros.
Mas el tercero día por la tarde
Lucha mas bella y apacible mira.
Los hijos de la lira,
HESIODO jóven y el anciano HOMERO,
La palma se disputan
Del canto armonioso.

HESÍODO empieza, y en su mano pura
Agita un ramo de laurel gozoso..

HESÍODO.

Del Parnaso feliz en las alturas,
Jóven yo mi ganado apacentaba.
Las musas, que me vieron y me amaron,
Con el sagrado nombre de Poëta
Al pastor inocente saludaron.

HOMERO.

Soñé una vez que el águila sublime
A la márgen del Méles me arrancaba,
Y de la tierra y cielo á los confines,
Llevándome en su vuelo,
Con fulminante voz así me hablaba:
“¡Tuya es la tierra ya, tuyo es el cielo!”

HESÍODO.

¡Oh dulces musas, hijas de Memoria!
Vuestro celeste amor mi pecho anima.
Oliva y palmas crecen en el clima
Que protegeis, y dánle paz y gloria.

HOMERO.

¡A Júpiter honor! Cuanto supera
El Gárgaro sublime á los escollos
Que oculta entre su seno el mar profundo,
Cuanto el Olimpo al Tártaro domina,
Así á los dioses todos

En gloria vence y majestad divina
El rey del cielo y del inmenso mundo.

HESÍODO.

Las musas en su danza vespertina
Con bello grupo el Helicon coronan;
O al Olimpo elevándose ligeras,
En la copa de Júpiter supremo
Liban el nectar, y su elogio entonan.

HOMERO.

Jove reina inmortal. El hecatombe
No regará con esparcida sangre
El mármol de su triste monumento;
Y los caballos rápidos cual viento,
Desbocados, feroces,
Jamás harán volcar sobre su tumba
A los carros veloces.

HESÍODO.

Y nosotros mortales, destinados
Al reino de las sombras, bajaremos
A su oscura mansión, y allí veremos
Al barquero infernal, y al triste río,
Cuya corriente cenagosa y ciega
Sola á los mares el tributo niega.

HOMERO.

Con paso gigantesco me aproximo
Al término forzoso:

Tu plectro armonioso
Las Obras y los Dias ha cantado.
Anciano débil, yerto y amagado
Por las *Parcas* impías,
Acabo ya mis obras y mis dias.

HESÍODO.

¡Hijo de Méles! Tu divino acento
Es el de cisne anciano y moribundo.
En el Olimpo habitas, y los dioses
A su consejo con placer te admiten,
E instruyen por tu voz al bajo mundo.
Mendigo empero, triste y desolado,
De palacio en palacio rechazado,
Beberás del dolor la copa impía,
Maldiciendo aquel dia
En que con dulces lazos
De placer suspiró tu madre bella
Del amoroso Méles en los brazos.

HOMERO.

¡Heliconio pontífice! Tus versos
Dulces son, como el néctar y ambrosía
Que Hebe derrama en el festin del cielo.
En la margen del Olmío Poësía
Un panal de su miel puso en tu labio,
Para pagar tu generoso anhelo.
Mas huye de Ariadna los festines:
¡Teme al amor! Cerca del mar Eubeo

Tu fin verás. Por Diana requerido,
A la Parca fatal te ha prometido
El inflexible Júpiter Nemeo.

Callaban ya los vates: mas el pueblo
Que inmóvil atendia,
Forzólos á seguir con sus aplausos
Aquel bello certámen de armonía.

HOMERO entonces con sublime tono
Cantó los tristes pueblos inmolados:
A los caprichos bárbaros del trono;
A la Discordia sanguinaria, unciendo
Los caballos al carro de Belona;
A la Injuria feroz y despiadada,
Que con su planta férrea tala el mundo,
Y á la Grecia gimiendo prosternada
A las plantas de Aquíles furibundo.

HESIDO, con acento mas suäve,
Cantó la Primavera deliciosa
Enjugando el llorar de las Híadas;
A las trémulas Pléyades alzadas
Sobre la frente del celeste Toro;
Al noble Sol desde su carro de oro
En incansable vuelo,
Animando la tierra, el mar, el cielo;
Y con giro veloz las Estaciones
Volando en pos del año,
Y en él vertiendo sus alegres dones;

De la virtud los cándidos placeres,
Y el útil culto de la sabia Céres.

Ganíctor débil y en la paz criado,
Los himnos de la paz premió gustoso.
Una oveja y dos trípodes pagaron
A HESÍODO lisonjero.

Del venerable HOMERO

Un estéril laurel ciñó las canas. . . !

El vencedor ante la turba inmensa
La oveja negra á Juno sacrifica,
Y á las musas los trípodes ofrece.
Fútil murmullo de alabanzas vanas
Sigue al cantor de Troya, que se aleja
Por un niño indigente conducido,
Y en suelo mas lejano
El pan de la piedad implora en vano.

N I A G A R A.

TEMPLAD mi lira, dádmela, que siento
En mi alma estremecida y ajitada
Arder la inspiracion. ¡Oh! ¡cuánto tiempo
En tinieblas pasó, sin que mi frente
Brillase con su luz . . . ! Niágara ardoso,
Tu sublime terror solo podria
Tornarme el dón divino, que ensañada
Me robó del dolor la mano impía.

Torrente prodigioso, calma, calla
Tu trueno aterrador: disipa un tanto

Las tinieblas que en torno te circundan,
Déjame contemplar tu faz serena,
Y de entusiasmo ardiente mi alma llena.
Yo digno soy de contemplarte: siempre
Lo comun y mezquino desdeñando,
Ansié por lo terrífico y sublime.
Al despeñarse el huracan furioso,
Al retumbar sobre mi frente el rayo,
Palpitando gocé: ví al Oceáno
Azotado por austro proceloso,
Combatir mi bajel, y ante mis plantas
Vértice hirviente abrir, y amé el peligro.
Mas del mar la fiereza
En mi alma no produjo
La profunda impresion que tu grandeza.
Serenos corres, majestoso; y luego
En ásperos peñascos quebrantado,
Te abalanzas violento, arrebatado,
Como el destino irresistible y ciego.
¿Qué voz humana describir podría
De la sirte rujiente
La aterradora faz? El alma mia
En vago pensamiento se confunde
Al mirar esa férvida corriente,
Que en vano quiere la turbada vista
En su vuelo seguir al borde oscuro
Del precipicio altísimo: mil olas,
Cual pensamiento rápidas pasando,

Chocan, y se enfurecen,
Y otras mil y otras mil ya las alcanzan
Y entre espuma y fragor desaparecen.

¡Ved, llegan, saltan! El abismo horrendo
Devora los torrentes despeñados:
Crúzanse en él mil íris, y asordados
Vuelven los bosques el fragor tremendo.
En las ríjidas peñas
Rómpese el agua: vaporosa nube,
Con elástica fuerza
Llena el abismo en torbellino, sube,
Gira en torno, y al éter
Luminosa pirámide levanta,
Y por sobre los montes que le cercan
Al solitario cazador espanta.

Mas ¡qué en tí busca mi anhelante vista
Con inútil afan? ¡Por qué no miro
Al rededor de tu caverna inmensa
Las palmas ¡ay! las palmas deliciosas,
Que en las llanuras de mi ardiente patria
Nacen del sol á la sonrisa, y crecen,
Y al soplo de las brisas del Océano,
Bajo un cielo purísimo se mecen?

Este recuerdo á mi pesar me viene...
Nada ¡oh Niágara! falta á tu destino,
Ni otra corona que el agreste pino
A tu terrible majestad conviene.
La palma, y mirto, y delicada rosa,

Muelle placer inspiren y ocio blando
En frívolo jardín: á tí la suerte
Guardó mas digno objeto, mas sublime.
El alma libre, generosa, fuerte,
Viene, te ve, se asombra,
El mezquino deleite menosprecia,
Y aun se siente elevar cuando te nombra.

¡Omnipotente Dios! en otros climas,
Ví monstruos execrables,
Blasfemando tu nombre sacrosanto,
Sembrar error y fanatismo impío,
Los campos inundar en sangre y llanto,
De hermanos atizar la infanda guerra,
Y desolar frenéticos la tierra.
Vílos, y el pecho se inflamó á su vista
En grave indignacion. Por otra parte
Ví mentidos filósofos que osaban
Escrutar tus misterios, ultrajarte,
Y de impiedad al lamentable abismo
A los míseros hombres arrastraban.
Por eso te buscó mi débil mente
En la sublime soledad: ahora
Entera se abre á tí; tu mano siente
En esta inmensidad que me circunda,
Y tu profunda voz hiere mi seno
De este raudal en el eterno trueno.

¡Asombroso torrente!
¡Cómo tu vista el ánimo enajena,

Y de terror y admiracion me llena!
¿Dó tú origen está? ¿Quién fertiliza
Por tantos siglos tu inexhausta fuente?
¿Qué poderosa mano
Hace que al recibirte
No rebose en la tierra el Océano?

Abrió el Señor su mano omnipotente,
Cubrió tu faz de nubes agitadas,
Dió su voz á tus aguas despeñadas,
Y ornó con su arco tu terrible frente.
¿Ciego, profundo, infatigable corres,
Como el torrente oscuro de los siglos
En insondable eternidad....! ¿Al hombre
Huyen así las ilusiones gratas,
Los florecientes dias,
Y despierta al dolor....! ¿Ay! agostada
Yace mi juventud, mi faz marchita,
Y la profunda pena que me ajita
Ruga mi frente de dolor nublada.

Nunca tanto sentí como este dia
Mi soledad y mísero abandono
Y lamentable desamor....¿Podria
En edad borrascosa
Sin amor ser feliz...? ¿Oh! ¿si una hermosa
Mi cariño fijase,
Y de este abismo al borde turbulento
Mi vago pensamiento
Y ardiente admiracion acompañase!

¡Cómo gozara, viéndola cubrirse
De leve palidez, y ser mas bella
En su dulce terror, y sonreírse
Al sostenerla mis amantes brazos...!
¡Delirios de virtud...! ¡Ay! Desterrado,
Sin patria, sin amores,
Solo miro ante mí llanto y dolores.

¡Niágara poderoso!
¡Adios! ¡adios! Dentro de pocos años
Ya devorado habrá la tumba fria
A tu débil cantor. ¡Duren mis versos
Cual tu gloria inmortal! ¡Pueda piadoso
Viéndote algun viajero,
Dar un suspiro á la memoria mia!
Y al abismarse Febo en Occidente,
Feliz yo vuela do el Señor me llama,
Y al escuchar los ecos de mi fama,
Alce en las nubes la radiosa frente.

(Junio de 1824.)

LORD BYRON.

Con dulce llanto bañarán gimiendo
El yerto corazon de CHILDE-HAROLD
Las vírgenes de Grecia. Su cadáver
Descansará en su patria, circundado
Por los huesos de sabios y de fuertes.

Del tiempo al curso volará ligado
Su canto vencedor, mientras la fama
Contará su ardimiento generoso
En socorrer al suelo mas hermoso
Que alumbra el sol; y la piedad augusta
Cubrirá lo demas con velo eterno.

LOS COMPAÑEROS DE COLON.

En los climas brillantes do natura
Mas pródiga derrama sus tesoros,
Habitaban los indios ignorados;
Y eternamente en derredor ceñido
Por Océano profundo,
Ocultábase un mundo al otro mundo.

Por un genio profético inspirado
Le buscaba COLON. Embebecido
Meditaba en su gloria venidera,
Mientras del Este rápido impelida,
De destinos preñada,
Iba cortando el mar su breve armada.

Pero de sus cobardes compañeros
Vá creciendo el pavor. Un mar furioso,
Navegado jamas, de mil terrores
Llena su atormentada fantasía.
Uno, el mas atrevido,
Les habla así con tono dolorido.

“¡Compañeros de afan! Cuarenta veces
Hizo su giro el sol, sin que veámos
Las costas de la tierra codiciada
Que nos anuncia el infeliz piloto,
A quien ciegos creimos,
Cuando anhelantes por el mar partimos.

En vez de las riquezas y la gloria
Con que nos halagó su falsa lengua,
Vemos muerte do quier. ¡Miseros! Nunca
Gozaréis las caricias filiäles,
Ni en languidez dichosa
El dulce beso de la casta esposa.

Do quiera vuelvo en derredor los ojos,
El horizonte vago recorriendo:
Encuentra solo mi turbada vista
De tempestades hórridas cargado
Un cielo triste y denso,
Y en este oscuro mar sepulcro inmenso.

Nunca, nunca la altura en que vagamos
Miró ningun mortal. Ved cual se turba
Ya trémulo el iman, y vacilando
A tanta inmensidad, nos abandona
Bajo este ardiente cielo
A errar sin esperanza ni consuelo.

Y al cabo á perecer. Hambre rabiosa
Sobre nosotros lanzaráse presto
A finar en tormentos nuestra vida,
Si antes no hallamos muerte menos dura

En escollos clavados,
O del fuego celeste fulminados.

Y ¿os obstinais en ceguedad funesta,
Sordos ¡ay! á la voz del desengaño?
¡Vil seductor! ¿A su codicia insana
Nos hemos de inmolar?—Alzad, amigos,
Y la muerte evitemos,
Y á la patria dulcísima tornemos.”

Dice, le aplauden, y sonando el eco,
Revuelve por el aire y Océano
El extraño clamor, mientras en la popa,
El cobarde murmurio despreciando
De la chusma impaciente,
Alza COLON imperturbable frente.

HIMNO AL SOL,

ESCRITO EN EL OCEANO.

En los yermos del mar, donde habitas,
Alza ¡oh musa! tu voz elocuente:
Lo infinito circunda tu frente,
Lo infinito sostiene tus piés.

Ven: al bronco rujir de las ondas
Une acento tan fiéro y sublime,
Que mi pecho entibiado reanime,
Y mi frente ilumine otra vez

Las estrellas en torno se apagan,
Se colora de rosa el Oriente,
Y la sombra se acoge á Occidente
Y á las nubes lejanas del Sur:

Y del Este en el vago horizonte,
Que confuso mostrábase y denso,
Se alza pórtico espléndido, inmenso,
De oro, púrpura, fuego y azul.

¡Vedle ya....! Cual gigante imperioso
Alza el SOL su cabeza encendida....

¡Salve, padre de luz y de vida,
Centro eterno de fuerza y calor!

¡Cómo lucen las olas serenas
De tu ardiente fulgor inundadas!
¡Cuál sonriendo las velas doradas
Tu venida saludan, oh SOL!

De la vida eres padre: tu fuego
Poderoso renueva este mundo:
Aun del mar el abismo profundo
Mueve, ajita, serena tu ardor.

Al brillar la feliz Primavera,
Dulce vida recobran los pechos,
Y en dichosa ternura deshechos
Reconocen la magia de amor.

Tuyas son las llanuras: tu fuego
De verdura las viste y de flores,
Y sus brisas y blandos olores
Feudo son á tu noble poder.

Aun el mar te obedece: sus campos
Abandona huracan inclemente,
Cuando en ellos reluce tu frente,
Y la calma se mira volver.

Tuyas son las montañas altivas,
Que saludan tu brillo primero,
Y en la tarde tu rayo postrero
Las corona del bello fulgor.

Tuyas son las cavernas profundas,
De la tierra insondable tesoro,
Y en su seno el diamante y el oro
Reconcentran tu plácido ardor.

Aun la mente obedece tu imperio,
Y al poëta tus rayos animan;
Su entusiasmo celeste subliman,
Y le ciñen eterno laurel.

Cuando el éter dominas, y al mundo
Con calor vivificas intenso,
Que á mi seno descienes yo pienso,
Y alto númen despiertas en él.

¡SOL! Mis votos humildes y puros
De tu luz en las alas envía
Al Autor de tu vida y la mia,
Al SEÑOR de los cielos y el mar.

Alma eterna, do quiera respira,
Y velado en tu fuego le adoro:
Si yo mismo ¡mezquino! me ignoro,
¿Cómo puedo su esencia explicar?

A su inmensa grandeza me humillo:
Sé que vive, que reina, y me ama,
Y su aliento divino me inflama
De justicia y virtud en amor.

¡Ah! si acaso pudieron un día
Vacilar de mi fé los cimientos,
Fué al mirar sus altares sangrientos
Circundados por crimen y error.

(1825.)

MISANTROPIA.

*Yo ví del polvo levantarse audaces
A dominar y perecer tiranos:
Atropellarse efímeras las leyes,
Y llamarse virtudes los delitos.*

MORATIN.

ENTRE deseos férvidos y penas
Y tedio y duda fúnebre vagamos:
Tan solo sé que todo lo ignoramos,
Dijo el mayor filósofo de Aténas.
Y dijo bien: el hombre miserable
Nace para sufrir, y desmentida
Queda la vana charla de los sabios
Por el grito doliente que sus labios
Lanzan en los umbrales de la vida.
Desde la cuna hasta el sepulcro yerto

Por siempre lucha con dolor y crimen,
Y está por mil deseos abrasado,
O bien suspira por el tedio helado.
Ni el sangriento laurel de la victoria,
Ni el engañoso brillo de la gloria
Endulzan ¡ay! su lamentable suerte.
¡Hijo infeliz de incertidumbre y muerte!

Si finalmente deja fatigado
La triste decepcion de los placeres,
Y en la razon estéril apoyado,
Con vanas discusiones,
Establecer intenta sus deberes,
Halla solo do quier contradicciones,
Y decidir no puede con certeza
Dó acaba la virtud y el vicio empieza.
La misma inspiracion modificada
Es crimen ó virtud, noble ó perversa.
Así la llama del valor divina
Que un semidios eleva en Decio fuerte,
Respira sangre, asolacion y muerte
En el abominable Catilina.

Yo ví al pueblo furioso
De pérfido tirano
Frenético besar la cruenta mano,
Y bendecir su yugo pavoroso.
¡Ay! de sus defensores el suplicio
Víle aplaudir con vértigo funesto,
Apellidar flaqueza la templanza,

Y sublime virtud y santo celo
Por el honor del cielo
El odio vil y bárbara venganza.

Por estúpidos brazos manejadas
Ví ¡oh baldon! las armas vencedoras,
De independenciam ya conquistadoras,
En discordia civil ensangrentadas.
Justicia, humanidad, atropelladas
Ví de la patria en el sagrado nombre:
Como tigres ó furias irritadas,
Do quier ví al hombre perseguir al hombre.
Do quier la demagogia sanguinosa,
Cual hidra ponzoñosa,
La multitud escuálida subleva,
A desgarrar el seno de la patria
Con furibunda ceguedad la lleva;
Y maldiciendo el yugo de los reyes,
Cubre de fango, lágrimas y sangre
La libertad y las holladas leyes.
De Californias al opuesto polo
Pululan ¡ay! los crímenes insanos:
Veo cien mil demagogos, mil tiranos,
Y ni un patriota solo....

¡Oh civilizacion! ven asentada
En el carro del tiempo silencioso,
Y reanime tu soplo delicioso
Del mundo yerto la beldad ajada.
De opresores plebeyos y reales

Caiga la destructora tiranía,
Y al trono fiero y libertad impía
No cerquen bayonetas y puñales.
Cuarenta siglos de furor y males
Instruyan ¡ay! al hombre.
La santa religion su voz anime,
Y fulminando el iracundo Marte,
Desplegue triunfadora el estandarte
De tolerancia y de moral sublime;
Y en sus ejes eternos afirmados
Con reposo profundo,
Goze justicia y paz el triste mundo.

CANTO DEL COSACO.

IMITACION DE BERANGER.

VEN, amigo del libre Cosaco;
No mas tiempo tu gloria dilate:
Pronto al robo, arrojado al combate,
Alas presta á la muerte fatal.

Yo en tu espalda sentado, á los pueblos
Mostraré su semblante espantoso:
Fiel caballo, relincha orgulloso,
Que vas pueblos y reyes á hollar.

Pobre fuiste, y es pobre tu dueño:
En tu freno y tu rústica silla
Con adornos el oro no brilla,
Mas tesoros sabrémos ganar.

Un palacio será mi guarida,
La academia tu establo espacioso:
Fiel caballo, relincha orgulloso,
Que vas pueblos y reyes á hollar.

En oscuros helados desiertos
Otro tiempo tranquilo moraba,
Y en feliz ignorancia pensaba
Que era el mundo á mis campos igual.

Mas la guerra mostróme otros climas,
Donde el sol reina siempre glorioso
Fiel caballo, relincha orgulloso,
Que vas pueblos y reyes á hollar.

Sacerdotes, monarcas y nobles
Por el pueblo amagados temblaban:
“Nuestros amos seréis,” nos gritaban,
“Y ayudadnos el pueblo á domar.”

Yo mi lanza empuñé, y humillaron
La cruz santa y el cetro fastoso:
Fiel caballo, relincha orgulloso,
Que vas pueblos y reyes á hollar.

Y marché, y en el Sena lavaste
Por dos veces tu cuerpo sangriento:
Mas del déspota ruso el acento
A mis hielos mandóme tornar.

¡Adios, campos de luz y riqueza!
Suspirar y partir es forzoso:
Fiel caballo, relincha orgulloso,
Que vas pueblos y reyes á hollar.

A esos climas volver es mi anhelo
Y gozar de sus frutos opimos:
Si vencer á sus pueblos supimos,
Los harémos al yugo doblar.

Los baluartes de Europa cayeron
Al morir Napoleon generoso:
*Fiel caballo, relincha orgulloso,
Que vas pueblos y reyes á hollar.*

Un fantasma sus ojos ardientes
En mis tiendas anoche fijaba,
Y á Occidente con su hacha mostraba,
Esclamando: “¡Ya torno á reinar!”

Aquel era el espectro de Atila;
Yo obedezco á su acento imperioso:
*Fiel caballo, relincha orgulloso,
Que vas pueblos y reyes á hollar.*

El saber que á la Europa envanece,
Y esas artes de frívolo adorno,
Se hundirán en el polvo que en torno
Van tus rápidos piés á elevar.

Usos, leyes y ciencias y cultos
Aniquile tu vuelo impetuoso....
*Fiel caballo, relincha orgulloso,
Que vas pueblos y reyes á hollar.*

MUERTE DEL TORO.

FRAGMENTO DESCRIPTIVO.

AL clavar de los dardos inflamados
Y agitacion frenética del toro,
La multitud atonita se embebe,
Como en el circo la romana plebe
Atenta reprobaba ó aplaudia
El gesto, el ademan y la mirada
Con que sobre la arena ensangrentada
El moribundo gladiador caia.

Suena el clarin, y del sangriento drama
Se abre el acto final, cuando á la arena
Desciende el matador, y al fiero bruto
Osado llama, y su furor provoca.
El, arrojando espuma por la boca,
Con la vista devórale, y el suelo
Hiere con duro pié; su ardiente cola
Azota los hijares, y bramando
Se precipita. . . . El matador sereno
Ágil se esquiva, y el agudo estoque
Le esconde hasta la cruz dentro del seno.

Párase el toro, y su bramido espresa
Dolor, profunda rabia y agonía.
En vana lucha con la muerte impía,
Quiere vengarse aún; pero la fuerza
Con la caliente sangre, que derrama

En gruesos borbotones le abandona,
Y entre el dolor frenético y la ira,
Vacila, cae, y rebramando espira.

Sin honor el cadáver arrastrado
Es en bárbaro triunfo: yertos, flojos,
Vagan los fuertes piés, turbios los ojos
En que há un momento centellar se via
Tal ardimiento, fuerza y energía,
Y por el polvo vil huye arrastrado
El cuello que tal vez bajo el arado
Era de alguna rústica familia
Util sostenedor.—En tanto el pueblo
Con tumulto alegrísimo celebra
Del gladiador estúpido la hazaña.
¡Espectáculo atroz, mengua de España!



OINA--MORUL,
POEMA DE OSIAN.



ARGUMENTO.

Despues de un exordio dirijido á Malvina, refiere OSIAN su expedicion á Fuarfed, isla de Escandinavia, la victoria que allí obtuvo, y su generosidad con el rey vencido.

Como inconstante sol huye ligero
Sobre el collado de Larmon herboso,
Así en la noche por mi mente pasan
Las historias antiguas. Cuando al sueño
Se abandonan los bardos, y las arpas
De Selma en el salon calladas penden,
Viene una voz á OSIAN, y poderosa
Despierta su alma. De pasados años
Es aquesta la voz: con sus proezas
Ellos se desenvuelven á mis ojos:
Yo tomo las historias á su paso,
Y despues en mi canto las refiero.
No es mi canto cual áspero sonido
De turbio arroyo, sino cual preludio
En melodiosa música de Luta.
Luta de muchas cuerdas, tus peñascos

No yacen yertos en silencio triste
Mientras la blanca mano de Malvina
Ligerísima corre por el arpa.
Luz de los pensamientos nebulosos
Que oscurecen tal vez el alma mia,
Hija del gran Toscar, ¡el canto bello
Quieres oír? Los años ya pasados
Van á retroceder, jóven de Luta.

En el tiempo del rey (1), cuando adornaba
La rubia juventud mi cabellera,
Miraba yo de Cocatlin (2) el brillo
Del tenebroso mar sobre las ondas.
A la isla de Fuarfed era mi rumbo,
Fuarfed, del mar selvosa moradora.
Enviábame Fingal á dar auxilio
A Malorchol su rey: en torno suyo
Rebramaba la lid, y á nuestros padres
Fiel hospitalidad ligado habia.

En Colcoiled mis velas aferrando,
Envié mi espada á Malorchol. La seña
Conoció de Albiön, y su alegría
Visible fué. De su salon soberbio
Bajó á mi encuentro, y me tomó la mano,
Diciendo con dolor: “¿Por qué ha venido
“El generoso nieto de los héroes

[1] Fingal, padre de Osian.

[2] Probablemente era la estrella polar.

“A un abatido rey? Tontormod, gefe
“De muchas lanzas, de Sardronlo undosa
“Es potente señor: amó á mi hija,
“La bella OINA—MORUL, de blanco seno,
“Y me pidió su mano deliciosa;
“Mas fueron nuestros padres enemigos,
“Y yo se la negué. Desesperado
“Vino á Faurfed, lidiamos, y mi pueblo
“Arrollado cedió. ¿Por qué ha venido
“El generoso nieto de los héroes
“A un abatido rey.”

“No vengo, dije,
“Como niño á mirar vuestra contienda:
“El gran Fingal á Malorchol no olvida,
“Ni su salon al extranjero abierto.
“El á tu isla selvosa en otros dias
“De las ondas bajó: tú en su presencia
“No fuiste nube de feroz orgullo,
“Y le honraste con cánticos y fiestas.
“Por eso voy á levantar la espada,
“Y tal vez morirán tus enemigos.
“Aunque tan lejos nuestra tierra yace,
“Nunca ingratos y viles olvidamos
“A los amigos que el peligro cerca.”
“Nieto del gran Tremor, son tus palabras
“Cual la voz de Crutloda, poderosa
“Moradora del cielo, cuando suena
“Entre el rasgar de tempestuosa nube.

“Muchos en mis festines se alegraron,
“Mas todos hoy de Malorchol se olvidan.
“Miré á todos los vientos: por ninguno
“Ví blanquear una vela... No lo extraño.
“Hoy en lugar de las alegres conchas
“Resuena en mi salon el bronco acero.
“Ven, nieto generoso de los héroes,
“Ven á mi habitacion, que se aproxima
“La noche, y tiende su sombroso manto.
“De la doncella de Fuarfed silvestre
“Ven á escuchar las plácidas canciones.”

Entramos: en el arpa sonora

• Paseaba OINA—MORUL sus albas manos:
Su historia melancólica salia
De entre las cuerdas trémulas. En tanto
Yo estático en silencio la admiraba,
Y ¡cómo en su beldad resplandecia
La hija de muchas islas! ¡Ay! Sus ojos
Eran estrellas que lucir se miran
Entre llovizna trasparente: al cielo
El navegante mira, las contempla,
Y el deleitoso resplandor bendice.

Junto al arrollo de Tormul sonante
Fuimos á combatir al otro dia.
Embistió furibundo el enemigo
Al resonar su claveteado escudo
El fiero Tontormod: en ambas alas
Inflámase la lid; en su conflicto

Conmigo choca Tontormod, deshecho
Vuela su arnes, y ríndolo, y atado
Lo entrego á Malorchol. Grande alegría
En el banquete de Faurfed resuena
Por la rota final del enemigo,
Y Tontormod avergonzado, triste,
Su torva faz de OINA—MORUL aparta.

“Digno hijo de Fingal,” agradecido
Prorumpió Malorchol, “de mí olvidado
“No partirás. En tu feliz navío
“Luz apacible de beldad esparza
“OINA—MORUL, en cuyos tiernos ojos
“La deliciosa languidez respira.
“Ella iluminará con puro gozo
“Tu magnánimo espíritu, y en Selma,
“Donde moran los reyes, olvidada
“No pasará la vírgen.”

Por la noche

En el salon me recliné: cerraba
Mis fatigados párpados el sueño,
Cuando música tierna mis oídos
Dulce halagó, como naciente brisa
Que los ásperos cardos agitando
Se debilita, y en la yerba muere.
Era la vírgen de Fuarfed, que alzaba
El cántico nocturno: bien sabia
Que mi alma noble, como fuente pura,
Deslízase á la blanda melodía.

“ ¿Quién es el que contempla de su roca
“ El nebuloso mar? ella cantaba.
“ ¡Ay! su cabello sobre el viento gira,
“ Como el ala del cuervo; majestoso
“ Es de sus pasos el dolor: el llanto
“ Nubla sus ojos, y su fuerte pecho
“ Sobre doliente corazón palpita.
“ Retírate, infeliz: de tí lejana
“ Véme vagar en ignorada tierra.
“ Aunque raza de reyes me circunda,
“ El alma tengo tenebrosa y triste.
“ ¡Oh Tontormod, amor de las doncellas!
“ ¿Por qué se aborrecieron nuestros padres?”
—“ De la isla undosa dulce voz,” la dije,
“ ¿Por qué en la noche solitaria lloras?
“ No es de alma negra de Trenmor la estirpe
“ Ni vagarás por ignorados rios,
“ Celeste OINA-MORUL, de azules ojos.
“ Entre este pecho hay una voz que solo
“ Desciende á mis oídos, y me ordena
“ Que dé favor al triste desvalido
“ En su hora de penar. Dulce cantora
“ De la noche, retírate: en su peña
“ No gemirá tu Tontormod amado.”
Por la mañana desaté al caudillo,
Y tomando á la vírgen de la mano,
Hablé con Malorchol en sus salones.
“ Rey de Fuarfed silvestre, ¿por qué quieres

“ A Tontormod hacer desventurado?
“ Su familia es heróica, y de ella digno
“ Es un rayo en la guerra. Vuestros padres
“ Enemigos ya fueron; mas ahora,
“ Sus almas anubladas en la muerte
“ Se regocijan, y á la misma concha
“ En Loda tienden sus aéreas manos.
“ Olvidad vuestra cólera, guerreros,
“ Pues pasó como nube de otros años.”

Tal era OSIAN cuando en su tersa frente
La rubia juventud resplandecía.
Empero entonces la beldad amable
Con su radioso manto revestia
A la hija de las islas deliciosa.

Ya del canto al poder, jóven de Luta.
Retroceden los años que pasaron.



FRAGMENTOS.

TOMADOS DE OSIAN.

L

A LA LUNA.

HIJA del cielo, eres hermosa, y dulce
De tu faz el silencio. Te levantas
De amable risa y esplendor vestida.

En el Oriente siguen las estrellas
Tu azul camino: en tu presencia ¡oh LUNA!
Se complacen las nubes animadas,
Y sus pardos contornos iluminan.
¿Quién en el cielo puede compararse
A tí, luz de la noche silenciosa?
Tristes, avergonzadas las estrellas
Separan ya sus ojos centellantes
De tu disco. Mas ¿dónde te retiras
Cuando la oscuridad de tu semblante
Creciendo va? ¿Salones anchurosos
Tienes tú como OSIAN, ó te circunda
La sombra del dolor? ¿Del alto cielo
Cayeron tus hermanas? ¿Ya no existen
Las que contigo en la callada noche
De tu gozo gozaban? Sí, cayeron,
Hermosa luz; por eso tantas veces
Te apartas á llorar. Mas ¡ay! tú misma
Una noche caerás. Tu azul camino
Desierto y triste quedará en el cielo,
Y las estrellas, que oscurece ahora
Tu beldad superior, en tu caída
Se regocijarán, la frente alzando.
Mas hoy aun triunfas de fulgor vestida.
Mira desde tus puertas por el cielo.
Rasga ¡oh viento! la nube, y que su vista
La hija sublime de la noche tienda.
Resplandezcan heridos por su lumbré

Los montes, y revuelva el Oceáno
En argentada luz sus blancas olas.

II.

MORAR.

VELOZ eras, MORAR, bien como ciervo
Que en el desierto piérdese; terrible,
Cual ígneo meteoro: atroz tormenta
Era tu saña, y en la lid tu espada
Relámpago funesto parecía.
Era tu voz como torrente hinchado
Tras gruesa lluvia; cual profundo trueno,
Que retumba en los montes apartados.
A muchos derribó tu brazo fuerte;
Los consumió la llama de tu ira.
Mas al volver de la feroz batalla,
¡Cuán apacible y pura ví tu frente!
Era tu faz como del sol el disco
Tras de la lluvia; cual brillante luna
En el silencio de la calma noche;
Tranquila, bella, como el hondo lago,
Cuando se acalla el viento estrepitoso.
Es hoy estrecha tu morada; oscuro
El lugar donde habitas. Con tres pasos
Mido tu sepultura, ¡oh tú, que fuiste
Tan grande en otro tiempo! Cuatro piedras,

De pardo musgo en torno coronadas,
Son única memoria de tus hechos.
Un árbol desecado que ya apenas
Una hoja tiene solitaria y mustia,
Yerba larga, que silba al viento frio,
Al cazador señalan el sepulcro
Del potente MORAR. ¡MORAR, humilde
Yaces hoy, en verdad....! No tienes madre
Que te lllore, ni vírgen que doliente
Vierta llanto de amor en tu sepulcro.

.....

Adios, ¡oh el mas valiente de los hombre
Vencedor en el campo....! Mas el campo
Ya no ve tu valor, ni el bosque umbrío
Brillará de repente iluminado
Por la vívida lumbre de tu acero.
Ninguna prole dejas; pero el canto
Conservará tu nombre, y en sus ecos
Lo escucharán los venideros años,
Y del muerto MORAR sabrán la historia.

—

III.

AL SOL

¡Oh tú, que giras por el yermo cielo,
Vasto, redondo, bien como el escudo
De mis padres; ¡oh! SOL! ¡de dónde nacen

Tus rayos? ¡Dónde, dí, tiene su fuente
Tu inagotable luz? Sales vestido
Con sublime beldad, y las estrellas
En el cielo se esconden, y la luna
Triste, pálida, yerta, se sumerge
De Occidente en el mar. Tú solitario
Al cielo subes. ¡Quién acompañarte
En tu carrera puede? Las encinas
Caen en los montes, y los montes mismos
Con el curso incansable de los años
Se gastan lentamente: el Océano
Baja, y sube otra vez: hasta la luna
Se pierde á veces en el ancho cielo.
¡Mas tú por siempre eres el mismo, y siempre
En el fulgor de tu inmortal carrera
Te regocijas! Cuando las borrascas
Oscurecen al mundo, y en los montes
Retumba el trueno pavoroso, y vuela
El vívido relámpago, tú miras
Serenos entre las nubes, y te ríes
De la tormenta. Pero en vano miras
Al triste OSIAN, que tus divinos rayos
No verá mas, ya vuela y resplandezca
En la nube oriental tu cama de oro,
Ya tiembles en las puertas de Occidente.
Mas acaso, cual yo, tan solo existes
Por tiempo fijo, y tus brillantes dias
Llegarán á su fin. Entre las nubes,

Desoyendo la voz de la mañana,
Te adormirás.

¡Oh SOL! gózate ahora
En el fulgor sublime y en la fuerza
De tu edad juvenil. Ingrata, oscura
Es la vejez, como la luz incierta
Que dá la luna entre rasgada nube,
Mientras la niebla envuelve los collados.

EN LA APERTURA

DEL INSTITUTO MEXICANO.

Luce por fin el venturoso día
Que con votos ardientes invocaban
Los amantes del bien. Sobrado tiempo
De llanto, luto y de pavor cercada,
Reinó de Anáhuac en los yermos campos
Guerra feroz. La paz apetecida
Ciñe de libertad el ara santa
Con sereno esplendor, y abre Minerva
A nuestra juventud su templo sacro.

¡Día de bendición! ¡Qué dulce aurora
Vemos lucir de gozo y de esperanza!
¡Con qué vivo placer miro adunados
Los alumnos ilustres de la ciencia
Para abrir á los pueblos mexicanos

La fuente del saber! Arde en sus pechos
El patriotismo, la virtud, la fuerza,
El entusiasmo férvido que al hombre
Arrebata hácia el bien, y largos frutos
Producirá su generoso anhelo.

Aquí naturaleza por do quiera
Vírgen, robusta, ostenta de su seno
Los tesoros sin fin. Nuestros tiranos
De oro, de sangre y opresion sedientos,
Su beldad no preciaban. Mas ahora
El celo y los afanes de Minerva
Levantarán el velo que la cubre,
Y en la alta majestad de su belleza
Brillará, cual saliendo de las nubes
La blanca luna en el profundo cielo.

Y las musas tambien su trono de oro
En Anáhuac pondrán: naturaleza
A nuestra juventud do quiera brinda
Fuentes de inspiracion. El panorama
Del universo todo nos circunda.
En él se juntan bajo el mismo cielo
Eterna nieve y perennal verdura,
Y en un estrecho círculo se abrazan
Los polos y los trópicos. Florida
Se ostenta la beldad, y arde en sus ojos
Del sol del Ecuador la etérea llama.
¿Quién puede contemplar sin entusiasmo
Los magníficos cuadros que natura

Nos prodiga en América? ¿Quién puede
Indiferente ver las tempestades
Vestir de oscuridad las anchas bases
De los Andes altísimos, en torno
Hervir el rayo, retumbar el trueno,
A torrentes bajar la gruesa lluvia,
Y encima descollar nevadas cumbres,
Y dibujarse en el desierto cielo
Inundadas en luz; ó lentamente
Ver ir con majestad al Océano
Rios profundos, inmensos, que parecen
Mares corrientes, ó lanzarse airados
De un precipicio, y asordar la esfera
Su tremendo fragor? ¡Oh! ¿Qué hombre frio
A vista de unos cuadros tan sublimes
No palpita, y se asombra, y en su pecho
No siente ardiendo levantarse el canto?

La mas abominable tiranía
A par cargó con su cadena odiosa
Los cuerpos y las almas. Luengos años
Nos devoró. Su aliento ponzoñoso
Convirtió los santuarios de Minerva
En guaridas de error. Así en los pechos
De nuestra juventud se sofocaba
El noble gérmen de mental grandeza
Y elevacion. Estúpida pasaba
Una generacion, y otra, ignorando
Su fuerza y sus derechos, avezadas

A servidumbre y crímenes. Empero
Colmóse al fin la copa ensangrentada
Del infortunio, y nos lucieron días
De gloria y libertad. La luz divina,
Disipando las nieblas de ignorancia,
Nos alza al rango que nos dió natura.

Es la alma libertad madre fecunda
De las artes y ciencias: ella rompe
La atroz cadena que al ingenio humano
Los déspotas cargaron, y á la sombra
De su manto benéfico y su oliva
Crece la ilustracion: en el espacio
El genio vencedor tiende sus alas,
Y la mente atrevida y generosa,
Superando á las águilas en vuelo,
Se levanta en los aires, y su vista
Abarca tierra y mar, nubes y cielo.

¡Sagrada Libertad! ¡oh! ¡cómo siente
Tu dulce influjo el pueblo americano
En los climas del Norte! Allí sereno
Con impávida frente mira Franklin
Venir tronando por el aire oscuro
La negra tempestad. Su mano fuerte
Arranca el rayo á la cargada nube,
Y le arroja á morir lejos del hombre.
Fulton allí con el vapor ardiente
Osa quitar al caprichoso Eolo
El imperio del mar, y por su genio,

Blason glorioso del saber humano,
De América los rápidos navíos
Contrastan la corriente de sus ríos
Y el contrario furor del Océano.
El mismo alza flotantes fortalezas
De su patria en los mares, do segura
Lidie la libertad, é invulnerable
Sobre siervos y déspotas fulmine.
Así América opone generosa
Valor constante á la opresion injusta,
Y el ingenio al poder. Obras sublimes,
Que pálido contempla y despechado
El tirano del mar, cuando invisible
Truena el *torpedo*, y sus soberbias naves
Saltan, se incendian, y en el mar ardiente
Llueven armas, cadáveres y sangre.

Pronto de noble brillo circundados
Se vestirán los hijos del Anáhuac
Las alas del saber. Sabio instituto,
Vuestras serán la gloria y las fatigas
De empresa tan espléndida y sagrada.
Mi espíritu, del bien fogoso amante,
De exaltacion sublime y esperanza
Se inunda venturoso en vuestro seno,
Y de entusiasmo y de delicia lleno,
En el brillante porvenir se lanza.

(1826.)

LIBERTAD.

CUANDO el Criador con gigantesca mano
Sobre sus ejes á la tierra puso,
¿Tal vez formar al hombre se propuso
Siervo cobarde ó criminal tirano?
¿Enseñóle á doblar la vil rodilla?
No: el que oprime feroz y el que se humilla
Del modelo inmortal se han separado.
El hombre vió la luz altivo y bello,
De libertad con el augusto sello
Sobre su frente varonil grabado.
Despues hollando su feliz decoro
La infame tiranía,
Le osó pesar en su balanza impía
Con la plata insensible y con el oro.

¿Y por siempre serás, hombre oprimido,
Un lunar en la frente de natura?
¿Jamás la guerra impura
Plegará su estandarte sanguinoso,
Nuncio de asolacion y horror profundo
¿Nunca los hombres vivirán hermanos?
¿Los crímenes ¡oh Dios! y los tiranos
Han de durar mientras que dure el mundo?

No, fieros opresores; vanamente
Quereis ver quebrantado
El gran resorte de la humana mente.
¿Podeis adormecer el viento alado,

O de los astros enfrenar el vuelo,
O encadenar la furia de Oceáno?
Pues el ingenio humano
Es fuerte como el mar y el viento y cielo.

Profética esperanza me asegura
Que han de salir mil genios de la nada
A inundar á la tierra despertada
En luz intelectual celeste y pura.
¡Un nuevo sol dominará la esfera,
Y el incendio que vibre
Destruirá la opresion y los errores,
Prodigando sus rayos bienhechores
Al siervo libertad, virtud al libre!

PROYECTO.

De un mundo débil, corrompido y vano
Menosprecié la calma fastidiosa,
Y amé desde mi infancia tormentosa
Las mugeres, la guerra, el Oceáno.

¡El Oceáno. .! ¡Quién que haya sentido
Su pulso fuertemente conmovido,
Al danzar en las ondas agitadas,
Olvidarlo podrá? Si el despotismo
Al orbe abrumba con su férreo cetro,
Será mi asilo el mar. Sobre su abismo
De noble orgullo y de venganza lleno,

Mis velas desplegando al aire vano,
Daré un corsario mas al Océano,
Un peregrino mas á su hondo seno.

Y ¿por qué no? Cuando la esclava tierra
Marchita y devorada
Por el aliento impuro de la guerra,
Doblando al yugo la cerviz domada,
Niegue al valor asilo,
Yo en los campos del piélago profundo
Haré la guerra al despotismo fiero,
Libre y altivo en el sumiso mundo.
De la opresion sangrienta y coronada
Ni temo el odio, ni el favor impetro.
Mi rojo pabellon será mi cetro,
Y mi dominio mi cubierta armada.

Cuando los aristócratas odiosos
Vampiros de mi patria despiadados,
Quieran templar sus nervios relajados
Por goces crapulosos,
En el aire genial del Océano,
Sobre ellos tenderé mi airada mano,
Como águila feroz sobre la presa.
Sufrirán servidumbre sin combate,
Y opulento rescate
Partirán mis valientes compañeros.

Bajo del yugo bárbaro que imponen
A la igualdad invocarán: vestidos
Con el tosco buriel de marineros,

Me servirán cobardes y abatidos.
Pondré á mis plantas su soberbia fiera,
Temblarán mis enojos
Y ni á fijar se atreverán los ojos
Sobre mi frente pálida y severa.

(1824.)

DESENGAÑOS.

CANA mi frente está, mas no por años,
Que veinte y seis abriles aun no cuento:
Cana mi frente está, no por espanto,
Que no temí jamas. ¡Ay! el tormento
De ansiar un bien ideal, que de mí ha huido
Cual vana sombra; el ponzoñoso encanto
Del falso amor, y su ilusion perdida,
Mi tierno corazon han desecado,
Y, como duro cierzo, han devorado
La dulce primavera de mi vida.

Jóven, lleno de ardor, yo recorria
Con grave afan y meditar profundo
Las maravillas del visible mundo,
La estrellada region de la poesía.
Osé bajar á la profunda fuente
De la verdad, y reflejó en mi mente
Su santidad y cándida hermosura.
Por premio á tanto afan, la tumba oscura

Me devoraba en flor, dudosa fama
Dejándome esperar en lo futuro.
Contra envidia y calumnia mal seguro,
Sentí apagar de mi ambicion la llama,
Y con profunda ira
Cerré mis libros, y quebré mi lira.

De mi oprimida patria los clamores
Turbaron mi quietud. Entre las manos
La ví gemir de un pueblo de tiranos,
Y devorar del yugo los horrores.
Ardió mi sangre, y exaltado, fiero,
Juré su libertad, y otros conmigo,
Y ví temblar al déspota severo,
Y tenderme falaz mano de amigo,
Dándome parte en el poder: rehuséla:
Quise mas que opresor ser oprimido;
Y osando sacudir la vil cadena,
De noble orgullo y esperanza henchido
Lancéme audaz á la terrible arena.

“Cubanos,” dije, “¿en servidumbre impura
El yugo sufriréis por siempre yertos?
¿Solo entre cataratas y desiertos
Producir pudo un Washington natura?
A la lucha terrible que preveo
La espada y pecho apercibid, cubanos:
Mostrad aliento digno de espartanos,
Y en mí tendréis al vengador Tirteo.
La agonizante patria gime triste,

Y no la salvarán clamores vanos:
¡Cuando amagan y truenan los tiranos,
En hierro y sangre la salud consiste!”

De mi patria los ojos un momento
Atraje sobre mí . . . ¡Delirio insano!
Presa mirónos del feroz tirano,
Sin sacudir su torpe abatimiento;
Y en medio de una hueste conjurada,
No se nos dió ni desnudar la espada.
Mis compatriotas nuestra ruina vieron
Sin gozo, indignacion ni pesadumbre,
Y en la vil servidumbre
Con mas profunda ceguedad se hundieron.

El suplicio que fiero me amagaba
Pude evitar, y en extranjero cielo
Sentí apagar el generoso anhelo
Que tan indigna ingratitud pagaba.
De la vana ambicion desengañado,
Ya para siempre abjuro
El oropel costoso de la gloria,
Y prefiero vivir simple, olvidado,
De fama y crimen y furor seguro.
De mi azarosa vida la novela
Termina en brazos de mi dulce esposa,
Y de mi hija la risa deliciosa
Del afan ya pasado me consuela.

(1829.)

POESIAS PATRIOTICAS.

LA ESTRELLA DE CUBA.

¡LIBERTAD! ya jamas sobre Cuba
Lucirán tus fulgores divinos.
Ni aun siquiera nos queda ¡mezquinos!
De la empresa sublime el honor.

¡O piedad insensata y funesta!
¡Ay de aquel que es humano y conspira
Largo fruto de sangre y de ira
Cojerá de su mísero error.

Al sonar nuestra voz elocuente
Todo el pueblo en furor se abrasaba,
Y la estrella de Cuba se alzaba
Mas ardiente y serena que el sol.

De traidores y viles tiranos
Respetamos clementes la vida,
Cuando un poco de sangre vertida
Libertad nos brindaba y honor.

Hoy el pueblo de vértigo herido
Nos entrega al tirano insolente,
Y cobarde y estólidamente
No ha querido la espada sacar.

¡Todo yace disuelto, perdido....!
Pues de Cuba y de mí desespero,

Contra el hado terrible, severo,
Noble tumba mi asilo será.

Nos combate feroz tiranía
Con aleve traicion conjurada,
Y la estrella de Cuba eclipsada
Para un siglo de horror queda ya.

Que si un pueblo su dura cadena
No se atreve á romper con sus manos,
Bien le es fácil mudar de tiranos,
Pero nunca ser libre podrá.

Los cobardes ocultan su frente,
La vil plebe al tirano se inclina,
Y él soberbio amenaza, fulmina,
Y se goza en victoria fatal.

¡Libertad! á tus hijos tu aliento
En injusta prision mas inspira;
Colgaré de sus rejas mi lira,
Y la gloria templarla sabrá.

Si el cadalso me aguarda, en su altura
Mostrará mi sangrienta cabeza
Monumento de hispana fiereza,
Al secarse á los rayos del sol.

El suplicio al patriota no infama;
Y desde él mi postrero gemido
Lanzará del tirano al oido
Fiero voto de eterno rencor.

[*Octubre de 1823.*]

A EMILIA.

DESDE el suelo fatal de su destierro
Tu triste amigo, EMILIA deliciosa,
Te dirije su voz; su voz que un día
En los campos de Cuba florecientes
Virtud, amor y plácida esperanza
Cantó felice, de tu bello labio
Mereciendo sonrisa aprobadora,
Que satisfizo su ambicion. Ahora
Solo gemir podrá la triste ausencia
De todo lo que amó, y enfurecido
Tronar contra los viles y tiranos
Que ajan de nuestra patria desolada
El seno virginal. Su torvo ceño
Mostróme el despotismo vengativo,
Y en torno de mi frente acumulada
Rujió la tempestad. Bajo su techo
La venganza burlé de los tiranos.
Entonces tu amistad celeste, pura,
Mitigaba el horror á las insomnias
De tu amigo proscrito y sus dolores.
Me era dulce admirar tus formas bellas
Y atender á tu acento regalado,
Cual lo es al miserable encarcelado
El aspecto del cielo y las estrellas.
Horas indefinibles, inmortales,
De angustia tuya y de peligro mio,

¡Cómo volaron!—Estranjera nave
Arrebatóme por el mar sañudo,
Cuyas oscuras turbulentas olas
Me apartan ya de playas españolas.

Héme libre por fin: héme distante
De tiranos y siervos. Mas, EMILIA,
¡Qué mudanza cruël! Enfurecido
Brama el viento invernal: sobre sus alas
Vuela y devora el suelo desecado
El hielo punzador. Espesa niebla
Vela el brillo del sol, y cierra el cielo,
Que en dudoso horizonte se confunde
Con el oscuro mar. Desnudos gimen
Por do quiera los árboles la saña
Del viento azotador. Ningun sér vivo
Se ve en los campos. Soledad inmensa
Reina y desolacion, y el mundo yerto
Sufre de Invierno cruel la tiranía.

¡Y es esta la mansion que trocar debo
Por los campos de luz, el cielo puro,
La verdura inmortal y eternas flores,
Y las brisas balsámicas del clima
En que el primero sol brilló á mis ojos
Entre dulzura y paz...?—Estremecido
Me detengo, y agólpanse á mis ojos
Lágrimas de furor... ¡Qué importa? EMILIA,
El cuerpo sufre, pero mi alma fiera
Con noble orgullo y menosprecio aplaude

Su libertad. Mis ojos doloridos
No verán ya mecerse de la palma
La copa gallardísima, dorada
Por los rayos del sol en Occidente;
Ni á la sombra de plátano sonante
El ardor burlaré de medio día,
Inundando mi faz en la frescura
Que espira el blando zéfiro. Mi oído,
En lugar de tu acento regalado,
O del eco apacible y cariñoso
De mi madre, mi hermana y mis amigas,
Tan solo escucha de extranjero idioma
Los bárbaros sonidos: pero al menos
No lo fatiga del tirano infame
El clamor insolente, ni el gemido
Del esclavo infeliz, ni del azote
El crujir execrable, que emponzoñan
La atmósfera de Cuba. ¡Patria mia,
Idolatrada patria! tu hermosura
Goce el mortal en cuyas torpes venas
Gire con lentitud la yerta sangre,
Sin alterarse al grito lastimoso
De la opresion. En medio de tus campos,
De luz vestidos y genial belleza,
Sentí mi pecho férvido ajitado
Por el dolor, como el Océano brama
Cuando le azota el Norte. Por las noches,
Cuando la luz de la callada luna

Y del limon el delicioso aroma,
Llevado en alas de la tibia brisa,
A voluptuosa calma convidaban,
Mil pensamientos de furor y saña
Entre mi pecho hirviendo, me nublaban
El congojado espíritu, y el sueño
En mi abrasada frente no tendia
Sus alas vaporosas. De mi patria
Bajo el hermoso desnublado cielo
No pude resolverme á ser esclavo,
Ni consentir que todo en la natura
Fuese noble y feliz, menos el hombre.
Miraba ansioso al cielo y á los campos
Que en derredor callados se tendian,
Y en mi lánguida frente se veian
La palidez mortal y la esperanza.

Al brillar mi razon, su amor primero
Fué la sublime dignidad del hombre,
Y al murmurar de *patria* el dulce nombre,
Me llenaba de horror el extranjero.
¡Pluguiese al cielo, desdichada Cuba,
Que tu suelo tan solo produjese
Hierro y soldados! ¡La codicia ibera
No tentáramos, no!—Patria adorada,
De tus bosques el aura embalsamada
Es al valor, á la virtud funesta.
¡Cómo viendo tu sol radioso, inmenso,
No se inflama en los pechos de tus hijos

Generoso valor contra los vile.
Que te oprimen audaces y devo._u?
¡EMILIA! ¡dulce EMILIA! la espe._uza
De inocencia, de paz y de ventura
Acabó para mí. ¡Qué gozo resta
Al que desde la nave fugitiva,
En el triste horizonte de la tarde
Hundirse vió los montes de su patria
Por la postrera vez?—A la mañana
Alzóse el sol, y me mostró desiertos
El firmamento y mar... ¡Oh cuán odiosa
Me pareció la mísera existencia!
Bramaba en torno de tormenta fiera,
Y yo sentado en la ajitada popa
Del náufrago bajel, triste y sombrío,
Los torvos ojos en el mar fijando,
Meditaba de Cuba en el destino
Y en sus tiranos viles, y gemia,
Y de rubor y cólera temblaba,
Mientras el viento en derredor rujia,
Y mis sueltos cabellos ajitaba.
¡Ah! ¡tambien otros mártires... EMILIA!
Do quier me sigue en ademan severo
Del noble HERNANDEZ la querida imájen.
¡Eterna paz á tu injuriada sombra
¡Mi amigo malogrado! Largo tiempo
El gran flujo y reflujo de los años
Por Cuba pasará, sin que produzca

Otra alma cual la tuya, noble y fiera.
¡Víctima de cobardes y tiranos,
Descansa en paz! Si nuestra patria ciega,
Su largo sueño sacudiendo, llega
A despertar á libertad y gloria,
Honrará, como debe, tu memoria.

Presto será que refulgente aurora
De libertad sobre su puro cielo
Mire Cuba lucir. Tu amigo, EMILIA,
De hierro fiero y de venganza armado
A verte volverá, y en voz sublime
Entonará de triunfo el himno bello.
Mas si en las lides enemiga fuerza
Me postra ensangrentado, por lo menos
No obtendrá mi cadáver tierra extraña,
Y regado en mi féretro glorioso
Por el llanto de vírgenes y fuertes
Me adormiré. La universal ternura
Escitaré dichoso, y enlazada
Mi lira de dolores con mi espada,
Coronarán mi noble sepultura.

[1824.]

EN LA MUERTE DE RIEGO.

Los monarcas altivos de Europa
Ven alzarse los pueblos iberos,

Y sobre ellos resuelven severos
De su fuerza el torrente soltar.

¡Libertad! es terrible tu acero;
Mas ¿dó el brazo estará que lo vibre?
¿Por ventura quien nunca fué libre
Puede rayos al trono lanzar?

Con jactancia los hijos de Iberia
¡*Libertad ó la muerte!* gritaban;
¡*Libertad ó la muerte!* sonaban
Ebro y Bétis, Pirene y el mar.

¡Ignominia, baldon á sus nombres!
Al bramar de la lid se escondieron,
Y la palma del triunfo cedieron,
Sin osarla al francés disputar.

¡Ignominia perenne á tu nombre,
Degradada y estúpida España!
Del tirano á la bárbara saña
Abandonas tu bravo adalid.

¡Pereció por romper tus cadenas!
Libertad su apoteósis reclama:
A los ojos del mundo te infama,
Cuanto le honra su noble morir.

El gran RIEGO al cadalso camina
Entre el gozo y clamor insensato
De ese pueblo frenético, ingrato,
Que cuando era feliz le adoró.

Le prodigan indignos ultrajes
Al morir entre duros tormentos,

Y al sol arden sus miembros sangrientos,
Que ni tumba el tirano les dió...

No será para el mundo perdido
Tan odioso, tan bárbaro ejemplo:
Aun habrá quien venere cual templo
De su injusto suplicio el lugar,

Y se indigne sobre él; que la tierra
De un patriota con sangre bañada,
Es tan digna de honor, tan sagrada,
Como aquella en que posa un altar.

Ya los reyes te befan, España,
De tu infamia profunda riendo,
Y en tinieblas y sangre gimiendo,
Hoy la sierva de Europa te ves.

¡Santo Oficio, renace...!—Inhumanos,
Restituidos al crimen os vemos:
Cantad himnos al cielo, blasfemos,
Porque os lanza en la tierra otra vez.

Restaurad vuestros ritos impíos,
Restaurad el horrible tormento,
Y en la hoguera y el potro sangriento
Sonreiréis al humano dolor.

¡Peores sois que demonios comunes!
Aun al vulgo feroz del infierno,
Mansion triste de crimen eterno,
Inspirais menosprecio y horror.

No perpetuo será tan vil triunfo;
Vuestro gozo templad, opresores,

Porque al fin armará vengadores
Vuestra rabia insensata y feroz.

¡Justo el cielo modera sus iras,
Y la copa del crimen se llena;
La venganza distante ya truena,
La justicia se apresta de Dios!

EN EL ANIVERSARIO

DEL 4 DE JULIO DE 1776.

SAGRADA libertad, númen de vida,
Que tu cetro divino
Por Aténas y Roma esclarecida
Otro tiempo tendias,
Y á sus pueblos felices animabas,
Y vida, fuerza y esplendor sembrabas
Donde tu planta férvida ponias,
¿Brillar y perecer fué tu destino?
En Europa infeliz te busco en vano,
Y de tu altar en vez, do quier me aflije
El simulacro vil de algun tirano.

En América está: salvó las ondas
Del terrible Océano,
Y huyó proscrita del antiguo mundo.
Un siglo y otro mas plácidamente
Aquí moró; mas la opresion tirana
Osó violar su asilo. Enfurecida

Se alzó la libertad, y mil guerreros
Desnudan las espadas,
Y constancia al poder, muerte á la muerte
Contrastan por do quier. La diosa fuerte,
De acero y majestad la frente armada,
A la opresion soberbia desafia,
Y de natura las eternas leyes
En memorable dia
A los pueblos anuncia y á los reyes.

“¡El hombre es libre!” dice, y del aplauso
Sube al cielo el clamor. “Hombres, iguales
“Os hizo Dios. Quien bárbaro os oprime
“Ofende á la razon, insulta al cielo.
“Es justo el resistir, santo y sublime.
“Luchad, héroes, venced, y en vuestro suelo
“De paz y de justicia,
“De libertad y luz, de dicha y gloria
“La semilla feliz, en vuestra sangre
“Robusta brotará. Pueblos del mundo,
“Hijos de un pobre sois, vivid hermanos,
“Y el vengador acero
“Reservad solamente á los tiranos.”

¡Dia de bendicion! Cincuenta veces
En la revolucion de su carrera
Te trajo el sol á iluminar al mundo.
¡Oh, cómo á tu calor dulce, fecundo,
En vida y en placer hierve la tierra!
De un mar al otro mar no hay ya tiranos.

Por ciudades, montañas y desiertos
Lleva el hombre la plácida conciencia
De su seguridad: su altiva mente
En contemplar su dignidad se goza,
Y al cielo sin rubor alza la frente.
América feliz, fuerte y hermosa,
Ceñida en torno de sus hijos fieles
Y á terrible defensa preparada,
Se ostenta majestosa, coronada
Con verde oliva, estrellas y laureles.

¡Día de redencion! La voz sublime
Que escuchaste tronar, de todo un mundo
Resuena en la estension, y por do quiera
Rompen los pueblos la cadena fiera
Que á sus cuellos cargó la tiranía.
De mar en mar, del Norte al Mediodia
De libertad el árbol se ha plantado.
América feliz bajo él adora
De la santa igualdad el dulce imperio,
Y los vientos, de Oriente al hemisferio
Llevarán su semilla bienhechora.

[1826.]

VUELTA AL SUR.

VUELA el buque: las playas oscuras
A la vista se pierden ya lejos,

Cual de Febo á los vivos reflejos
Se disipa confuso vapor.

Y la vista sin límites corre
Por el mar á mis ojos abierto,
Y en el cielo profundo, desierto,
Reina puro el espléndido sol.

Del aliento genial de la brisa
Nuestras velas nevadas llenamos,
Y entre luz y delicia volamos
A los climas serenos del Sur.

A tus hielos adios, Norte triste:
De tu invierno finaron las penas,
Y ya siento que hierven mis venas
Prometiéndome fuerza y salud.

¡Salve, cielo del Sur delicioso!
Este sol prodigóme la vida,
Y sus rayos en mi alma encendida
Concentraron hoguera fatal.

De mi edad las amables primicias
A tus hijas rendí por despojos,
Y la llama que aun arde en mis ojos,
Bien demuestra cual supe yo amar.

¡Oh recuerdos de paz y ventura!
¡Cómo el sol en tu bello occidente
Inundaba en su luz dulcemente
De mi amada la cándida faz!

¡Cómo yo del naranjo á la sombra
En su seno mi frente posaba,

Y en sus labios de rosa libaba
Del deleite la copa falaz!

¡Dulce Cuba! en tus aras sagradas
La ventura inmolé de mi vida,
Y mirando tu causa perdida,
Mis amores y amigos dejé.

Mas tal vez no está lejos el día
(¡Cuál me anima tan bella esperanza!)
En que armado de hierro y venganza
A tus viles tiranos veré.

¡Cielo hermoso del Sur! Compasivo
Tú me tornas la fuerza y aliento,
Y mitigas el duro tormento
Con que rasga mi seno el dolor.

Al sentir tu benéfico influjo
No al destino mi labio maldice,
Ni me juzgo del todo infelice
Mientras pueda lucirme tu sol.

¡Adios, hielos!—¡Oh lira de Cuba!
Cobra ya tu feliz armonía,
Y del Sur en las alas envía
Himno fiel de esperanza y amor.

Por la saña del Norte inclemente
Destrozadas tus cuerdas se miran;
Mas las brisas, que tibias suspiran,
Te restauran á vida vigor.

Yo te pulso, y tus ecos despiertan
En mis ojos marchitos el llanto...

¡Cuál me alivias! Tu plácido encanto
La existencia me fuerza á sentir!

¡Lira fiel, compañera querida
En sublime delicia y dolores!
De cipres y de lánguidas flores
Ya te debes por siempre ceñir.

¡Siempre. . ! No, que en la lid generosa
Tronarás con acento sublime,
Cuando Cuba sus hijos reanime,
Y su estrella miremos brillar.

¡“Libertad,” clamarán, “¡en su pecho
“Inflamó de su aliento la llama!”
Y si caigo, mi espléndida fama
A los siglos futuros irá.

(1825.)

HIMNO DEL DESTERRADO.

REINA el sol, y las olas serenas
Corta en torno la prora triunfante,
Y hondo rastro de espuma brillante
Va dejando la nave en el mar.

¡*Tierra!* claman: ansiosos miramos
Al confín del sereno horizonte,
Y á lo lejos descúbrese un monte....
Le conozco.... ¡Ojos tristes, llorad!

Es el *Pan*... En su falda respiran
El amigo mas fino y constante,
Mis amigas preciosas, mi amante...
¡Qué tesoros de amor tengo allí!

Y mas lejos, mis dulces hermanas,
Y mi madre, mi madre adorada,
De silencio y dolores cercada
Se consume gimiendo por mí.

Cuba, Cuba, que vida me diste,
Dulce tierra de luz y hermosura,
¡Cuánto sueño de gloria y ventura
Tengo unido á tu suelo feliz!

¡Y te vuelvo á mirar...! ¡Cuán severo
Hoy me oprime el rigor de mi suerte!
La opresion me amenaza con muerte
En los campos dó al mundo nací.

Mas, ¡qué importa que truene el tirano?
Pobre, sí, pero libre me encuentro:
Sola el alma del alma es el centro:
¡Qué es el oro sin gloria ni paz?

Aunque errante y proscrito me miro,
Y me oprime el destino severo,
Por el cetro del déspota ibero
No quisiera mi suerte trocar.

Pues perdí la ilusion de la dicha,
Dame ¡oh gloria! tu aliento divino.
¡Osaré maldecir mi destino,
Cuando puedo vencer ó morir?

Aun habrá corazones en Cuba
Que me envidien de mártir la suerte,
Y prefieran espléndida muerte
A su amargo azaroso vivir.

De un tumulto de males cercado
El patriota inmutable y seguro,
O medita en el tiempo futuro,
O còntempla en el tiempo que fué.

Cual los Andes en luz inundados
A las nubes superan serenos,
Escuchando á los rayos y truenos
Retumbar hondamente á su pié.

¡Dulce Cuba! En tu seno se miran
En su grado mas alto y profundo,
La belleza del físico mundo,
Los horrores del mundo moral.

Te hizo el cielo la flor de la tierra;
Mas tu fuerza y destinos ignoras,
Y de España en el déspota adoras
Al demonio sangriento del mal.

¡Ya qué importa que al cielo te tiendas
De verdura perenne vestida,
Y la frente de palmas ceñida
A los besos ofrezcas del mar;

Si el clamor del tirano insolente,
Del esclavo el gemir lastimoso,
Y el crujir del azote horroso
Se oye solo en tus campos sonar?

Bajo el peso del vicio insolente
La virtud desfallese oprimida,
Y á los crímenes y oro vendida
De las leyes la fuerza se ve.

Y mil *necios*, que *grandes* se juzgan
Con *honores* al peso comprados,
Al tirano idolatran, postrados
De su trono sacrílego al pié.

Al poder el aliento se oponga,
Y á la muerte contraste la muerte:
La constancia encadena la suerte;
Siempre vence quien sabe morir.

Enlacemos un nombre glorioso
De los siglos al rápido vuelo:
Elevemos los ojos al cielo,
Y á los años que están por venir.

Vale mas á la espada enemiga
Presentar el impávido pecho,
Que yacer de dolor en un lecho,
Y mil muertes muriendo sufrir.

Que la gloria en las lides anima
El ardor del patriota constante,
Y circunda con halo brillante
De su muerte el momento feliz.

¡A la sangre temeis...? En las lides
Vale mas derramarla á raudales,
Que arrastrarla en sus torpes canales
Entre vicios, angustias y horror.

¿Qué teneis? Ni aun sepulcro seguro
En el suelo infelice cubano.

¿Nuestra sangre no sirve al tirano
Para abono del suelo español?

Si es verdad que los pueblos no pueden
Existir sino en dura cadena,
Y que el cielo feroz los condena
A ignominia y eterna opresion;

De verdad tan funesta mi pecho
El horror melancólico abjura,
Por seguir la sublime locura
De Washington y Bruto y Caton.

¡Cuba! al fin te verás libre y pura
Como el aire de luz que respiras,
Cual las ondas hirvientes que miras
De tus playas la arena besar.

Aunque viles traidores le sirvan,
Del tirano es inútil la saña,
Que no en vano entre Cuba y España
Tiende inmenso sus alas el mar.

(Setiembre de 1825.)

A BOLIVAR

¡LIBERTADOR! Si de mi libre lira
Jamás el eco fiero
Al crimen halagó ni á los tiranos,
Escucha su himno de loor que inspira,

Ferviente admiracion. Alto, severo
Será per siempre de mi voz el tono.
Sí, columna de América: no temo,
Al cantar tus hazañas inmortales,
Que me escuchen los genios celestiales,
Y juzgue el Sér Supremo.
¿Qué era, decid, el vasto continente
Que Colon reveló? Bajo la saña
De la terrible España
Tres centurias gimió su opresa gente
En estéril afan, en larga pena,
En tinieblas mentales y cadena.
Mas el momento vencedor del hado
Al fin llegó; los hierros se quebrantan,
El hombre mira al sol, osado piensa,
Y los pueblos de América, del mundo
Sienten al fin la agitacion inmensa,
Y osan luchar, y la victoria cantan.

Bella y fugaz aurora
Lució de libertad. Desastre inmenso
Cubrió á Caracas de pavor y luto.
Del patriótico afan el dulce fruto
Fatal supersticion seca y devora.
De libertad sobre la infausta ruina
Mas osado y feroz torna el tirano,
Y entre la gran desolacion, insano
Amenaza y fulmina.

Pero BOLIVAR fué. Su heróico grito
Venganza, patria y libertad aclama.
Venezuela se inflama,
Y trábese la lucha
Ardua, larga, sangrienta,
Que de gloria inmortal cubre á BOLIVAR
En diez años de afan. La fama sola
A la posteridad los triunfos cuenta
Que le vió presidir, cuando humillaba
La feroz arrogancia,
La pujanza española,
Y su genio celebra y su constancia.
Una vez y otra vez roto y vencido,
De su patria espelido,
Peregrino en la tierra y Océano
¿Quién le vió desmayar? El infortunio
Y la traicion impía
Se fatigaron por vencerle, en vano.
Su genio inagotable
Igualaba el revés á la victoria,
Y le miró la historia
Empapar en sudor, llenar de fama
Del Golfo Triste al Ecuador sereno,
Del Orinoco inmenso á Tequendama.
¡BOLIVAR inmortal! ¿Qué voz humana
Enumerar y celebrar podría
Tus victorias sin fin, tu eterno aliento?
Colombia independiente y soberana

Es de tu gloria noble monumento.
Del vil polvo á tu voz, robusta, fiera,
De majestad ornada,
Ella se alzó, como Minerva armada
Del cerebro de Júpiter saliera.

Mas á tu ardor sublime
No bastan ya de Araure y Carabobo,
De Boyacá y de Quito los laureles,
Libertad al Perú volar te ordena.
La espada ardiente que tu mano esgrime,
Rayo al poder de España,
Brilla donde su saña
A servidumbre ó destruccion condena
La familia del sol, en cuyo templo
Inexorable y fiera
Alzaba ya la Inquisicion su hoguera.

Entre guerra civil é iberas lanzas
Aquel pueblo infeliz vacila triste,
Cuando el poder dictatorial te viste,
Y te manda *salvar sus esperanzas*.
La discordia feroz huye aterrada,
El sumiso Perú tu genio adora,
Y de venganza y libertad la aurora
Luce en Junin al brillo de tu espada.

Tu espíritu feliz á Sucre llena;
Y un mundo por tu genio libertado,
En Ayacucho al fin ve destrozado
El postrer eslabon de su cadena.

Allí el ángel de América la vista
Dilata por sus llanos
Desde la nube umbrosa en que se asienta,
Y con terror involuntario cuenta
Seis mil patriotas y diez mil tiranos.
Mas eran los patriotas colombianos,
Alumnos de BOLIVAR y la gloria;
Tu generoso ardor los abrasaba,
Y fué suyo el laurel de la victoria.
Allí termina la inmortal campaña,
Y al colombiano pabellon glorioso,
Sangriento y polvoroso
Cede y se humilla el pabellon de España.

¡Libertad á la patria de los Incas!
¡Libertad de Colon al hemisferio!
¡Lauro al LIBERTADOR! Del Cuzco antiguo
Las vírgenes preciadas,
Libres del afrentoso cautiverio,
Himnos de triunfo entonan á BOLIVAR.
Los pueblos que feliz libra y aduna,
Manco nuevo le llaman,
Y con ardiente gratitud le aclaman
El genio de la guerra y la fortuna.

Y resuena su voz, y soberana
Se alza Bolivia bella,
Y añádese una estrella
A la constelacion americana.

¡Númen restaurador! ¡Qué gloria humana

Puede igualar á tu sublime gloria?
¡Oh BOLIVAR divino!
Tu nombre diamantino
Rechazará las olas con que el tiempo
Sepulta de los reyes la memoria;
Y de tu siglo al recorrer la historia
Las razas venideras,
Con estupor profundo
Tu genio admirarán, tu ardor triunfante,
Viéndote sostener, sublime Atlante,
La independendencia y libertad de un mundo.

¡Y tan brillante gloria
Eclipsaráse al fin . . . ? Letal sospecha
En torno de tu frente revolando
Empaña su esplendor: yacen las leyes
Indignamente holladas,
Sin ser por tí vengadas.
La patria y la virtud su estrago gimen:
Triunfa la rebelion, se premia el crimen.

¡LIBERTADOR! ¡y callas . . ! Cuando insano
Truena un rebelde, ¡ocioso
El rayo vengador yace en tu mano?
¡Y ciñes á un faccioso
Tu espada en galardón . . . ? A error tan triste
Permite á mi dolor que corra un velo.
Si patria no hade haber, ¿por qué venciste?
¡Ay! los reyes dirán con burla impía
Que tantos sacrificios fueron vanos,

Y que solo estirpaste á los tiranos
Para ejercer por tí la tiranía.

Cual cometa serás, que en su carrera
Por la atraccion del sol arrebatado
Se desliza en el éter, y abrasado
Se pierde al fin en su perenne hoguera.
¡Contra la libertad entronizada
Por tu constante generoso brio,
Esgrimirás impío
De Carabobo y de Junin la espada?
Cuando tu gloria el universo abarca,
Libertador de esclavos á millones,
Creador de tres naciones,
¿Te querrás abatir hasta monarca?

¡Vuelve los ojos . . . ! A Iturbide mira
Que de Padilla en la fatal arena
Paga de su ambicion la dura pena,
Y como un malhechor sangriento espira;
Y pálido, deforme le recibe
El suelo que libró, que le adoraba,
Y cívico apoteósis le guardaba,
En vez de vil ignominiosa muerte.
Mas alta que la suya fué tu suerte,
Muy mas largo tu afan, mayor tu gloria.
¿A tu inmortal carrera
Con lágrimas y sangre
Un fin igual recordará la historia?
Despues que al orbe atónito dejaste

Con tu sublime vuelo,
Brillante Lucifer, ¡caerás del cielo!
Jamás impunemente
Al pueblo soberano
Pudo imponer un héroe ciudadano
El sello del baldon sobre la frente.
El pueblo se alza, y su voraz encono
Sacrifica al tirano,
Que halla infamia y sepulcro en vez de trono.
Así desvanecerse vió la tierra
De Napoleon y de Agustin la gloria,
Y prematura tumba los encierra,
Y la baña con llanto la Victoria.
¡Hijo de Libertad privilegiado,
No á su terrible majestad atentes,
Ni á nuestro asombro y lástima presentes
Un laurel fulminado . . . !

[1827.]

TRIUNFO DE LA PATRIA.

CUANDO en la etéra cumbre
De los eternos Andes se amontonan
Mil pavorosas nubes,
De hielo, fuego y destruccion preñadas,
Y con fúnebre cerco los coronan,
En negra sombra se oscurece el día,

Y gira en las llanuras aterradas
Triste, sordo rumor, nuncio de muerte.
Pero si el rayo fuerte
Estalla, y rompe de la nube el seno,
La densa oscuridad rasga su velo,
La fiera tempestad huye bramando,
Y mas puro brillando
Se ostenta el sol en el desierto cielo.

Así la torpe sedicion que impía
A la gloria de Anáhuac insultaba,
Y fiera provocaba
A la guerra civil y horrendo estrago,
Despareció, cual humo, al solo amago
Del ínclito GUERRERO.
La hidra feroz por él yace vencida;
Y la ley afirmada,
Al relucir su fulminante acero,
Brilla de nuevo lustre coronada.
¡Caudillo vencedor! Siempre la patria
Idolo fué de tu alma generosa.
Su independenciam y libertad hermosa
Siempre á su culto vieron consagrados
Tu brazo y corazon. Cuando el Anáhuac
Vió al ibero triunfar, puso en tus manos
La centella feliz de sacro fuego,
Que devoró por fin á los tiranos.
Hoy de furor anárquico lo libras.
De la victoria espléndida el camino

Mostrándote la patria, te imploraba:
De su estrella el fulgor te iluminaba:
¡Llegar, ver y vencer fué tu destino!

¡Goza tu pura gloria,
De ciudadanos inmortal modelo,
Predilecto de Anáhuac! Por do quiera
De salvacion el grito y de victoria
Se oye sonar. El pueblo que salvaste
Una vez y otra vez, levanta al cielo
Con exaltado amor tu nombre y fama,
Y de su libertad é independencia
Inespugnable Paladion te aclama.

Tú, VICTORIA, tambien honor ganaste
Sofocando la bárbara anarquía,
Y la alta profecía
De tu nombre fatídico llenaste.

Osó la rebelion llamar flaqueza
Tu alta moderacion; pero tu mano
Supo frenar sus ímpetus furiosos.
Y presentaste noble á los facciosos
La inalterable frente que al tirano,

¡Quién pudo resistir cuando á GUERRERO
Al campo del honor lanzó VICTORIA?
¡Columnas del Anáhuac! A vosotros
De hoy mas la patria fia
Su alto destino, libertad y gloria.
Sus enemigos con maldad impía
Querrán soplar en vuestras nobles almas

De la discordia el bárbaro venero.
¡Su gozo no esciteis! Por siempre unidos
Os mire Anáhuac y os admire el mundo,
Y húndase la anarquía —
Del Averno en el antro mas profundo.
Y tú, BRAVO infeliz, ¡ángel caído . . . !
Mi canto dolorido
No insultará tu inmensa desventura.
Con sensible amargura
Renueva la memoria
Los timbres inmortales
De tu antigua virtud y de tu gloria.
A pesar del laurel por el Anáhuac
A tu frente gloriosa entretejido,
Del rayo celestial te ves herido.
En tu funesta suerte
Alta leccion á las facciones diste,
Y tambien á los reyes.
Contra el Anáhuac ó sus santas leyes
¿Quién osará luchar, si tú caiste?

[*Enero de 1828.*]

A LOS MEXICANOS, EN 1829.

¡Por qué el tiempo en sus alas fugitivas
Llevó el siglo dichoso
En que abrasaba el pecho en llamas vivas

El canto poderoso,
Y á los míseros siervos alentaba
El yugo á sacudir, y la alta frente
Al vencedor sublime coronaba?
¡Tiempo feliz, en que al cantar de Alceo
Turbábase el tirano,
Y á los triunfos volaba el espartano,
A la fulmínea voz del gran Tirteo!

Si piadoso el destino
A mi labio prestara
Una centella de su ardor divino,
¡Cómo, Anáhuac, tronara,
Y contra tus eternos enemigos
A devorante lid te levantara!

El tirano de España,
Tras once años de lid, roto y vencido,
De su impotente saña
En el delirio bárbaro y furores
Ordena que sus siervos á millares
Dejen los patrios lares
Para cubrir á México de horrores.
“¡Id,” les dice, “volad al rico suelo
“que Cortés y Calleja desolaron:
“Sea la ferocidad que allí mostraron
“Vuestro norte feliz, vuestro modelo!”

Al mortífero acento
La vela sus esclavos dan al viento,
Y al azaroso piélago se lanzan,

Sin contemplar su inevitable suerte.
¡Insensatos! ¿dó vais? Mirad la muerte
Que en las costas de Anáhuac asentada
Tiende su mano pálida, y erguida
Con placer infernal suyos os nombra.
Vuestra invasion no asombra
A los libres de México. ¡Miradlos!
En ira santa palpitando el pecho
Os aguardan, y mas que la existencia
Estiman denodados
Su libertad, honor é independencia.

A las armas, ¡Anáhuac! y de guerra
El grito suene salvador, sublime,
Y el patrio fuego por do quier anime,
Y de acero y furor vista la tierra.
¡A lidiar! ¡á vencer! De sangre ibera
Sediento el suelo está: su ardor saciemos,
Y en despojos sangrientos de tiranos
Perenne trono á libertad fundemos.
¡Muerte, baldon al que la lid rehusare,
Y prefiriendo á libertad el yugo,
La patria y el honor menospreciare!

¡No! ¡Jamás dejaremos
Que de la independencia en la ruina
Con funesta victoria
Hunda un tirano el porvenir de gloria
Que grato Dios á nuestro afan destina!
¡Jamás á la alta mente

Servidumbre fatal frene su vuelo,
Y audaz nos vede levantar la frente,
Y dirijirla sin rubor al cielo!
¡Antes muramos que su indigna planta
Conculque las cenizas
De doscientos mil mártires . . . ! ¡Oidlos!
¡No escuchais cómo claman
Desde sus tumbas con terrible grito,
Y á lid y gloria y libertad nos llaman?

“ ¡Mexicanos, alzá! No divididos
“ Por odio vergonzoso
“ En peligro pongais el dón precioso
“ Que con mano sangrienta os ofrecimos,
“ Y por cuya conquista en mil combates
“ Al seno de la muerte descendimos.
“ ¡Hoy á nuestros verdugos
“ Dejaréis que derriben de la patria
“ El sacrosanto altar, altar querido,
“ Sobre nuestros cadáveres alzado,
“ En tanta sangre y lágrimas bañado,
“ Con tantos sacrificios adquirido?
“ ¡No! circundadlo en torno:
“ El juramento espléndido, sublime,
“ De vivir libres, ó morir con gloria
“ Truene do quier, y en letras de diamante
“ En el ara esculpid, ¡oh mexicanos!
“ **RENCOR ETERNO, MUERTE A LOS TIRANOS!**

¡A los tiranos muerte. . . . ! ¡Yo lo juro,
Sombras augustas! Mi alma enajenada
Cede al Dios que me inspira
Dejar la grave toga y blanda lira
Para esgrimir la vengadora espada.
¡A lidiar! ¡á vencer! ¡Con brazo fuerte
Presto en el Océano
Hundamos para siempre los pendones
Nuncios infaustos de opresion y muerte,
Y al Anáhuac respeten las naciones!
El clamor lamentable
De la española rota el mar pasando
A Cuba llegue, su cadena impía
Destroce al fin el águila triunfante,
Y sus alas soberbias ajitando,
Hasta en el trono espante
Al opresor de Iberia. En sus altares
A libertad afirme la victoria,
Y de México aplaudan á la gloria
Del Norte y Sur los apartados mares.
(Julio de 1829.)

A UN AMIGO

DESTERRADO POR OPINIONES POLÍTICAS.

Si la musa que altiva me inspira
Nunca supo adular á tiranos,

De la lira que tiembla en mis manos
Hoy preside á la noble cancion.

De un ilustre infortunio pretendo
Mitigar la gloriosa amargura:
De amistad opondré la voz pura
Al rujir de tirana faccion.

¡Caro ALBANO! Mi pecho aflijido
El adios te dirige postrero:
Del cariño mas firme y sincero
Es mi canto la prenda final.

Pero no: si la patria te mira
Por injusto poder abrumado,
Noble esquife, en la playa varado,
Volverás con el flujo á flotar.

En la guerra civil nos ha sido
La gran causa comun y la suerte,
Y los hierros, la lid y la muerte
Arrostramos con cívico ardor.

Libertad la terrible metralla
Aumentaba con rotas cadenas . . .
Horas arduas, ardientes, y llenas
De peligros y ciego furor.

De ese pueblo ignorante y opreso
Aliviar la miseria quisiste,
Y á su causa infeliz ofreciste
Tu elocuencia, tu genio y valor.

¡Ay! ¡en vano! Tus nobles afanes
Burla ya la feroz tiranía:

Al destierro sañuda te envía,
Y alevosa mancilla tu honor.

¡Parte, parte! Del Norte en los climas
Libertad un asilo te ofrece:
En su seno divino merece
Ocultarse tu noble revés.

De igualdad bajo el manto tranquilo
Allí reina la paz en los pechos,
Y del hombre los santos derechos
Solo á Dios reconocen por juez.

Parte, ALBANO, á sus playas felices,
Y conserva con alta esperanza
A la patria, que débil te lanza,
Tu elocuencia y tu fiel corazon.

Siempre fueron los pueblos ingratos
Cuando ensayan las duras cadenas,
Y frenéticas Roma y Aténas
Inmolaron á Bruto y Focion.

AL GENIO DE LIBERTAD.

¡GENIO de libertad, mi voz te impiora!
En todo clima tu fogoso aliento
Esparció vida y luz, salud y gloria.
Por tí clamor inmenso de victoria
Estremeció de Maraton los ecos,
Para terror del déspota vencido.

En Roma libre, de funesto olvido
Preservaste los nombres inmortales
De Bruto, Cincinato, el gran Camilo,
Y de otros mil, cuya sublime frente
Coronó tu laurel. Su vasto foro
Con el aplauso resonar se oía
De un pueblo altivo, generoso y fuerte,
Que incienso á tus altares ofrecia.
En los montes helvéticos lidiaste
Con el arco de Tell, y allí fundaste
A la simple virtud perenne templo.
Al Septentrion de América elegiste
Luego por tu mansion; el noble pecho
Inflamaste de Washington divino,
Y presidiste á su inmortal destino,
Y consagraste su sencillo techo.

Despues el galo insano y furibundo
Te quiso colocar entre sus lares:
Mas te erigió cadalsos por altares
Y facciosos te dió por sacerdotes,
Que fueron duros, bárbaros; mas dieron
Ejemplo memorable á las naciones,
Y en la ruina de antiguas opiniones
Monumento perenne se erigieron.

¡Genio de Libertad! cuando con Riego
La noble frente en Gades elevaste,
¡Cómo en el porvenir no conjuraste
La cruel desolacion que vino luego...?

Por fin al Sur de América volando,
De los sublimes Andes en la cumbre
Que dora el sol con su perpetua lumbre,
Tu bandera divina tremolando,
Llamaste á libertad un hemisferio,
Que tras lucha gloriosa y dilatada
Feliz destruye el español imperio.

¡Genio de libertad! desde mi cuna
A los tiranos fieros me inspirabas
Generosa aversion; tú me llenabas
De inespicable, de sublime gozo,
Cuando sentado en la ajitada popa,
Ví á mi bajel, del viento arrebatado,
Romper con furia las turbadas olas
Del irritado mar, y por sus campos
Leve volar, cual despedida flecha.
Por tí, genio inmortal, por tí me agrada
Clavar la vista al sol, y ansiosamente
Beber su inmensa luz. Mi voz te implora;
El ruego escucha de quien fiel te adora.
Ven, desciende al Anáhuac ajitado
Por el tumulto atroz de las facciones,
Y su furor sangriento sofocado,
Respiren los humanos corazones.
¡O tan solo serás perturbadora
Fantástica ilusion? No: yo te miro
De Iztacihuatl bellísimo asentado
En las etéreas cumbres, revestido

Con alta majestad. Bella, impalpable,
Como el arco de Dios entre las nubes,
Allá vislumbra la vision gloriosa.

AL C. ANDRES QUINTANA ROO,
POR HABER RECLAMADO LA ESPULSION ARBITRARIA
DEL GENERAL PEDRAZA.

FUE tiempo en que la docta poësia,
De independencian y de poder armada,
Al moral universo presidia.
Las hijas inmortales de Memoria
En inflexible tribunal juzgaban,
Y á los héroes y dioses dispensaban
Indeleble baldon, ó eterna gloria.
A ministerio tan sublime y puro
Prestaba grato su favor el cielo,
Y ante los vates desgarraba el velo
A la incierta region de lo futuro.
Mas hoy la adulacion su canto inspira,
Al sórdido interes atienden solo,
Y á su boca venal airado Apolo
El dón de los oráculos retira.

¡No empero yo! Si de mi voz el eco
Yace olvidado en nulidad profunda,
De la lisonja inmunda
Jamás á la opresion quemé el incienso,

Y limpio el corazon, puras las manos,
Oso decir que *de mi libre musa*
Jamas el eco adormeció á tiranos:
Recibe, pues, el himno de alabanza
Que parte de mi lira,
Y generosa admiracion me inspira.

Cuando del hombre libre los derechos
Arrolla la opresion entronizada,
Y la calumnia y delacion armada
Siembran espanto en los confusos pechos;
Cuando jueces cobardes prostituyen
De Témis la balanza envilecida
Ante el gesto homicida
Del audaz opresor, y los senados
Enmudecen, ó bárbaros oprimen;
Cuando por el terror domina el crimen;
Tan solo tú, sus iras arrostrando,
Das al Anáhuac el sublime ejemplo
De la virtud augusta
Con la opresion despótica luchando.
Del altivo tirano la insolencia
Con noble aliento desdeñar osaste,
Y á su sangrienta elevacion lanzaste
El rayo vengador de tu elocuencia.
Así el sublime Tulio,
De Roma en el atónito senado,
Envuelto casi en próxima ruina,
Constante y denodado

El furor fulminó de Catilina.
Así en los campos del undoso Egipto
Por el Nilo inundados,
Majestosa pirámide se eleva,
Y á las ondas hirvientes superando,
Su noble frente hasta las nubes lleva.

Prosigue, ANDRES, tu generoso empeño,
Y humillando á tiranos y facciones,
Haz ver á las naciones
Que hay virtud en Anáhuac. Vano el ceño
Será del opresor, y su caída
Terminará sus bárbaros furores.
Prosigue, pues, tu espléndida carrera,
El himno escucha que mi voz entona,
Y de encina y laurel noble corona
Ciña tu frente pálida y severa.

[*Diciembre de 1830.*]

LA DESESPERACION.

Cuando el Criador, en hora infausta,
Con soplo enérgico, fecundo,
Sacó del caos este mundo,
Disgustado su obra miró.
A los abismos del espacio
Lanzóla con pié desdeñoso,
Y apartando el rostro glorioso
A su augusta calma tornó.

“ Vé,” dijo, “á tu propia miseria,
“ Mientras durares, te consigno.
“ De mi amor ó cólera indigno,
“ Eres cual nada para mí.
“ ¡Que destino ciego te guíe
“ Por los yermos del éter vano!
“ Para que tengas soberano
“ Al infortunio te cedí.”

Cual se arroja sobre su presa
El gavilan enfurecido,
Lanza el monstruo largo gemido,
De fiero júbilo en señal;
Y cayendo sobre este globo,
Con garra feroz lo asegura,
Y desde aquel instante dura
Su imperio bárbaro y fatal.

Sorbe el mar hombres y navíos,
El volcán sus lavas enciende,
O la tierra mísera hiende
Terremoto devorador.
Lívida peste ó hambre dura
Tiende sus brazos descarnados,
Y deja reinos asolados
Con aliento devastador.

Del hombre los largos afanes
Burla tal vez pérfido cielo,
Y con ardor, granizo, hielo,
Destruye la pompa estival.

Bajo las flores halagüeñas
Se abriga sierpe venenosa,
Y entre verdura deliciosa
Nos acecha fiebre mortal.

Libertad, verdad y justicia
Por do quier oprimidas lloran,
Y al orbe mísero devoran
Despotismo y supersticion.
A vil error sacrificado
Bebe Sócrates un veneno:
Mas allá, rasgando su seno,
La esclavitud huye Caton.

El dolor y el crimen altivo
Por do quier sus dardos asestan,
Y con soplo de muerte infestan
Los mundos físico y moral.
Regulador de aqueste cáos,
Poder oculto y misterioso,
Si eres bueno, cual poderoso,
¿Por qué lanzaste al mundo el mal?

¿Por qué crimen, cielo tirano,
Del dolor me abriste la puerta?
¿Te pidió el sér la nada yerta,
O de tus manos lo aceptó?
¿Nuestro llanto mísero bebes,
O el clamor del hombre que gime
Suenas cual música sublime
Al que tierra y cielo crió?

Para evitar males tan duros
Solo un camino queda abierto.
El sepulcro será mi puerto
De tal borrasca en el furor.
¡Muerte, recíbeme en tus brazos....!
¡Fútil esperanza la mia!
¡En tus abismos, tumba fria,
No hay tambien eterno dolor!

— — —

DIOS AL HOMBRE.

El hijo imbecil de la nada
Osa maldecir su existencia,
Y acusando mi Providencia
Blasfema del bien y del mal.
Para penetrar mis arcanos
En afan estéril se ajita,
Y rebelde, ciego, me cita
A su insolente tribunal.

A mil beneficios ingrato,
Mis obras tu labio maldice,
Y porque bruto no te hice,
Te quejas de no ser un dios.
¡Te consulté cuando mi acento
Pobló de luz el éter vano;
Cuando en su abismo el Océano
Lanzóse ruiendo á mi voz?

Revelé mi sér á tus ojos
Cuanto permitió su flaqueza:
Viste en el cielo mi grandeza,
Viste en la tierra mi bondad.
El órden constante del mundo
Te descubre mi inteligencia,
La natura mi Providencia,
Y el espacio mi inmensidad.

Ese sol, que ofusca tus ojos,
Sombra de mi fuego divino,
¿Tal vez me propuso el camino
Que en el éter le señalé?
¿Por ventura dije á la tierra
Qué ley sus entrañas secunda?
Cuando el mar sus playas inunda.
O las huye, ¿sabe por qué?

En los desiertos del vacío
Sembré cual polvo las estrellas:
De mi poder mira las huellas
En la tierra, el cielo y el mar.
Por tus sentidos imperfectos,
Envuelto en tiniebla sombría,
Del universo la armonía
Puedes apenas vislumbrar.

¡Mira do quier! Naturaleza
Sigue su curso majestuosa,
Y jamas indaga curiosa
Los designios de su Señor.

¡Tú, mortal, adórale! Aguarda
 La leccion final de la muerte,
 Y abandona humilde tu suerte
 A tu benéfico Hacedor.

Libre tu alma del barro impuro,
 Caerá de sus ojos el velo:
 Desde las alturas del cielo
 Mas horizonte abarcarás.
 Fuente serán de altas virtudes
 Los males que tanto deploras,
 Y verás lucir triunfadoras
 Mi justicia y tu libertad.

El infortunio pasajero
 Es crisol del alma escojida,
 Y convierte la frágil vida
 En gloriosa inmortalidad.
 ¡Hijo del polvo! te concedo
 Para ser justo, solo un dia:
 ¡Mi suprema sabiduría
 Tiene ante sí la eternidad!

AL SANTISIMO SACRAMENTO.

¡Oh Dios infinito! ¡Oh Verbo increado,
 Por quien se criaron la tierra y el cielo,
 Y que entre sombras de místico velo
 Estás impasible, mudo en el altar!

Yo te adoro: en vano quieren sublevarse
Mi razon rebelde y mis cinco sentidos:
De Dios el acento suena en mis oídos,
Y Dios á los hombres no puede engañar.

Mi fé te contempla, como si te viese
Cuando por la tierra benéfico andabas
Curando mil males, y al hombre anunciabas
El reino celeste, la vida sin fin.
Y en aquel momento, que arrancó á la tumba
Al huérfano jóven tu palabra fuerte,
Cuando abrió sus garras la atónita muerte
Y gimió de gozo la viuda de Nain.

Redentor divino, mi alma te contempla
En el Sacramento que nos has dejado,
De pan bajo formas, resuelto, velado,
Víctima perenne de inefable amor.
Señor de los cielos, ¡cómo te ofreciste
A tan duras penas y bárbaros tratos
Por tantos inicuos, por tantos ingratos,
Que aun hoy te blasfeman, oh dulce Jesus?

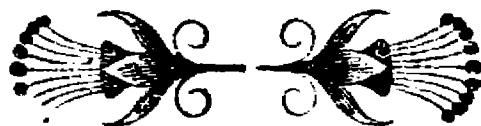
Mas ya confundido gimo de dolor,
Cual si te mirase sangriento, desnudo,
Herido, pendiente de clavos atroces,
Morir entre angustias, insultos feroces,
Entre convulsiones de horrendo dolor;
Y si bien cargado con culpas enormes,
Mi Dios te confieso, mi Señor te llamo,
Y humilde gimiendo mi parte reclamo

De la pura sangre que mana tu cruz.

Estiende benigno tu misericordia,
La misma, Dios bueno, que usaste conmigo
A tanto infelice que hoy es tu enemigo,
Y alumbra sus almas. Triunfante en la fé,
Ojalá pudiera mi pecho afectuoso
Por todos servirte, por todos amarte,
De tantas ofensas, fiel desagraviarte.
¡Mas cómo lograrlo, mísero podré?

Permite á lo menos que mi labio impuro
Una su voz debil á los sacros cantos,
Con que te celebran ángeles y santos,
Y ellos, Dios piadoso, te alaben por mí.
Mis súplicas oye, aumenta en mi pecho
Tu amor, Jesus mio, la fé, la esperanza,
Para que en la eterna bienaventuranza
Te adore sin velo y goce de tí.

(1838.)



INDICE.



	PAG.
Advertencia.....	5.
A mi esposa.....	7.
A la Hermosura.....	7.
La partida.....	10.
La prenda de fidelidad.....	12.
A Elpino.....	14.
El rizo de pelo.....	16.
A mi caballo.....	17.
La inconstancia.....	19.
La cifra.....	22.
Misantropía.....	23.
Memorias.....	26.
A en el baile.....	28.
¡Ay de mí!.....	32.
El desamor.....	33.
A Lola, en sus dias.....	35.
Ausencia y recuerdos.....	38.
El ruego.....	41.
El convite.....	43.

	PAG.
El consuelo	44.
La estacion de los nortes.....	47.
Los recelos.....	49.
En mi cumpleaños.....	52.
A Rita L***.....	57.
La lágrima de piedad.....	59.
Para grabarse en un árbol.....	61.
Recuerdo.....	61.
Renunciando á la poes' a.....	62.
A la señora María Pautret.....	62.
En la representacion de Oscar.....	64.
A la estrella de Vénus.....	66.
Adios.....	69.
A mi amante.....	71.
La ausencia.....	73.
A mi esposa, en sus dias.....	75.
Atala.....	77.
La resolucion.....	80.
A mi querida.....	82.
Plan de estudios.....	85.
En el <i>Album</i> de una señorita.....	87.
El manzanillo.....	87.
La caida de las hojas.....	90.
Versos escritos en el golfo de Ambracia.....	92.
Recuerdos tristes.....	92.
La flor.....	94.
La novia de Corinto.....	95.
Melancolía.....	102.

	PAG.
Mérito de las mugeres.....	104.
Variante.....	120.
Placeres de la melancolía.....	123.
A la religion.....	137.
Poesía.....	142.
Al arco íris.....	147.
Al sol.....	150.
Contra los impíos.....	155.
A los griegos en 1821.....	157.
Al cometa de 1825.....	164.
En el Teocalli de Cholula.....	166.
La vision.....	172.
A mi padre encanecido.....	175.
Aténas y Palmira.....	176.
Carácter de mi padre.....	178.
A Sila.....	178.
En un retrato del autor.....	180.
En una tempestad.....	180.
En el sepulcro de un niño.....	183.
Contemplacion.....	183.
A mi padre en sus dias.....	185.
Progresos de las ciencias.....	188.
Inmortalidad.....	191.
Roma.....	192.
Caton.....	192.
Sócrates.....	193.
Napoleon.....	194.
A D. Diego María Garay.....	194.

	PAG.
Los sepulcros.....	195.
A la noche.....	198.
A Washington.....	203.
Calma en el mar.....	206.
A Napoleon.....	208.
Homero y Hesiodo.....	217.
Niágara.....	222.
Lord Byron.....	227.
Los compañeros de Colon.....	228.
Himno al sol.....	230.
Misantropía.....	233.
Canto del cosaco.....	236.
Muerte del toro.....	239.
Oina-Morul.....	241.
A la luna.....	147.
Morar.....	249.
Al sol.....	250.
En la apertura del Instituto mexicano... ..	252.
Libertad.....	257.
Proyecto.....	258.
Desengaños.....	260.
La estrella de Cuba.....	263.
A Emilia.....	265.
En la muerte de Riego.....	270.
En el aniversario del 4 de Julio.....	273.
Vuelta al Sur.....	275.
Himno del desterrado.....	278.
A Bolívar.....	282.

	PAG
Triunfo de la patria.....	289..
A los mexicanos en 1829.....	292.
A un amigo desterrado.....	396.
Al genio de libertad.....	398.
Al C. Andrés Quintana Roo.....	301.
La desesperacion.....	303.
Dios al hombre.....	306.
Al Santísimo Sacramento.....	308.



CONDICIONES DE ESTA SUSCRICION.

1,000 páginas al mes de hermosa impresion,
empezando el 1º de Enero de 1852.

Precio de suscripción a la ENCICLOPEDIA
para los suscriptores a *El Correo*, y a *El Universal*:

Por semestre. 5 4 } ministracion.

Por mes 1 00

Los suscritores foráneos satisfarán 2 rs. mas al
es. — Los pliegos sueltos se expendrán á 1 rl.

Los suscritores al *Correo* ó al *Universal* tendrán también derecho, los que lo fueren por número á diez adiciones de la **ENCICLOPEDIA**, por el mismo precio de un peso mensual cada una.

Idem per un mes 6 2nd. id.

[illegible]

Figure 1

A schematic diagram illustrating the experimental setup for measuring the effect of temperature on the rate of reaction between hydrogen peroxide and potassium iodide. The setup includes a reaction vessel containing the reactants, a thermometer to monitor temperature, and a gas syringe to measure the volume of oxygen gas produced over time.

